

José Aldazábal

Enseñame tus caminos

1

Adviento y Navidad
día tras día

Centre de Pastoral
Litúrgica

José Aldazábal

ENSÉÑAME TUS CAMINOS

1

ADVIENTO Y NAVIDAD DÍA TRAS DÍA

Comentarios al leccionario ferial

Dossiers CPL, 67

Centre de Pastoral Litúrgica

Barcelona

SUMARIO

No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin la autorización escrita de la editorial.

| | |
|---|-----|
| Presentación | 7 |
| El Adviento | 9 |
| Primera semana de Adviento | 15 |
| Segunda semana de Adviento | 33 |
| Tercera semana de Adviento | 51 |
| 17-24 de diciembre. Ferias mayores de preparación de la Navidad | 67 |
| Navidad – Epifanía | 99 |
| Ferias de la octava de Navidad | 109 |
| Ferias antes de la Epifanía | 129 |
| 7-12 de enero. Ferias entre Epifanía y el Bautismo | 141 |

1ª edición: setiembre 1995

2ª edición: marzo 1996

3ª edición: noviembre 1997

4ª edición: noviembre 1998

5ª edición: noviembre 2000

© CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA

Rivadeneyra, 6.7. 08002 Barcelona

ISBN: 84-7467-348-8

D.L.: B - 47.458 - 2000

Imp : INP

PRESENTACIÓN

En esta colección de *Dossiers CPL* hemos publicado varios volúmenes para ayudar a la catequesis y a la pastoral del Adviento y la Navidad: D 2, Adviento; D 5, Navidad y Epifanía; D 44, Adviento, Navidad y Epifanía.

El que ofrecemos ahora tiene una intención muy específica: *las homilías diarias para este tiempo*.

El ideal de una pastoral medianamente cuidada, sobre todo en los tiempos fuertes del año cristiano, sería que el presidente dijera siempre una breve homilía. La mera lectura de la Palabra de Dios, por bien que se haga, no suele bastar para que cale en nuestra vida. La homilía es un ministerio que puede resultar decisivo, sobre todo a la larga, para que la Palabra proclamada tenga su «tiempo» y los fieles cristianos vayan entendiendo lo que Dios les dice y aplicándolo a sus vidas.

Los que acuden cada día a la celebración eucarística -no sólo religiosas y religiosos, sino también muchos laicos- se merecen una palabra de explicación y aplicación, para que la Palabra produzca el máximo fruto en ellos, que son ciertamente «un terreno bueno» sobre el que cae la semilla, dado el ritmo de vida eucarística que han elegido.

Junto con el Cuerpo y Sangre de Cristo, a estas personas les da Dios el alimento de su Palabra, que es también Cristo. Una homilía breve e incisiva les ayuda a ir profundizando en su fe, a ir construyendo su vida cristiana sobre la roca firme de la Palabra, a ir mirándose continuamente al espejo de la historia de la salvación tal como nos la presenta tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento.

Para los domingos hay muchos libros y publicaciones con ideas para la predicación o para la meditación de las lecturas bíblicas.

También para los días feriales hay algunos libros, aunque no sean tan conocidos. Y ciertamente ofrecen material válido, aunque a veces no hayan enfocado del todo acertadamente el ministerio de la homilía, o porque eligen sólo el evangelio, o porque unifican excesivamente el mensaje de las dos lecturas, o porque se quedan en un nivel preocupado sólo por la exégesis bíblica, o al revés, muy temático en los aspectos de la vida y poco iluminado por la Palabra.

Aquí ofrecemos unas reflexiones que pueden servir para preparar la *homilía* o como *meditación personal* para las ferias del Adviento y la Navidad, hasta el final de este tiempo, que acaba con la fiesta del Bautismo del Señor. Los domingos y fiestas no los incluimos, a pesar de que en esos días es cuando se proclaman para el pueblo cristiano los pasajes principales. Pero precisamente por eso han sido objeto de muchas publicaciones, entre ellas las hojas de «Misa Dominical» de este Centro de Pastoral Litúrgica.

Hemos decidido no reproducir las lecturas bíblicas, a pesar de que son el texto fundamental tanto para la meditación personal como para preparar la homilía. Hubieran alargado excesivamente el contenido de este libro, y por otra parte suelen tenerse bastante a mano en otras publicaciones y misalitos. Eso sí: las reflexiones que ofrecemos aquí sólo pueden producir el efecto deseado si antes se ha leído la lectura bíblica, que es la que tratan de prolongar y aplicar a la vida.

Cada día, después de los puntos homiléticos o de meditación, presentamos una selección de pensamientos y frases textuales de la misa, tanto de las lecturas como de las oraciones o antífonas o cantos del día.

Quieren ayudar a que la celebración deje como un poso en nosotros, y que nos ayude a hacer durante la jornada lo que hacía la Virgen María, que «guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón».

Hace dos mil años que la comunidad cristiana está meditando y asimilando vitalmente, con asombro siempre nuevo, el misterio entrañable de un Dios que se ha hecho hombre. El misterio que el Adviento prepara, que la Navidad celebra y que la Epifanía manifiesta.

Vivir cada año este tiempo fuerte de la venida de Dios a nuestra historia es una gracia que vale la pena ayudar a que penetre cada vez más profundamente en nuestra vida.

EL ADVIENTO

El Adviento es un tiempo en que la comunidad eclesial es convocada a preparar la Navidad, a crecer en la esperanza, a acoger con fe la venida continuada de su Señor, Cristo Jesús.

El hecho de que la fiesta de la Navidad pueda coincidir en diversos días de la semana, hace que el Adviento sea variable en su extensión. Puede ser de tres semanas justas, si el 25 de diciembre es lunes. O de cuatro exactas, si es domingo.

La gracia del Adviento

Es un tiempo hecho sacramento: signo eficaz de la gracia que Dios comunica a su Iglesia y de la fe con que la comunidad eclesial acoge este don siempre nuevo de Dios. La historia de la salvación se actualiza sacramentalmente.

El Adviento forma una unidad de movimiento con la Navidad y la Epifanía. Las tres palabras vienen a significar lo mismo: venida, nacimiento, manifestación. El Dios que ha querido ser Dios-con-nosotros entró hace dos mil años en nuestra historia en Belén, pero la actualiza sacramentalmente cada año en este tiempo fuerte de seis o siete semanas: desde el primer domingo del Adviento hasta la fiesta del Bautismo del Señor.

Un tiempo que ante todo es de gracia, y a la vez constituye como una formación permanente y una profundización de la vida cristiana en sus actitudes fundamentales de fe y esperanza.

Las lecturas dominicales y las de feria

En el Adviento, las lecturas principales y más céntricas, tanto de los profetas como del evangelio, se han reservado para los cuatro domingos. En estos días aparecen, por ejemplo, las llamadas a la vigilancia escatológica del final de los tiempos, las consignas del Bautista sobre la conversión y la preparación de los caminos del Señor, y la preparación inmediata de la Navidad.

En las ferias, por medio de un Leccionario totalmente nuevo, se complementa y profundiza este mensaje para los que celebran la Eucaristía con un ritmo diario. Y siempre, domingos y ferias, la Palabra de Dios nos va iluminando y guiando, consolando y juzgando, para que nos preparemos bien a la celebración de la Navidad.

Hasta el 16 de diciembre

El tiempo de Adviento está dividido en dos partes muy definidas: la primera hasta el 16 de diciembre, y la segunda del 17 al 24 de diciembre.

Hasta el 16 de diciembre, las profecías mesiánicas orientan nuestra mirada hacia la venida de Cristo, pero entendiéndola también como escatológica, la venida definitiva al final de los siglos. La venida de Belén, hace dos mil años, no hizo más que inaugurar el Reino mesiánico. El proceso de maduración va hacia delante, hasta el final de la historia.

En esta primera parte del Adviento, las lecturas tienen una organización muy definida.

La primera semana, y hasta el miércoles de la segunda, el que de alguna manera determina el hilo conductor es *el profeta Isaías*. Las primeras lecturas son siempre de él, con su anuncio de la salvación mesiánica. El salmo profundiza luego en esos anuncios y los convierte en oración, y el evangelio nos va mostrando cómo en Jesús de Nazaret se cumplen esas promesas.

A partir del jueves de la segunda semana, y hasta el día 17, la figura que concentra la atención es la de *Juan Bautista*. De él hablan los evangelios de

estos días, mientras que las primeras lecturas siguen iluminando de alguna manera, con las imágenes de los profetas antiguos, los pasajes evangélicos.

Desde el 17 al 24 de diciembre

Desde el día 17 hasta el 24 de diciembre, en lo que se ha llamado «novena», o «semana santa de Navidad», la mirada se centra más en la preparación próxima de la Navidad. O sea, de la celebración sacramental de la venida de Cristo, actualizada «hoy», en la Navidad de este año concreto de nuestra historia.

Las lecturas de estos días tienen otra organización. Son los evangelios los que marcan el ritmo, y nos van conduciendo hacia la Navidad con los pasajes de la anunciación del Bautista y de Jesús, y sus respectivos nacimientos. El protagonismo ahora va a ser de *la Virgen María*, la Madre del Mesías. Las primeras lecturas preparan a los respectivos evangelios, casi siempre estableciendo un paralelismo entre situaciones de salvación en el A.T. y la cercanía del nacimiento del Mesías.

Los prefacios de la primera parte del Adviento

Hay dos prefacios que se van alternando en la primera parte del Adviento, hasta el día 16: el I y el III. En la segunda parte del Adviento, del 17 al 24 de diciembre, el Misal ofrece otros dos prefacios, que miran más en concreto a la fiesta de la Navidad.

Los dos de la primera parte ponen de relieve la dinámica tensión entre la venida primera y la última:

Prefacio I: Las dos venidas de Cristo

... por Cristo, Señor nuestro.
 Quien al venir por vez primera
 en la humildad de nuestra carne,
 realizó el plan de redención trazado desde antiguo

y nos abrió el camino de la salvación;
para que cuando venga de nuevo
en la majestad de su gloria,
revelando así la plenitud de su obra,
podamos recibir los bienes prometidos
que ahora, en vigilante espera,
confiamos alcanzar...

Este prefacio dirige nuestra atención a la última venida de Cristo, que es presentada con un paralelismo antitético con la primera:

- en Belén vino «en la humildad de nuestra carne», entonces será «en la majestad de su gloria»,
- en Belén «realizó el plan de redención trazado desde antiguo», entonces podremos ya «recibir los bienes prometidos»,
- hace dos mil años «nos abrió el camino de la salvación», mientras que al final se verá «la plenitud de su obra», que habrá madurado hasta la salvación definitiva.

Mientras tanto, al celebrar este Adviento, nosotros estamos «en vigilante espera», y «confiamos alcanzar» lo que se nos promete cada día por voz de los profetas. Sobre todo cuando celebramos la Eucaristía, que cada vez es condensación de toda la historia de la salvación, «hasta que venga».

Prefacio III: Cristo, Señor y Juez de la historia

... Padre todopoderoso,
principio y fin de todo lo creado.
Tú nos has ocultado el día y la hora
en que Cristo, tu Hijo,
Señor y Juez de la historia,
aparecerá, revestido de poder y de gloria,
sobre las nubes del cielo.
En aquel día terrible y glorioso

pasará la figura de este mundo
y nacerán los cielos nuevos y la tierra nueva.
El mismo Señor que se nos mostrará entonces lleno de gloria
viene ahora a nuestro encuentro
en cada hombre y en cada acontecimiento,
para que lo recibamos en la fe
y por el amor demos testimonio
de la espera dichosa de su reino...

También este prefacio nos hace mirar al día de la venida gloriosa de Cristo.

Dios es el señor de la historia, principio y fin de todo. Él es el que ha establecido el tiempo de la plenitud, en que vino su Hijo a nuestra familia humana, y el que también ha pensado cuándo será la vuelta gloriosa del mismo Jesús como Juez de vivos y muertos.

El día final será a la vez «terrible y glorioso». El que ahora viene humilde en Belén, vendrá entonces en gloria. Y «pasará la figura de este mundo», para dejar paso a «los cielos nuevos y la tierra nueva».

Pero entre el ayer de Belén y el mañana de la parusía está el hoy de nuestra vida de cada día. Y aquí también «viene» Dios a nosotros: «viene a nuestro encuentro en cada hombre y en cada acontecimiento». Nuestra acogida en este Adviento debe ser de fe y amor: «para que lo recibamos en la fe y por el amor demos testimonio». El mejor testimonio de que creemos verdaderamente en el Enviado de Dios es que vivamos en la caridad y en esperanza gozosa.

Tiempo mariano

Los días del Adviento tienen un color entrañablemente mariano, que luego continuará a lo largo de la Navidad y de la Epifanía, porque María de Nazaret, la Madre del Mesías, estuvo a su lado en todos estos acontecimientos por voluntad divina. Ella es el mejor símbolo de la Iglesia que celebra la venida de Cristo, la mejor Maestra de la espera de Adviento, de la alegría acogedora de la Navidad y de la manifestación misionera de la Epifanía.

Además, las fiestas de la Inmaculada, de la Sagrada Familia y de Santa María Madre, dan todavía a estas semanas mayor contenido mariano.

Bien podemos hablar de María como Nuestra Señora del Adviento, Nuestra Señora de la Navidad y Nuestra Señora de la Epifanía. La humilde mujer de Nazaret, verdadera «hija de Sión», representante de todo el pueblo de Israel, y a la vez la primera cristiana que acogió la salvación de Dios.

Así lo expresó magistralmente Pablo VI en su exhortación *Marialis Cultus*:

Durante el tiempo de Adviento, recordamos frecuentemente en la liturgia a la Santísima Virgen.

Aparte la solemnidad del día 8 de diciembre -en que se celebran conjuntamente la Inmaculada Concepción de María, la preparación radical a la venida del Salvador y el feliz comienzo de la Iglesia, hermosa, sin mancha ni arruga-, la tenemos presente sobre todo en los días feriales desde el 17 al 24 de diciembre, y singularmente el domingo anterior a la Navidad, en que se leen las antiguas voces proféticas sobre la Virgen María y el Mesías, así como los relatos evangélicos referentes al nacimiento inminente de Cristo y del precursor.

De este modo, los fieles, que trasladan de la liturgia a la vida el espíritu del Adviento, al considerar el inefable amor con que la Virgen Madre esperó al Hijo, se sienten animados a tomarla como modelo y a prepararse, vigilantes en la oración y jubilosos en la alabanza, para salir al encuentro del Salvador que viene.

Queremos, además, señalar cómo la liturgia del Adviento, uniendo la espera mesiánica y la espera del glorioso retorno de Cristo al admirable recuerdo de la Madre, presenta un feliz equilibrio a la hora de expresar el culto. Equilibrio que puede ser tomado como norma para impedir todo aquello que tiende a separar, como sucede en algunas formas de piedad popular, el culto a la Virgen de su necesario centro de referencia, Cristo.

Resulta así que este período, como han observado los especialistas en liturgia, puede ser considerado como un tiempo particularmente apto para rendir culto a la Madre del Señor: orientación que confirmamos y deseamos ver acogida y seguida en todas partes (MC 3-4).

PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

lunes

Is 2, 1-5 Él nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas
(Is 4, 2-6) El Mesías será la gloria de los supervivientes de Israel
Mt 8,5-11 Vendrán muchos de Oriente y Occidente y se sentarán en el Reino

martes

Is 11,1-10 Brotará un renuevo del tronco de Jesé: sobre él se posará el Espíritu del Señor
Lc 10, 21-24 Has escondido estas cosas a los sabios y las has revelado a la gente sencilla

miércoles

Is 25,6-10 El Señor preparará un festín para todos los pueblos
Mt 15,29-37 Me da lástima de la gente, porque no tienen qué comer

jueves

Is 26,1-6 Confiad siempre en el Señor, porque es la Roca perpetua
Mt 7,21.24-27 El hombre prudente que edificó su casa sobre roca

viernes

Is 29, 17-24 Los oprimidos y los pobres se alegrarán en el Señor
Mt 9,27-31 Los ciegos gritaban: Ten compasión de nosotros, Hijo de David

sábado

Is 30,19-26 No tendréis que llorar: apenas te oiga, te responderá
Mt 9,35-10,1.6-8 Id y proclamad que el Reino de los cielos está cerca

La primera semana de Adviento nos ofrece unas lecturas de Isaías, profeta de la esperanza en medio de una historia atormentada del pueblo de Israel, ocho siglos antes de Cristo, con la amenaza asiria.

Sus pasajes serán anuncios de esperanza, de salvación, de futuro más optimista para el resto de Israel, para los demás pueblos, e incluso para todo el cosmos.

En los evangelios correspondientes se subrayará cada día que Jesús de Nazaret es el que lleva a cumplimiento esta espera, purificándola, además, y madurándola hasta los niveles más profundos de la salvación total.

LUNES Isaías 2,1-5 (o Isaías 4,2-6); Mateo 8,5-11

1. Empezamos con una proclama misionera y universalista. El profeta, que ve la historia desde los ojos de Dios, anuncia la luz y la salvación para todos los pueblos.

Jerusalén será como el faro que ilumina a todos los pueblos. Un faro situado en una montaña alta, para que todos lo vean desde lejos. Dios quiere enseñar desde aquí sus caminos, y los pueblos se sentirán contentos y estarán dispuestos a seguir los planes de Dios, la palabra salvadora que brotará de Jerusalén.

Tanto judíos como paganos «caminarán a la luz del Señor» y formarán un solo pueblo.

Otro rasgo positivo: habrá paz cuando suceda esto. De las espadas se forjarán arados; de las lanzas, podaderas. Son comparaciones que entiende bien el hombre del campo. Y nadie levantará la espada contra nadie. No habrá guerra. Y esto lo entendemos todos, con cierta envidia, porque tenemos experiencia de espadas levantadas, más o menos lejos de nosotros, en guerras fratricidas.

Luz. Orientación. Paz. Buena perspectiva. Empezamos con anuncios que alimentan nuestra confianza.

Podemos cantar, con más razón que los mismos judíos, amantes de Jerusalén, su capital: «qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor». Si a ellos les produce alegría dirigir su mirada a la ciudad bien construida, a nosotros esa ciudad nos recuerda la comunidad eclesial y en definitiva a la Jerusalén del cielo, que encierra ahora todos los valores que Dios ha querido dar a la humanidad por su Hijo Jesús: paz, justicia, seguridad, cobijo.

(En la lectura alternativa de Isaías 4, que se puede leer en el ciclo A, también se proclama un mensaje que abre el corazón a la confianza.

El plan de Dios, a pesar de la triste historia de su pueblo, que será desterrado por su propia culpa, es rescatar un «vástago», aludiendo inmediatamente al nacimiento del rey Ezequías, pero con una clara perspectiva mesiánica, y formar un «resto» de personas creyentes: purificarlas de sus faltas, limpiar las manchas de sangre, protegerlas de día como una nube refrescante, y de noche guiarlas como una columna de fuego, como en el desierto al pueblo que huía de Egipto. Qué hermosa imagen: Dios «refugio en el aguacero y cobijo en el chubasco» para todos).

2. Los milagros de Jesús son signos de que ya está irrumpiendo el Reino de Dios. La curación del criado –o del hijo– del centurión es un ejemplo de unas personas paganas que reciben la luz. Lo que el profeta había anunciado, lo cumple Jesús. Él es la verdadera Luz, el vástago que esperaba el pueblo de Israel, el Mesías que trae paz y serenidad, la Palabra eficaz y salvadora que Dios dirige a la humanidad.

El centurión era pagano. No pertenecía al pueblo elegido. Más aún, era romano y militar: o sea, pertenecía a la nación que dominaba a Israel. Pero tenía buenas cualidades humanas. Era honrado, consecuente, razonable. Se preocupaba de la salud de su criado. En el fondo, ya tenía fe y Dios estaba actuando en él. Su formación militar y disciplinar, aunque no era exactamente la mejor clave para interpretar el estilo de Jesús, se demostró que era un buen punto de partida para la salvación: «Señor, no soy digno», buena expresión de humildad y de confianza. Jesús le alaba por su actitud y su fe:

encontró en él más fe que en muchos de Israel. Jesús siempre aprovecha las disposiciones que encuentra en las personas, aunque de momento sean defectuosas. Desde ahí las ayudará a madurar y llegar a lo que él quiere transmitirles en profundidad.

3. a) Este Adviento ha empezado como un tiempo de gracia para todos, los cercanos y los alejados. Adviento y Navidad son un pregón de confianza. Dios quiere salvar a todos, sea cual sea su estado anímico, su historia personal o comunitaria. En medio del desconcierto general de la sociedad, él quiere orientar a todas las personas de buena voluntad y señalarles los caminos de la verdadera salvación. El faro es –debe ser– ahora la Iglesia, la comunidad de Jesús, si en verdad sabe anunciar al mundo la Buena Noticia de su Evangelio.

b) Hoy también, muchas personas, aunque nos parezcan alejadas, muestran como el centurión buenos sentimientos. Tienen buen corazón.

¿Sucederá también este año que esas personas tal vez respondan mejor a la salvación de Jesús que nosotros? ¿estarán más dispuestas a pedirle la salvación, porque sienten su necesidad, mientras que nosotros no la sentimos con la misma urgencia? ¿tendrá que decir otra vez Jesús que ha encontrado más fe en esas personas de peor fama pero mejores sentimientos que entre los cristianos «buenos»? ¿Vendrán de Oriente y Occidente –o sea, de ámbitos que nosotros no esperaríamos, porque estamos un poco encerrados en nuestros círculos oficialmente buenos– personas que celebrarán mejor la Navidad que nosotros? ¿O nos creemos ya santos, merecedores de los dones de Dios?

c) Si en nuestra vida decidimos bajar la espada y no atacar a nadie, estamos dando testimonio de que los tiempos mesiánicos ya han llegado. Bienaventurados los que obran la paz. Los que trabajan para que haya más justicia en este mundo y se vayan corrigiendo las graves situaciones de injusticia, son los que mejor celebrarán el Adviento. No es que Jesús vaya a hacer milagros, sino que seremos nosotros, sus seguidores, los que trabajemos por llevar a cabo su programa de justicia y de paz.

d) Cuando seamos hoy invitados a la comunión, podemos decir con la misma humilde confianza del centurión que no somos dignos de que Cristo Jesús

venga a nuestra casa, y le pediremos que él mismo nos prepare para que su Cuerpo y su Sangre sean en verdad alimento de vida eterna para nosotros, y una Navidad anticipada.

/// «Mirad a nuestro Salvador
que viene: no temáis» (*entrada*)

/// «Concédenos, Señor Dios nuestro,
permanecer alertas a la venida de tu Hijo» (*oración*)

/// «Ven, Señor, visítanos con tu paz,
y nos alegraremos en tu presencia
de todo corazón» (*comunión*)

MARTES

Isaías 11,1-10; Lucas 10, 21-24

1. La hermosa imagen del tronco y del renuevo le sirve a Isaías, el profeta de la esperanza, para anunciar que, a pesar de que el pueblo de Israel parece un tronco seco y sin futuro (en tiempos del rey Acáz), Dios le va a infundir vida y de él va a brotar un retoño que traerá a todos la salvación.

Jesé era el padre del rey David. Por tanto el «tronco de Jesé» hace referencia a la familia y descendencia de David, que será la que va a alegrarse de este nuevo brote, empezando por las esperanzas puestas en el rey Ezequías. La «raíz de Jesé» se eruirá como enseña y bandera para todos los pueblos.

Esta página del profeta fue siempre interpretada, por los mismos judíos –y mucho más por nosotros, que la escuchamos dos mil años después de la venida de Cristo Jesús– como un anuncio de los planes salvadores de Dios para los tiempos mesiánicos.

El cuadro no puede ser más optimista. El Espíritu de Dios reposará sobre el

Mesías y le llenará de sus dones. Por eso será siempre justo su juicio, y trabajará en favor de la justicia, y doblegará a los violentos. En su tiempo reinará la paz. Las comparaciones, tomadas del mundo de los animales, son poéticas y expresivas. Los que parecen más irreconciliables, estarán en paz: el lobo y el cordero.

Son motivos muy válidos para mirar al futuro con ánimos y con esperanza. El Salmo 71 hace eco a este anuncio alabando el programa de justicia y de paz de un rey bueno, destacando sobre todo que en sus intenciones entra la atención y la defensa del pobre y del afligido.

2. En Cristo Jesús se cumplieron estas esperanzas.

Así como en la escena de su bautismo en el Jordán apareció el Espíritu, en forma de paloma, que se posaba sobre él, proclamando su mesianidad, del mismo modo en la página que hemos escuchado el Espíritu le llena de alegría. Jesús se deja contagiarse del buen humor de los suyos, que vuelven de un viaje apostólico y cuentan lo que han hecho en su nombre.

Y lleno de esta alegría y de esta sabiduría del Espíritu, pronuncia una de sus frases llenas de paradoja e ironía: sólo a los sencillos de corazón les revela Dios los secretos del Reino. Los que se creen sabios, resulta que no entienden nada. En Jerusalén había doctores de la ley, pero Jesús, un buen día, alabó el gesto de aquella mujer anónima, pobre, que echaba unos céntimos en el cepillo del Templo. Los sencillos de corazón son en verdad los sabios a los ojos de Dios. Es lo que también dirá María de Nazaret en su canto del Magnificat: a ella la ha mirado Dios con predilección porque es humilde y es la sierva del Señor, del mismo modo que llenará de sus bienes a los pobres, y a los ricos los despedirá vacíos.

3. a) También ahora, en un mundo autosuficiente, orgulloso de los progresos de la ciencia y la técnica, sólo entran de veras en el espíritu del Adviento los sencillos de corazón. No se trata de gestos solemnes o de discursos muy preparados. Sino de abrirse al don de Dios y alegrarse de su salvación. Y esto no lo hacen los que ya están llenos de sí mismos.

La alegría profunda de la Navidad la vivirán los humildes, los que saben apreciar el amor que Dios nos tiene. Ellos serán los que llegarán a conocer en profundidad al Hijo, porque se lo concederá el Padre. No se contentarán de una alegría exterior y superficial: sabrán reconocer la venida de Dios a nuestra historia. Mientras que habrá muchos «sabios» para los que pasará el Adviento y la Navidad y no habrán visto nada, saturados de su propia riqueza, riqueza que no conduce a la salvación. O le seguirán buscando en los libros o en los hechos milagrosos.

b) ¿Seremos nosotros de esas personas sencillas que saben descubrir la presencia de Dios y salirle al encuentro? ¿mereceremos la bienaventuranza de Jesús: «dichosos los ojos que ven lo que veis?». Cristo Jesús quiere seguir «viniendo» este año, a nuestra vida personal y a la sociedad, para seguir cumpliendo el programa mesiánico de paz y justicia que está en marcha desde su venida primera, pero que todavía tiene mucho por recorrer, hasta el final de los tiempos. Porque la salvación «ya» está entre nosotros, pero a la vez se puede decir que «todavía no» está del todo.

c) En el mundo de hoy hay muchas personas que esperan, muchos corazones que sufren y buscan: ¿cómo notarán que el Salvador ya ha venido, y que es Cristo Jesús? ¿quién se lo dirá? ¿qué profeta Isaías les abrirá el corazón a la esperanza verdadera?

También hoy, como en el panorama que dibuja el profeta, el mejor signo de la venida del Mesías será si se ve más paz, más reconciliación y más justicia, en el nivel internacional y también en el doméstico, en cada familia, en cada comunidad religiosa, en la parroquia, en nuestro trato con las demás personas, aunque sean de diferente carácter y gusto. Así podremos anunciar que el Salvador ya está en medio de nosotros, que es Adviento y Navidad. Y del tronco que parecía seco brotará un renuevo, y dará fruto, y nos invitará a la esperanza.

d) En cada Eucaristía, además de hacer memoria de la Pascua del Señor, y de dejarnos llenar de su gracia y su alimento, también lanzamos una mirada hacia el futuro: «mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo». El «ven, Señor Jesús» lo cantamos muchas veces después del relato de la institución eucarística. Como dijo Pablo, «cada vez que comáis y bebáis, proclamáis la muerte del Señor hasta que venga».

La esperanza nos hace mirar lejos. No sólo a la Navidad cercana, sino a la venida gloriosa y definitiva del Señor, cuando su Reino haya madurado en todo su programa.

«Vendrá el Señor, y aquel día
brillará una gran luz» (*entrada*)

«Que la presencia de tu Hijo, ya cercana,
nos renueve» (*oración*)

«Que en sus días florezca la justicia
y la paz abunde eternamente» (*salmo*)

«Ven, Señor, visítanos con tu paz
y nos alegraremos en tu presencia
de todo corazón» (*aleluya*)

MIÉRCOLES

Isaías 25,6-10; Mateo 15, 29-37

1. El poema de Isaías ofrece un anuncio optimista: después de la victoria, Dios invitará a todos los pueblos, en el monte Sión, a un banquete de manjares suculentos, de vinos generosos, al final de los tiempos. No quiere ver lágrimas en los ojos de nadie. Se ha acabado la violencia y la opresión.

Así ven la historia los ojos de Dios. Con toda la carga poética y humana que tiene la imagen de una comida festiva y sabrosa, regada con vinos de solera, que es una de las que más expresivamente nos ayuda a entender los planes de Dios, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. La comida alimenta, restaura fuerzas, llena de alegría, une a los comensales entre sí y con el que les convida.

El salmo prolonga la perspectiva: el Pastor, Dios, nos lleva a pastos verdes, repara nuestras fuerzas, nos conduce a beber en fuentes tranquilas, nos ofrece

su protección contra los peligros del camino. «Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida».

2. En nadie mejor que en Jesús de Nazaret se han cumplido las promesas del profeta. Con él ha llegado la plenitud de los tiempos.

También él, muchas veces, transmitía su mensaje de perdón y de salvación con la clave de comer y beber festivamente. En Caná convirtió el agua en vino generoso. Comió y bebió él mismo con muchas personas, fariseos y publicanos, pobres y ricos, pecadores y justos. Hoy hemos escuchado cómo multiplicó panes y peces para que todos pudieran comer. Y cuando quiso anunciar el Reino de Dios, lo describió más de una vez como un gran banquete preparado por Dios mismo.

Jesús ofrece fiesta, no tristeza. Y fiesta es algo más que cumplir con unos preceptos o resignarse con unos ritos realizados rutinariamente.

3. a) Está bien que en medio de nuestra historia, llena de noticias preocupantes, de cansancio y de dolor, resuenen estas palabras invitando a la esperanza, dibujando un cuadro optimista, que hasta nos puede parecer utópico.

Podemos y debemos seguir leyendo a los profetas. No se han cumplido todavía sus anuncios: no reinan todavía ni la paz ni la justicia, ni la alegría ni la libertad. La obra de Cristo está inaugurada, pero no ha llegado a su maduración, que nos ha encomendado a nosotros.

La gracia del Adviento y de la Navidad, con su convocatoria y su opción por la esperanza, nos viene ofrecida precisamente desde nuestra historia concreta, desde nuestra vida diaria. Como a la gente que acudía a Jesús y que él siempre atendía: enfermos, tullidos, ciegos. Gente con un gran cansancio en su cuerpo y en su alma. ¿Como nosotros? Gente desorientada, con experiencia de fracasos más que de éxitos. ¿Como nosotros?

b) Tendríamos que «descongelar» lo que rezamos y cantamos. Cuando decimos «ven, Señor Jesús», deberíamos creerlo de veras.

El Adviento no es para los perfectos, sino para los que se saben débiles y

pecadores y acuden a Jesús, el Salvador. Él, como nos aseguran las lecturas de hoy, compadecido, enjugará lágrimas, dará de comer, anunciará palabras de vida y de fiesta y acogerá también a los que no están muy preparados ni motivados. No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos.

El Adviento nos invita a la esperanza ante todo a nosotros mismos. «Aquí está nuestro Dios, de quien esperábamos que nos salvara: celebremos y gocemos con su salvación». Para que acudamos con humildad a ese Dios que salva y convoca a fiesta. Nos invita a mirar con ilusión hacia delante, a los cielos nuevos y la tierra nueva que Cristo está construyendo.

c) Pero también podemos pensar: nosotros, los cristianos, con nuestra conducta y nuestras palabras, ¿contribuimos a que otros se sientan invitados a la esperanza? ¿enjugamos lágrimas, damos de comer, convocamos a fiesta, curamos heridas del cuerpo y del alma de los que nos rodean? ¿multiplicamos, gracias a nuestra acogida y buena voluntad, panes y peces, los pocos o muchos dones que tenemos nosotros o que tienen las personas con las que nos encontramos? Si es así, si mejoramos este mundo con nuestro granito de arena, seremos signos vivientes de la venida de Dios a nuestro mundo, y motivaremos que al menos algunas personas glorifiquen a Dios, como hicieron los que veían los signos de Jesús.

d) En la Eucaristía nos ofrece Jesús la mejor comida festiva: él mismo se nos hace presente y se ha querido convertir en alimento para nuestro camino. Si la celebramos bien, cada Misa es para nosotros orientación y consuelo, fortalecimiento y vida. Nunca mejor que en la Eucaristía podemos oír las palabras de Jesús: venid a mí los que estáis cansados. Y sentir que se cumple el anuncio del banquete escatológico: «dichosos los invitados a la cena del Cordero». La Eucaristía es garantía del convite final, en el Reino: «el que me come tiene vida eterna, yo le resucitaré el último día».

«Ven, Señor, y no tardes» (*entrada*)

«Prepara tú mismo nuestros corazones» (*oración*)

«El Señor es mi pastor, nada me falta,
me repara mis fuerzas» (*salmo*)

«Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo porque tú vas conmigo» (*salmo*)

«Prepáranos a las fiestas que se acercan
purificándonos de todo pecado» (*poscomunión*)

JUEVES

Isaías 26,1-6; Mateo 7, 21.24-27

1. Tener una ciudad fuerte, asentada sobre roca, inexpugnable para el enemigo, era una de las condiciones más importantes en la antigüedad para sentirse seguros. Sus murallas y torreones, sus puertas bien guardadas, eran garantía de paz y de victoria.

La imagen le sirve al profeta para anunciar que el pueblo puede confiar en el Señor, nuestro Dios. Él es nuestra muralla y torreón, la roca y la fortaleza de nuestra ciudad. Y a la vez, con él podemos conquistar las ciudades enemigas, por inexpugnables que crean ser —¿Babel, Nínive?—, porque la fuerza de Dios no tiene límites.

Sólo acertaremos en la vida si ponemos de veras nuestra confianza en él: «mejor es refugiarse en el Señor que fiarse de los hombres» (*salmo*). Un pueblo que confía en el Señor, que sigue sus mandatos y observa la lealtad, es feliz, «su ánimo está firme y mantiene la paz, porque confía en ti». Mientras que los que confían en las murallas de piedra, y se sienten orgullosamente fuertes, se llevarán pronto o tarde un desengaño.

Nuestra Roca es Dios. En él está nuestra paz y nuestra seguridad. Él nos llevará a la Jerusalén celestial, la ciudad de la fiesta perpetua.

2. El evangelio también nos habla de edificar sobre roca.

Jesús —al final del sermón de la montaña— nos asegura que está edificando sobre roca, y por tanto su edificio está garantizado, aquél que no sólo oye la

Palabra sino que la pone por obra. Edifica sobre arena, y por tanto se expone a un derrumbamiento lastimoso, el que se contenta con oír la Palabra o con clamar en sus oraciones ¡Señor, Señor!

Cuando Jesús compara la oración con las obras, la liturgia con la vida, siempre parece que muestra su preferencia por la vida. Lo que quedan descalificadas son las palabras vacías, el culto no comprometido, sólo exterior.

3. a) ¿Cómo estamos construyendo nosotros el edificio de nuestra casa, de nuestra persona, de nuestro futuro? ¿cómo edificamos nuestra familia, nuestra comunidad, nuestra Iglesia y sociedad?

La imagen de las dos lecturas es clara y nos interpela en este Adviento, para que reorientemos claramente nuestra vida.

Si en la construcción de nuestra propia personalidad o de la comunidad nos fiamos de nuestras propias fuerzas, o de unas instituciones, o unas estructuras, o unas doctrinas, nos exponemos a la ruina. Es como si una amistad se basa en el interés, o un matrimonio se apoya sólo en un amor romántico, o una espiritualidad se deja dirigir por la moda o el gusto personal, o una vocación sacerdotal o religiosa no se fundamenta en valores de fe profunda. Eso sería construir sobre arena. La casa puede que parezca de momento hermosa y bien construida, pero es puro cartón, que al menor viento se hunde.

b) Debemos construir sobre la Palabra de Dios escuchada y aceptada como criterio de vida.

Seguramente todos tenemos ya experiencia, y nuestra propia historia ya nos va enseñando la verdad del aviso de Isaías y de Jesús. Porque buscamos seguridades humanas, o nos dejamos encandilar por mesianismos fugaces que siempre nos fallan. Como tantas personas que no creen de veras en Dios, y se refugian en los horóscopos o en las religiones orientales o en las sectas o en los varios mesías falsos que se cruzan en su camino.

El único fundamento que no falla y da solidez a lo que intentamos construir es Dios. Seremos buenos arquitectos si en la programación de nuestra vida volvemos continuamente nuestra mirada hacia él y hacia su Palabra, y nos

preguntamos cuál es su proyecto de vida, cuál es su voluntad, manifestada en Cristo Jesús, y obramos en consecuencia. Si no sólo decimos oraciones y cantos bonitos, ¡Señor, Señor!, sino que nuestra oración nos compromete y estimula a lo largo de la jornada. Si no nos contentamos con escuchar la Palabra, sino que nos esforzamos porque sea el criterio de nuestro obrar. Entonces sí que serán sólidos los cimientos y las murallas y las puertas de la ciudad o de la casa que edificamos.

c) Tenemos un modelo admirable, sobre todo estos días de Adviento, en María, la Madre de Jesús. Ella fue una mujer de fe, totalmente disponible ante Dios, que edificó su vida sobre la roca de la Palabra. Que ante el anuncio de la misión que Dios le encomendaba, respondió con una frase que fue la consigna de toda su vida, y que debería ser también la nuestra: «hágase en mí según tu Palabra». Es nuestra maestra en la obediencia a la Palabra.

/// «Despierta, Señor, nuestros corazones
y muévelos a preparar los caminos de tu Hijo» (*oración*)

/// «Mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los hombres» (*salmo*)

/// «Dichosos los que están preparados
para salir a su encuentro» (*aleluya*)

/// «Tú nos enseñas, ya en nuestra vida mortal,
a descubrir el valor de los bienes eternos
y a poner en ellos nuestro corazón» (*poscomunión*)

VIERNES

Isaías 29,17-24; Mateo 9,27-31

1. Qué hermoso el panorama que nos presenta el profeta. Dios quiere salvar a su pueblo, y lo hará pronto. Los sordos oirán. Lo que estaba seco se

convertirá en un jardín. Los que se sentían oprimidos se verán liberados, mientras que los violentos recibirán su castigo. Ya no tendremos que avergonzarnos de ser buenos y seguir al Señor. ¡Qué buena noticia para los pobres de todos los tiempos!

Los ciegos verán y la oscuridad dejará paso a la luz.

Es una página muy optimista la que hoy leemos. Nos puede parecer increíble y utópica. Pero los planes de Dios son así, y no sólo hace dos mil quinientos años, para el pueblo de Israel, sino para nosotros, que también sabemos lo que es sequedad, oscuridad y opresión.

Cuando leemos los anuncios de Isaías los leemos desde nuestra historia, y nos dejamos interpelar por él, o sea, por el Dios que nos quiere salvar en este año concreto que vivimos ahora. El programa se inició en los tiempos mesiánicos, con Cristo Jesús, pero sigue en pie. Sigue queriendo cumplirse. Hoy podemos proclamar las páginas del profeta al menos con igual motivo que en la época de su primer anuncio. Porque seguimos necesitando esa salvación de Dios. También nosotros, con las palabras del salmo, decimos con confianza: «el Señor es mi luz y mi salvación», y eso es lo que nos da ánimos y mantiene nuestra esperanza.

2. Es una estampa muy propia de Adviento la de los dos ciegos que están esperando, y cuando se enteran que viene Jesús, le siguen gritando: «ten compasión de nosotros, Hijo de David».

Dos ciegos que desean, buscan y piden a gritos su curación.

Tal vez no conocen bien a Jesús, ni saben qué clase de Mesías es. Pero le siguen y se encuentran con el auténtico Salvador, quedan curados y se marchan hablando a todos de Jesús.

Como tantas otras personas que a lo largo del evangelio encontraron en Jesús el sentido de sus vidas.

Una vez más se demuestra la verdad de la gran afirmación: «yo soy la luz del mundo: el que me sigue no andará en tinieblas».

3. a) El Adviento lo estamos viviendo desde una historia concreta. Feliz o

desgraciada. Y las lecturas nos están diciendo que este mundo nuestro tiene remedio: éste, con sus defectos y calamidades, no otros mundos posibles. Que Dios nos quiere liberar de las injusticias que existen ahora, como en tiempos del profeta. De las opresiones. De los miedos.

Cuántas personas están ahora mismo clamando desde su interior, esperando un Salvador que no saben bien quién es: y lo hacen desde la pobreza y el hambre, la soledad y la enfermedad, la injusticia y la guerra. Los dos ciegos tienen muchos imitadores, aunque no todos sepan que su deseo de curación coincide con la voluntad de Dios que les quiere salvar.

b) Pero nos podemos hacer a nosotros mismos la pregunta: ¿en verdad queremos ser salvados? ¿nos damos cuenta de que necesitamos ser salvados? ¿seguimos a ese Jesús como los ciegos suplicándole que nos ayude? ¿de qué ceguera nos tiene que salvar? Hay cegueras causadas por el odio, por el interés materialista de la vida, por la distracción, por la pasión, el egoísmo, el orgullo o la cortedad de miras. ¿No necesitamos de veras que Cristo toque nuestros ojos y nos ayude a ver y a distinguir lo que son valores y lo que son contravalores en nuestro mundo de hoy? ¿o preferimos seguir ciegos, permanecer en la oscuridad o en la penumbra, y caminar por la vida desorientados, sin profundizar en su sentido, manipulados por la última ideología de moda?

El Adviento nos invita a abrir los ojos, a esperar, a permanecer en búsqueda continua, a decir desde lo hondo de nuestro ser «ven, Señor Jesús», a dejarnos salvar y a salir al encuentro del verdadero Salvador, que es Cristo Jesús. Sea cual sea nuestra situación personal y comunitaria, Dios nos alarga su mano y nos invita a la esperanza, porque nos asegura que él está con nosotros. La Iglesia peregrina hacia delante, hacia los tiempos definitivos, donde la salvación será plena. Por eso durante el Adviento se nos invita tanto a vivir en vigilancia y espera, exclamando «Marana tha», «Ven, Señor Jesús».

c) Al inicio de la Eucaristía, muchas veces repetimos —ojalá desde dentro, creyendo lo que decimos— la súplica de los ciegos: «Kyrie, eleison. Señor, ten compasión de nosotros». Para que él nos purifique interiormente, nos preste su fuerza, nos cure de nuestros males y nos ayude a celebrar bien su Eucaristía. Es una súplica breve e intensa que muy bien podemos llamar

oración de Adviento, porque estamos pidiendo la venida de Cristo a nuestras vidas, que es la que nos salva y nos fortalece. La que nos devuelve la luz.

En este Adviento se tienen que encontrar nuestra miseria y la respuesta salvadora de Jesús.

«El Señor viene con resplandor a visitar a su pueblo» (*entrada*)

«El Señor es mi luz y mi salvación» (*salmo*)

«Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor» (*salmo*)

«El Señor llega con poder.

Iluminará los ojos de sus siervos» (*aleluya*)

«Kyrie, eleison. Ten compasión de nosotros, Señor» (*evangelio*)

SÁBADO

Isaías 30,19-21.23-26; Mateo 9,35-10,1.6-8

1. Toda la semana estamos escuchando a Isaías, el maestro de la esperanza. Él nos va proponiendo el programa que tiene Dios, lleno de gracia salvadora. Nos sigue llamando cada día a dejar el pesimismo y mirar con ilusión hacia el futuro.

Los símiles están tomados de la vida agrícola, que todos entendían y entendemos fácilmente: Dios quiere que ya no haya lloros ni hambre, que no falte la lluvia para los campos, que las cosechas sean abundantes y no le falten pastos al ganado.

El profeta nos asegura que nuestro Dios es un Dios cercano, que nos escucha y nos conoce por nuestro nombre: «Apenas te oiga, te responderá». Si andamos desorientados, oiremos muy cerca su voz que nos dice: «éste es el camino, caminad por él». «No se esconderá tu Maestro». «Cuenta el número de las estrellas, a cada una la llama por su nombre» (salmo). Y si estamos heridos, o nuestros corazones están destrozados, él vendará nuestras heridas y reconstruirá lo que estaba destruido.

El profeta tiene permiso para soñar. Habla a un pueblo que está desanimado, destrozado política y religiosamente. Es a los pobres y a los afligidos a quienes se dirige su palabra de ánimo, para anunciarles que Dios no les olvida, que se apiada de ellos, porque es rico en misericordia.

2. El anuncio de esperanza del profeta se cumple en Cristo Jesús. Como en tantas otras páginas del evangelio, en la de hoy se ve cómo él está muy cercano y camina con su pueblo, ayuda a todos, no sólo a los que están llenos de vida, sino a los cansados, a los sumergidos en enfermedades y dolencias, a los que andan como ovejas sin pastor, y de modo particular si se trata de ovejas perdidas. Como su Padre, Jesús es rico en misericordia. Su corazón se compadece de los que sufren.

No pretende aportar soluciones políticas ni económicas: lo que da Jesús a los que se encuentran con él es esperanza, sentido de la vida. Les predica la Buena Noticia. Orienta a los desorientados, como prometía Isaías.

Y es éste precisamente el encargo que transmite a sus discípulos: les envía como trabajadores a la mies para que hagan lo mismo que él, que expulsen demonios, curen enfermedades y proclamen a todos la Buena Nueva de la salvación. Y que lo hagan gratis, como gratis lo han recibido. Que comuniquen esperanza a los que la han perdido.

3. a) Ese Dios que sana corazones destrozados, ese Cristo que se apiada de los que sufren, es quien hoy nos invita a nosotros a tener y a repartir esperanza.

La humanidad sigue igual, hambrienta, desorientada, desilusionada. Si estamos desanimados, o más o menos hundidos en una situación de pecado o de tibieza, la llamada del Adviento, o sea, el anuncio de la venida de Jesús a nuestra historia, va dirigida preferentemente a nosotros. Son nuestras lágrimas las que quiere enjugar, y nuestras heridas las que quiere vendar con solicitud.

Eso es Adviento y eso es Navidad. Que se repite año tras año. Si Isaías podía decir que Dios está cerca, ahora, con Cristo, esta cercanía es mucho mayor.

b) Esto, en primer lugar, nos da confianza a nosotros. Pero a la vez que buscadores de Dios, se nos invita a ser anunciadores de Dios, a comunicar nuestra esperanza a los demás. ¿Haremos el papel de Isaías en medio de

nuestra sociedad? ¿anunciaremos a alguien, cerca de nosotros, la Buena Noticia de la salvación a través de nuestra cercanía y de la esperanza que le contagiamos? ¿seremos «adviento» para alguien, porque comunicamos alegría, porque cuidamos de los enfermos o de los abandonados, porque nos acercamos al que sufre o está solo? Y eso no sólo a los que son de trato agradable, sino también a los que han sido menos agraciados por la vida, menos simpáticos y cultos, menos fáciles de tratar.

c) Dios quiere vendar nuestras heridas. Pero a la vez nos encarga que nosotros también vendemos heridas a nuestro alrededor. Ahora Cristo no va por las calles curando y liberando a los posesos. Pero sí vamos los cristianos, con el encargo de que seamos adviento y profeta Isaías en nuestra familia, en nuestra comunidad, en la parroquia, en la sociedad. Y eso lo cumpliremos si a nuestro alrededor crece un poco más la esperanza, y las personas que conviven con nosotros se sienten amadas y ven cómo se les curan las heridas y se va remediando su desencanto. Si inspiramos serenidad con nuestra actitud, y sabemos quitar hierro a las tensiones, y aliviar el dolor de tantas personas, cerca de nosotros, que sufren de mil maneras.

Eso es lo que hacía Cristo Jesús hace dos mil años. Y será Adviento y Navidad si vuelve a suceder lo mismo, ahora por medio de los cristianos que estamos en el mundo.

d) La Virgen María también nos da ejemplo, en las páginas del evangelio, de saber mostrarse cercana a los que la necesitan. Está contenta con el anuncio del ángel, pero corre a ayudar a su prima en los trabajos de su casa. En Caná está al quite del apuro de los novios e intercede ante su Hijo para que les proporcione vino. La Virgen creyente, y a la vez, la Virgen servicial.

«Despierta tu poder, Señor, y ven a salvarnos» (*entrada*)

«Concédenos la libertad verdadera» (*oración*)

«Dichosos los que esperan en el Señor.

Él sana los corazones destrozados,
venda sus heridas» (*salmo*)

«Mira, llego en seguida, dice el Señor» (*comunión*)

SEGUNDA SEMANA DE ADVIENTO

lunes

Is 35, 1-10

Mirad a vuestro Dios: viene en persona y os salvará

Lc 5,17-26

Tus pecados están perdonados. Ponte en pie y vete a tu casa

martes

Is 40,1-11

Preparadle un camino al Señor: aquí está vuestro Dios

Mt 18,12-14

Vuestro Padre del cielo no quiere que se pierda ni uno de estos pequeños

miércoles

Is 40, 25-31

Los que esperan en el Señor renuevan sus fuerzas

Mt 11, 28-30

Venid a mí los que estáis cansados y yo os aliviaré

jueves

Is 41, 13-20

No temas, yo mismo te auxilio

Mt 11,11-15

No ha nacido de mujer uno más grande que Juan el Bautista

viernes

Is 48, 17-19

Si hubieras atendido a mis mandatos, sería tu paz como un río

Mt 11,16-19

Juan el asceta. ¿A quién se parece esta generación?

sábado

Ecl 48,1-4.9-11

Surgió Elías, un profeta como un fuego

Mt 17,10-13

Elías ya ha venido y no lo reconocieron

De lunes a miércoles continúa el mismo tono profético de la primera semana, con unos evangelios que muestran cómo se cumplen los anuncios mesiánicos en Cristo Jesús.

De jueves a sábado se inaugura otro ritmo de lecturas. Los evangelios hablan de Juan el Bautista, como precursor del Mesías: las primeras lecturas, sin demasiada conexión con estos evangelios, siguen anunciando la salvación que Dios prepara para la humanidad.

LUNES

Isaías 35,1-10; Lucas 5,17-26

1. Sigue el profeta con su mensaje de alegría y sus imágenes poéticas, para describir lo que Dios quiere hacer en el futuro mesiánico.

Las imágenes las toma a veces de la vida campestre: el yermo se convierte en vergel, brotan aguas en el desierto, hay caminos seguros sin miedo a los animales salvajes. Y otras, de la vida humana: manos débiles que reciben vigor, rodillas vacilantes que se afianzan, cobardes que recobran el valor, el pueblo que encuentra el camino de retorno desde el destierro y lo sigue con alegría, cantando alabanzas festivas. Es un nuevo éxodo de liberación, como cuando salieron de Egipto.

Todo son planes de salvación: «Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos» (salmo). Ya no caben penas ni aflicción. Curará a los ciegos y a los sordos, a los mudos y a los cojos. Y a todos les enseñará el camino de la verdadera felicidad. La caravana del pueblo liberado la guiará el mismo Dios en persona.

De nuevo nos quedamos perplejos ante un cuadro tan idílico. Es como un poema gozoso del retorno al Paraíso, con una mezcla de fiesta cósmica y humana. Dios ha perdonado a su pueblo, le libra de todas sus tribulaciones y le vuelve a prometer todos los bienes que nuestros primeros padres malograron al principio de la historia.

2. El sentido que tiene esta página, al ser proclamada hoy entre nosotros, nos lo aclara el pasaje evangélico que escuchamos: en Cristo Jesús tenemos de nuevo todos los bienes que habíamos perdido por el pecado del primer Adán. Él es el médico de toda enfermedad, el agua que fecunda nuestra tierra, la luz de los que ansiaban ver, la valentía de los que se sentían acobardados.

Jesús, el que salva, el que cura, el que perdona. Como en la escena de hoy: vio la fe de aquellas personas, acogió con amabilidad al paralítico, le curó de su mal y le perdonó sus pecados, con escándalo de algunos de los presentes. Le dio más de lo que pedía: no sólo le curó de la parálisis, sino que le dio la salud interior. Lo que ofrece él es la liberación integral de la persona.

Resulta así que lo que prometía Isaías se quedó corto. Jesús hizo realidad lo que parecía utopía, superó nuestros deseos y la gente exclamaba: «hoy hemos visto cosas admirables». Cristo es el que guía la nueva y continuada marcha del pueblo: el que dijo «yo soy el camino, la verdad y la vida».

3. a) Cuántas rodillas vacilantes y manos temblorosas hay también hoy. Tal vez las nuestras.

Cuántas personas sienten miedo, o se encuentran desorientadas. Tal vez nosotros mismos.

El mensaje del Adviento es hoy, y lo será hasta el final de los tiempos, el mismo: «levantad la cabeza, ya viene la liberación», «cobrad ánimos, no tengáis miedo», «te son perdonados tus pecados», «levántate y anda». Cristo Jesús nos quiere curar a cada uno de nosotros, y ayudarnos a salir de nuestra situación, sea cual sea, para que pasemos a una existencia viva y animosa. Aunque una y otra vez hayamos vuelto a caer y a ser débiles.

b) El sacramento de la Reconciliación, que en este tiempo de preparación a la gracia de la Navidad tiene un sentido privilegiado, es el que Cristo ha pensado para que, por medio del ministerio de su Iglesia, nos alcance una vez más el perdón y la vida renovada. La reconciliación es también cambio y éxodo. Nuestra vida tiene siempre algo de éxodo: salida de un lugar y marcha hacia alguna tierra prometida, hacia metas de mayor calidad humana y espiritual. Es una liberación total la que Dios nos ofrece, de vuelta de los destierros a los que nos hayan llevado nuestras propias debilidades.

c) Pero el evangelio de hoy nos invita también a adoptar una actitud activa en nuestra vida: ayudar a los demás a que se encuentren con Jesús. Son muchos los que, a veces sin saberlo, están buscando la curación, que viven en la ignorancia, en la duda o en la soledad, y están paralíticos. Gente que, tal vez, ya no esperan nada en esta vida. O porque creen tenerlo ya todo, en su autosuficiencia. O porque están desengañados.

¿Somos de los que se prestan gustosos a llevar al enfermo en su camilla, a ayudarlo, a dedicarle tiempo? Es el lenguaje que todos entienden mejor. Si nos ven dispuestos a ayudar, saliendo de nuestro horario y de nuestra comodidad, facilitaremos en gran manera el encuentro de otros con Cristo, les ayudaremos a comprender que el Adviento no es un aniversario, sino un acontecimiento nuevo cada vez. No seremos nosotros los que les curemos o les salvemos: pero les habremos llevado un poco más a la cercanía de Cristo, el Médico.

Si también nosotros, como Jesús, que se sintió movido por el poder del Señor a curar, ayudamos a los demás y les atendemos, les echamos una mano, y si es el caso les perdonamos, contribuiremos a que éste sea para ellos un tiempo de esperanza y de fiesta.

d) Cuando el sacerdote nos invita a la comunión, nos presenta a Jesús como «el Cordero que quita el pecado del mundo». Esta palabra va dirigida a nosotros hoy y aquí. Cada Eucaristía es Adviento y Navidad, si somos capaces de buscar y pedir la salvación que sólo puede venir de Dios. Cada Eucaristía nos quiere curar de parálisis y miedos, y movernos a caminar con un sentido más esperanzado por la vida. Porque nos ofrece nada menos que al mismo Cristo Jesús, el Señor Resucitado, hecho alimento de vida eterna.

«Mirad a vuestro Salvador que viene: no temáis» (*entrada*)

«Sed fuertes, no temáis:
mirad a vuestro Dios, viene en persona» (*1ª lectura*)

«Nuestro Dios viene y nos salvará.
Dios anuncia la paz
a su pueblo y a sus amigos» (*salmo*)

«Que brille tu rostro y nos salve» (*aleluya*)

«Te son perdonados tus pecados:
levántate y anda» (*evangelio*)

«Ven, Señor, visítanos con tu paz
y nos alegraremos en tu presencia de todo corazón» (*comunión*)

MARTES

Isaías 40,1-11; Mateo 18,12-14

1. Se nota que el pasaje pertenece al «libro de la consolación» del profeta Isaías: sea de él en persona o de un discípulo suyo posterior, llamado «el segundo Isaías», que profetizó en tiempos del destierro.

En medio de una historia bien triste para el pueblo de Israel, tanto política como religiosa, resuena un pregón de esperanza, describiendo con fuerza literaria y plástica los caminos que a través del desierto van a conducir al pueblo de vuelta a Jerusalén, como sucedería en efecto, en el siglo VI antes de Cristo, por decisión del rey Ciro.

Se dibuja aquí como una repetición del éxodo desde Egipto, camino de la tierra prometida. Ahora es la vuelta del destierro de Babilonia. En ambas ocasiones es Dios quien conduce y protege a su pueblo. Pero exigirá esfuerzo por parte de todos: han de ir construyendo el camino, allanando, rellenando, enderezando, como recordará más tarde el Bautista. Un buen símbolo de la colaboración del hombre en la salvación que le ofrece Dios.

El anuncio más consolador es que Dios llega, que llega con poder, que perdona a su pueblo sus pecados anteriores, que quiere reunir a todos los dispersos, como el pastor a sus ovejas. Es un retrato poético y amable de Dios como Pastor: «lleva en brazos los corderos, cuida de las madres». Tiene entrañas de misericordia para con su pueblo. No quiere que permanezcan más tiempo en la aflicción.

No es extraño que el salmo nos haga cantar sentimientos de alegría por la cercanía mostrada en todo tiempo por Dios a su pueblo: «cantad al Señor, bendecid su nombre, delante del Señor que ya llega, ya llega a regir la tierra».

2. Es un mensaje que nosotros acogemos con más motivos todavía al escuchar el evangelio. También Jesús hace un retrato del «Padre del cielo», y lo describe como Pastor con un corazón bueno, comprensivo, que va en busca de la oveja descarriada y se llena de alegría cuando la encuentra. «No quiere que se pierda ni uno de estos pequeños».

Es un retrato que más que con palabras ha manifestado Jesús con su propia vida. A imitación de su Padre, él se preocupa de todas las ovejas, de modo especial por las más débiles, las que se escapan del redil y corren peligros. No las abandona, las busca, las acoge, las perdona, las devuelve a la seguridad. Es en verdad el Buen Pastor.

Si el Padre es rico en misericordia, Cristo aparece también en las páginas del evangelio como comprensivo, misericordioso, benigno con los pecadores, dispuesto siempre a perdonar. A los dos discípulos «extraviados» que abandonan la comunidad de Jerusalén y, desanimados, se quieren refugiar en su casa de Emaús, el Resucitado les sale al encuentro, los recupera pacientemente y les envía de nuevo a la comunidad. Siempre Buen Pastor.

No ha venido a condenar, sino a salvar.

3. a) A los primeros a quien Cristo Jesús quiere salvar en este Adviento es a nosotros mismos. Tal vez no seremos ovejas muy descarriadas, pero puede ser que tampoco estemos en un momento demasiado fervoroso en nuestro seguimiento del Pastor. Todos somos débiles y a veces nos distraemos del camino recto.

Cristo Jesús nos busca y nos espera. No sólo a los grandes pecadores y a los alejados, sino a nosotros, los cristianos que le seguimos con un ritmo más intenso, pero que también necesitamos el estímulo de estas llamadas y de la gracia de su amor. Somos nosotros mismos los invitados a confiar en Dios, a celebrar su perdón, a aprovechar la gracia de la Navidad. El que está en

actitud de Adviento -espera, búsqueda- es Dios para con nosotros. Y se alegrará inmensamente si volvemos a él.

b) Pero también nos enseñan estas lecturas a mejorar nuestra actitud para con los demás. ¿Ayudamos a otros a volver del destierro o del alejamiento a la cercanía de Dios? ¿estamos siendo en este Adviento, ya en su segunda semana, mensajeros de la Buena Nueva para con otros y pastores ayudantes del Buen Pastor? ¿sabemos respetar a los demás, esperarles, buscarles, ser comprensivos para con ellos, y ayudarles a encontrar el sentido de su vida? ¿tenemos corazón acogedor para con todos, aunque nos parezcan poco preparados, incluso alejados, como lo tiene Dios para con nosotros, que tampoco somos un prodigio de santidad?

Tal vez depende de nuestra actitud el que para algunas personas esta Navidad sea un reencuentro con Dios. Y no por nuestros discursos, sino por nuestra cercanía y acogida.

El profeta puede dirigirse a nosotros y decirnos: «Consolad, consolad a mi pueblo. ¡Grita! ¿Qué debo gritar? ¡Aquí está vuestro Dios!». Hoy las lecturas nos lo han gritado a nosotros. Ahora nosotros podemos ser heraldos de esperanza en medio de un mundo que no abunda precisamente en noticias buenas. Empezando por nuestra propia familia o comunidad.

c) En cada Eucaristía viene Cristo Jesús a nosotros. En la comunidad: «donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio»; en la Palabra que nos dirige: él mismo es la Palabra viviente de Dios que se nos da; en la Eucaristía de su Cuerpo y su Sangre, que son alimento de vida eterna. Ahí está condensada la razón de ser de nuestra confianza y de nuestra actuación misionera durante la jornada.

/// «Concedéndonos esperar con alegría
la gloria del nacimiento de tu Hijo» (*oración*)

/// «Consolad, consolad a mi pueblo,
dice vuestro Dios» (*1ª lectura*)

/// «Alégrese el cielo, goce la tierra,
delante del Señor que ya llega» (*salmo*)

MIÉRCOLES**Isaías 40,25-31; Mateo 11,28-30**

1. En nuestra vida las dificultades nos vienen a veces de fuera. Y otras muchas veces, de dentro: el cansancio, la desilusión, la desorientación.

Las dos lecturas de hoy nos hablan de los que están cansados, y tanto el profeta como Jesús nos aseguran que Dios quiere ayudar a los desfallecidos comunicándoles su fuerza.

Podría haber una duda: Dios es todopoderoso, eterno y creador de los confines del orbe. ¿A quién le podemos comparar? Por tanto, podríamos pensar que, perfecto en su omnipotencia, seguramente estará muy lejano. El pueblo de Israel tiene la tentación de pensar: «mi suerte está oculta al Señor, mi Dios ignora mi causa».

Pero el profeta nos dice lo contrario: Dios está cerca, nos conoce, no ignora nuestros problemas. Está siempre dispuesto a dar fuerza a los débiles y a los cansados. Incluso los jóvenes quedan a veces rendidos, y los guerreros tropiezan y caen: pero el que se fía de Dios renueva sus fuerzas, le nacen alas como de águila, y podrá correr sin cansarse, y marchar sin fatigarse.

Esta imagen la completa poéticamente el salmo: Dios se preocupa de los suyos, perdona, cura, rescata de la fosa, está lleno de gracia y ternura. En este salmo encontramos una de las mejores definiciones de Dios que se repite en el A.T.: «el Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia».

2. Pero la cercanía de Dios ha quedado todavía más manifiesta en Cristo Jesús: una cercanía llena de misericordia y comprensión, como en el anuncio del profeta.

Las palabras de Jesús son un pregón de esperanza: «venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré». Es el aspecto principal de la figura de Jesús. Hace milagros, predica maravillosamente, anuncia el Reino: pero sobre todo atiende a los que sufren, a los desorientados, a los que buscan, a los pobres y débiles, a los pecadores y marginados de la sociedad. Tiene

buen corazón. Quiere liberar a todos de sus males. Nunca pasa al lado de una persona que sufre sin atenderla. «Venid a mí, yo os aliviaré».

Es lo suyo: libera de angustias y da confianza para vivir. Ofrece paz y serenidad a los que han sido zarandeados de cualquier manera por la vida. A él le tuvo que ayudar un día el Cireneo a llevar la cruz. Pero él había ayudado y sigue ayudando a otros muchos a cargar con la cruz que les ha tocado llevar.

3. a) Quién más quién menos, todos andamos un poco agobiados por la vida. Somos débiles y sentimos el cansancio de tantas cosas como llevamos entre manos. La enfermedad del «estrés» es la que más caracteriza al hombre moderno, juntamente con la soledad y la desorientación. Y además nos sentimos muchas veces bloqueados por el pesimismo, el materialismo, la búsqueda de la comodidad, la intransigencia, los rencores, las pasiones, la sensualidad.

El Adviento nos invita a no dudar nunca de Dios. Nos hace el anuncio cargado de confianza: Cristo Jesús vino y sigue viniendo a nuestra historia para curarnos y fortalecernos, para liberarnos de miedos y esclavitudes, de agobios y angustias. No nos sucederán milagros. Pero si de veras acudimos a él, siguiendo su invitación, encontraremos paz interior y serenidad, y fuerza para seguir caminando.

El Adviento es escuela de esperanza y espacio de paz interior. Porque Dios es un Dios que siempre viene, en Cristo Jesús, y está cerca de nosotros y conoce nuestra debilidad.

b) Esta imagen acogedora de Cristo debería ser también la que ofreciera a todos la Iglesia, su comunidad, o sea, cada uno de nosotros. Este tiempo de Adviento nos invita a que seamos personas que acogen, que al dolor o a la búsqueda de las personas no responden con legalismos y exigencias, sino con comprensión; personas que infunden paz y regalan ánimos a tantos y tantos que están desfallecidos por el camino; testigos y heraldos de esperanza, que es lo que más falta hace a este mundo.

En los tiempos actuales, tal vez más que nunca, existe vacío de Dios, poca unidad y armonía en la propia existencia, huída hacia las soluciones más

inmediatas y fáciles, olvido de la Buena Noticia de que en Cristo Jesús tenemos la verdadera alegría y la respuesta de Dios a todas nuestras preguntas. Nosotros, los cristianos, deberíamos ser los instrumentos de los que Dios se sirve hoy para infundir más armonía y paz a las personas, recordando nosotros mismos y siendo luego pregoneros para los demás del gran acontecimiento que celebramos, la presencia de Dios en nuestra vida.

El Adviento no es sólo poesía. Es compromiso de colaboración con el Dios liberador que no quiere esclavitud ni ceguera ni sufrimiento en el mundo.

«Ven, Señor, y no tardes» (*entrada*)

«Esperamos la llegada saludable
del que viene a sanarnos de todos nuestros males» (*oración*)

«Los que esperan en el Señor renuevan sus fuerzas,
corren sin cansarse, marchan sin fatigarse» (*1ª lectura*)

«El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia» (*salmo*)

«Dichosos los que están preparados
para salir a su encuentro» (*aleluya*)

JUEVES

Isaías 41,13-20; Mateo 11,11-15

A partir de hoy, y hasta el día 16, el hilo conductor de las lecturas lo llevará el evangelio de cada día, con la figura de Juan Bautista, el precursor del Mesías. Mientras que las lecturas del A.T. nos irán completando el cuadro de los pasajes evangélicos.

Si Isaías había sido hasta ahora quien nos ayudaba a alegrarnos con la gracia del Adviento, como admirable profeta de la esperanza, ahora es el Bautista

quien, tanto en los domingos como entre semana, nos anuncia que se acaba el A.T. y el tiempo de los profetas, que con Jesús de Nazaret empiezan los tiempos definitivos. Más tarde será María de Nazaret quien nos presente a su Hijo, el Mesías enviado por Dios.

1. Dios asegura de nuevo que estará cerca de su pueblo, con un lenguaje lleno de ternura: «yo, el Señor, tu Dios, te cojo de la mano y te digo: no temas, yo mismo te auxilio», «y tú te alegrarás con el Señor». Las imágenes que usa el profeta para dibujar esta salvación mesiánica están llenas de poesía y de futuro. Dará de beber a los sedientos, responderá a todo el que le invoque, hará surgir ríos en terrenos áridos, transformará el desierto llenándolo de árboles de toda especie. Es, de nuevo, la escenografía paradisíaca: la vuelta a la felicidad inicial estropeada por el pecado del hombre.

En la página que leemos hoy es a todo el pueblo de Israel a quien se dirige Dios diciéndole que le convertirá en trillo aguzado, o sea, en instrumento eficaz de preparación a los tiempos mesiánicos, roturando y preparando el terreno para la salvación.

Dios cuida de su pueblo y a su vez éste es llamado a ser instrumento de salvación para los demás.

2. Ese Dios volcado hacia su pueblo decidió, al cumplirse la plenitud de los tiempos, enviar a su Hijo al mundo. Y quiso también que su venida estuviera preparada por un precursor, Juan Bautista.

Hemos escuchado cómo Jesús alaba a Juan. Dice de él que es el profeta a quien se había anunciado cuando se decía que Elías volvería. Ya ha venido, aunque algunos no le quieran reconocer. Y es el más grande de los nacidos de mujer.

El Bautista es el último de los profetas del A.T., el que establece el puente a los tiempos nuevos, los definitivos. Por eso dice también Jesús que «el más pequeño en el Reino de los cielos es más grande que él»: ahora que viene el Profeta verdadero, todos los demás quedan relativizados; ahora que se

congrega el nuevo Pueblo en torno al Mesías, ha llegado a la plenitud el pueblo primero, la primera alianza.

Aprovecha Jesús para decir que su Reino supone esfuerzo, que hace violencia. Sólo los esforzados se apoderan de él. Es un orden nuevo de cosas exigente y radical. El Bautista ya anunció que el hacha estaba dispuesta para cortar el árbol. El Reino es gracia y es alternativa: salvación y juicio a la vez. Él, el Bautista, hombre recio donde los haya, fue de los que recibieron con entereza este Reino. Supo mantenerse en su lugar, humilde: «conviene que yo mengüe y que él crezca», porque no era él el Salvador, sino el que le preparaba el camino. Vivió en la austeridad y predicó sin recortes el mensaje de conversión. Fue la voz que clama en el desierto para preparar la venida del Mesías. Además, encaminó a sus discípulos hacia Jesús, el nuevo y definitivo Maestro: «éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo».

3. a) Juan el Bautista nos invita a un Adviento activo, exigente.

Celebrar la venida de Dios, en la próxima Navidad, no es sólo cosa de sentimiento y de poesía. La gracia del Adviento, de la Navidad y de la Epifanía pide disponibilidad plena, apertura a la vida que Dios nos quiere comunicar. Supone, como predicaba Isaías y repetía el Precursor, preparar caminos, allanar, rellenar, enderezar, compartir con los demás lo que tenemos, hacer penitencia, o sea, cambiar de mentalidad.

Si Navidad no nos cuesta ningún esfuerzo, será seguramente porque no hemos profundizado en su significado sacramental. El don de Dios es siempre a la vez tarea y compromiso. Es palabra de consuelo y de conversión.

b) En la Plegaria Eucarística IV del Misal se alaba a Dios por cómo ha tratado siempre a los débiles y pecadores: «cuando por desobediencia perdió tu amistad, no le abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busca». Como decía Isaías de Yahvé y su pueblo Israel, «yo te cojo de la mano y te digo: no temas».

En el Adviento se deberían encontrar esas dos manos: la nuestra que se eleva hacia Dios pidiendo salvación, y la de Dios, que nos ofrece mucho más de

lo que podemos imaginar. No es tanto que Dios salga al encuentro de nuestra mano suplicante, sino nosotros los que nos damos cuenta con gozo de la mano tendida por Dios hacia nosotros.

Adviento es antes gracia de Dios que esfuerzo nuestro. Aunque ambos se encuentran en el misterio que celebramos. Ojalá todos, como prometía Isaías, «veamos y conozcamos, reflexionemos y aprendamos de una vez, que la mano del Señor lo ha hecho».

«Despierta, Señor, nuestros corazones» (*oración*)

«Yo, el Señor, les responderé.
No les abandonaré» (*1ª lectura*)

«Yo, el Señor tu Dios, te agarro de la mano y te digo:
no temas, yo mismo te auxilio» (*1ª lectura*)

«El Señor es clemente y misericordioso,
lento a la cólera y rico en piedad» (*salmo*)

«Muéstranos, Señor, tu misericordia
y danos tu salvación» (*aleluya*)

VIERNES

Isaías 48,17-19; Mateo 11,16-19

1. Jesús echará en cara a su generación que no reciben a los enviados de Dios, ni al Bautista ni a Jesús mismo.

Ya en la primera lectura el profeta se lamenta con tristeza de que el pueblo era rebelde y no había querido obedecer a Dios. No eligió el camino del bien, sino el del propio capricho. Y así le fue. Si hubiera sido fiel a Dios, hubiera

gozado de bienes abundantes, que el profeta describe con un lenguaje cósmico lleno de poesía: la paz sería como un río, la justicia rebosante como las olas del mar, los hijos abundantes como la arena. Si Israel hubiera seguido los caminos de Dios, no habría tenido que experimentar las calamidades del destierro.

El tono de lamento se convierte en el salmo en una reflexión sapiencial: «el que te sigue, Señor, tendrá la vida de la vida». «Dichoso el hombre para el que su gozo es la ley del Señor. Será como árbol plantado al borde de la acequia», lleno de frutos. «Porque el camino de los impíos acaba mal».

2. Tampoco hicieron caso al Bautista muchos de sus contemporáneos, ni al mismo Jesús, que acreditaba sobradamente que era el Enviado de Dios. «Vino al mundo y los suyos no le recibieron».

Esta vez la queja está en labios de Jesús, con la gráfica comparación de los juegos y la música en la plaza. Un grupo de niños invita a otro a bailar con música alegre, y los otros no quieren. Les cambian entonces la música, y ponen una triste, pero tampoco. En el fondo, es que no aceptan al otro grupo, por el motivo que fuera. Tal vez por mero capricho o tozudez.

La aplicación de Jesús es clara. El Bautista, con su estilo austero de vida, es rechazado por muchos: tiene un demonio, es demasiado exigente, debe ser un fanático. Viene Jesús, que es mucho más humano, que come y bebe, que es capaz de amistad, pero también le rechazan: «es un comilón y un borracho». En el fondo, no quieren cambiar. Se encuentran bien como están, y hay que desprestigiar como sea al profeta de turno, para no tener que hacer caso a su mensaje. De Jesús, lo que sabe mal a los fariseos es que es «amigo de publicanos y pecadores», que ha hecho una clara opción preferencial por los pobres y los débiles, los llamados pecadores, que han sido marginados por la sociedad. La queja la repetirá Jesús más tarde: Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina a sus polluelos, y no quisiste.

3. a) ¿Cuál será la excusa de nuestra negativa, si no nos decidimos a entrar en el Adviento y a vivir la Navidad?

El retrato de muchos cristianos que no se toman en serio a Cristo Jesús en sus vidas puede ser en parte el mismo que el de las clases dirigentes de Israel, al no aceptar ni a Juan ni a Jesús: terquedad, obstinación y seguramente también infantilismo e inmadurez.

Hay personas insatisfechas crónicas, que se refugian en su crítica, o ven sólo lo malo en la historia y en las personas, y siempre se están quejando. Esta actitud les resulta, tal vez sin pensarlo explícitamente, la mejor excusa para su voluntad de no cambiar. Este papa no les convence porque es polaco. El anterior, porque era italiano. A aquél porque dudaba, a éste porque no duda. Y así con muchas otras personas o campañas o tareas. Nos cuesta comprometernos. Y es que si tomamos en serio a Cristo, y a su Iglesia, y los dones de su gracia, eso cambia nuestra vida, y se ponen en juicio nuestros criterios, y se nos coloca ante la alternativa del seguimiento del Evangelio de Cristo o del de este mundo.

b) ¿Cuántos Advientos hemos vivido ya en nuestra historia? ¿De veras acogemos al Señor que viene? Cada año se nos invita a una opción: dejar entrar a Dios en nuestra vida, con todas las consecuencias. Pero nos resulta más cómodo disimular y dejar pasar el tiempo.

En vez de decir o cantar tantas veces el «ven, Señor Jesús», podríamos decir con sinceridad este año: «voy, Señor Jesús».

«Salgamos a su encuentro, cuando él llegue,
con las lámparas encendidas» (*oración*)

«El que te sigue, Señor,
tendrá la luz de la vida» (*salmo*)

«Ven, Señor, visítanos con tu paz» (*aleluya*)

«Señor, al vernos desvalidos y sin méritos propios,
acude, compasivo, en nuestra ayuda» (*ofrendas*)

SÁBADO**Eclesiástico 48,1-4.9-11; Mateo 17, 10-13**

1. De nuevo la persona de Juan el Bautista, del que Jesús hablará en el evangelio, es prefigurada por el profeta Elías, uno de los personajes más importantes del A.T.

El libro del Eclesiástico le describe como «un fuego». Su temperamento era vivo, enérgico. Sus palabras, «un horno encendido». Anunció sequías como castigo de Dios, luchó incansablemente contra la idolatría de su pueblo, fue insobornable en su denuncia de los atropellos de las autoridades, hizo bajar fuego sobre las ofrendas de Yahvé en su reto con los dioses falsos, y al final desapareció misteriosamente en un carro de fuego, arrebatado por un torbellino que le llevó a la altura.

Pero en el fondo Elías, que vivió nueve siglos antes de Cristo, fue el profeta de la esperanza escatológica, el que por tradición popular iba a volver para preparar inmediatamente el día del Señor. Su misión entonces sería «apaciar la ira» de Dios, «reconciliar a padres con hijos» y «restablecer las tribus de Israel». Por eso en el salmo hemos cantado: «Oh Dios, restáuranos».

2. Jesús, al bajar del monte de la Transfiguración, donde los discípulos le han visto acompañado de Elías y de Moisés, les dice que Elías ya ha venido «a renovar todo», aunque muchos no le han sabido reconocer.

Los discípulos entienden que habla de Juan Bautista. Y en efecto, Juan es el Precursor, el predicador de la justicia y la conversión, el que prepara con su ejemplo y su voz recia la inmediata venida y luego señala la presencia del Mesías en medio de su pueblo, el que denuncia la situación irregular del rey Herodes y muere mártir por su entereza y coherencia.

Pero muchos no le aceptan, como hicieron con Elías y como harán con el mismo Jesús, «que padecerá a manos de ellos». La dureza del pueblo es grande. No saben leer los signos de los tiempos. Son «lentos y tardos de corazón», como tuvo que reprochar Jesús a los discípulos de Emaús. O como

oró en la cruz, «no saben lo que hacen». Tanto Elías como el Bautista y Jesús son incómodos en su testimonio personal y en su mensaje: aceptarles es aceptar los planes de Dios en la propia existencia, y eso es comprometedor.

3. a) Las lecturas de hoy nos sitúan a todos ante una alternativa. ¿Sabemos leer los signos de los tiempos, sabemos distinguir la presencia de los profetas y de Jesús mismo en nuestra vida? ¿y la aceptamos?

A nuestro alrededor hay muchos testigos de Dios, hombres y mujeres que nos dan testimonio de Cristo y de su Evangelio, personas fieles que sin actitudes espectaculares nos están demostrando que sí es posible vivir según las bienaventuranzas de Cristo. Lo que pasa es que tal vez no queremos verlas. Como los apóstoles no querían entender el mesianismo de Jesús, que era distinto del que ellos esperaban. Como los fariseos y autoridades de Israel no querían reconocer en Jesús de Nazaret al esperado de tantos siglos, porque no encajaba en sus esperanzas.

b) Está terminando la segunda semana de este Adviento. Si todo iba a consistir sólo en introducir cantos propios de este tiempo en nuestro repertorio, o en cambiar el color de los vestidos de la liturgia, o en colocar coronas y velas junto al libro de la Palabra, entonces sí que es fácil celebrar el Adviento. Pero si se trataba de que hemos de preparar seriamente la venida del Señor a nuestras vidas, que es la gracia de la Navidad, y no sabemos darnos cuenta de los signos de esta venida en las personas y los acontecimientos, y no nos hemos sentido interpelados para «renovar todo» en nuestra existencia, entonces el Adviento son sólo hojas del calendario que van pasando, y no la gracia sacramental que Dios había pensado.

Tenemos que decir desde lo profundo de nuestro ser: «Oh Dios, restáuranos», «que amanezca en nuestros corazones tu Unigénito, y su venida ahuyente las tinieblas del pecado y nos transforme en hijos de la luz» (oración). Y decirlo con voluntad sincera de dejar que Dios cambie algo en nuestra vida.

c) Más aún, los cristianos somos invitados a ser Elías y Bautista para los otros: a ser voz que anuncia y testimonio que contagia, y contribuir a que otros también, en nuestra familia, en nuestra comunidad, se preparen a la

venida del Señor, y se renueve algo en nuestro mundo, y suceda de veras esa señal que anunciaba el profeta, que «se reconcilien padres e hijos».

«Despierta tu poder, Señor,
y ven a salvarnos» (*entrada*)

«Que amanezca en nuestros corazones
tu Unigénito» (*oración*)

«Que su venida ahuyente las tinieblas del pecado
y nos transforme en hijos de la luz» (*oración*)

«Oh Dios, restáuranos,
que brille tu rostro y nos salve» (*salmo*)

«Mira desde el cielo, fíjate,
ven a visitar tu viña» (*salmo*)

TERCERA SEMANA DE ADVIENTO

lunes

Nm 24,2-7.15-17 ¡Qué bellas las tiendas de Jacob y las moradas de Israel!
Mt 21,23-27 El bautismo de Juan ¿de dónde venía, del cielo o de los hombres?

martes

So 3,1-2.9-13 Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde, que confiará en
el nombre del Señor
Mt 21,28-32 Él le contestó: no quiero. Pero después se arrepintió y fue

miércoles

Is 45,6-8.18,21-26 Cielos, destilad el rocío. Ábrase la tierra y brote la salvación
Lc 7,19-23 A los pobres se les anuncia la Buena Noticia

jueves

Is 54,1-10 El que te hizo te tomará por esposa: su nombre es el Señor
Lc 7,24-30 Yo envío mi mensajero para que prepare el camino ante ti

viernes

Is 56,1-3.6-8 Mi salvación está para llegar y se va a revelar mi victoria
Jn 5,33-36 Juan era la lámpara que ardía y daba testimonio a la verdad

A partir del día 17 de diciembre, se interrumpen las lecturas de la semana y se leen las propias de la «novena de Navidad» (cf. pàgs. 67 y ss.).

Hasta entonces, la semana está marcada por la consigna inicial del domingo III: «Gaudete in Domino semper», «estad siempre alegres en el Señor. El Señor está cerca» (entrada, y 2ª lectura del ciclo B). Pero Juan el Bautista nos propone que esa alegría sea profunda y seria. El clima de gozosa esperanza se une al compromiso de una preparación concreta de la venida del Señor.

LUNES

Números 24,2-7.15-17; Mateo 21,23-27

1. Esta vez es el adivino Balaán el que nos anuncia la salvación de Dios.

Curiosa figura la de Balaán. El rey de Moab le encarga, por su fama de vidente, que maldiga al pueblo de Israel y sus campamentos. Pero Dios toca su corazón, y el adivino pagano se convierte en uno de los mejores profetas del futuro mesiánico. En sus poemas breves, llenos de admiración, en vez de maldecir, bendice el futuro de Israel. Ve su estrella y su cetro y anuncia la aparición de un héroe que dominará sobre todos los pueblos. Sorpresas de Dios, que no se deja manipular ni entra en nuestros cálculos. Somos nosotros los que debemos ver y oír lo que él quiere.

Es una profecía que en un primer momento se interpretó como cumplida en el rey David, pero que luego los mismos israelitas dirigieron a la espera del Mesías.

2. De nuevo Jesús habla del Bautista y le presenta como profeta enviado por Dios.

Después de expulsar a los mercaderes del Templo, las autoridades le

interpelan en público: «¿con qué autoridad haces esto?». Jesús, como tantas veces en el evangelio, elude elegantemente la cuestión, que no era sincera, y contraataca con la pregunta sobre el bautismo de Juan, o sea, sobre la persona misma del Bautista: ¿hay que considerarlo como del cielo o de los hombres?

Es una disyuntiva crucial, que desenmascara a los sumos sacerdotes y ancianos del pueblo. No pueden contestar que es meramente autoridad humana, porque el pueblo tiene a Juan como profeta de Dios. Pero si su autoridad –la de Juan y en el fondo, la de Jesús– viene del cielo, entonces no se le puede ignorar, hay que aceptarle y hacerle caso, cosa que el pueblo sí ha hecho, pero muchos de las clases dirigentes no. El mensaje que hay detrás de una persona condiciona la aceptación de la misma persona. Los dirigentes de Israel no quieren aceptar a Juan, como tampoco el rey de Moab quedó nada satisfecho con las profecías del vidente Balaán, a quien él había contratado con la intención contraria. La peor ceguera es la voluntaria. Aquí se cumple una vez más lo que decía Jesús: que los que se creen sabios no saben nada, y los sencillos y humildes son los que alcanzan la verdadera sabiduría.

3. a) Estas lecturas nos interpelan hoy y aquí a nosotros.

Balaán anunció la futura venida del Mesías. El Bautista lo señaló ya como presente. Nosotros sabemos que el Enviado de Dios, Cristo Jesús, vino hace dos mil años y que como Resucitado sigue estándonos presente. La pregunta es siempre incómoda: ¿le hemos acogido, le estamos acogiendo de veras en este Adviento y nos disponemos a celebrar el sacramento de la Navidad en todo su profundo significado?

b) Admiramos las sorpresas de Dios en el pasado –elige a un vidente pagano para anunciar su salvación, como luego elegirá al perseguidor Saulo para convertirlo en el apóstol Pablo– pero tendríamos que estar dispuestos a saberlas reconocer también en el presente.

El testimonio de la presencia de Dios en nuestra historia no nos viene siempre a través de personas importantes y solemnes. Otras mucho más sencillas, de las que menos nos lo podíamos esperar, que nos dan ejemplo con su vida de valores auténticos del Evangelio, pueden ser los profetas que Dios nos envía para que entendamos sus intenciones de salvación. Pueden ser mayores o

jóvenes, hombres o mujeres, laicos o religiosos, personas de poca cultura o grandes doctores, creyentes o alejados de la Iglesia.

La voz de Dios nos puede venir de las direcciones más inesperadas, como en el caso de Balaán, si sabemos estar atentos. Al Bautista le entendió el pueblo sencillo, y las autoridades no. ¿Tendrá que seguir clamando en el desierto también hoy? ¿Qué velos o intereses tapan nuestros ojos para impedirnos ver lo que Dios nos está queriendo decir a través del ejemplo de generoso sacrificio de un familiar nuestro, o de la fidelidad alegre de un miembro de nuestra comunidad? ¿o es que queremos mantenernos cómodos con nuestra ceguera de corazón?

c) El papa Juan Pablo II, con su carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, nos convocó a preparar y luego celebrar, sin movidas espectaculares, pero sí con renovación sincera, el aniversario número 2000 del nacimiento de Jesús. Para él estos años previos al inicio del tercer milenio fueron como un Adviento continuado, en el que fuimos invitados a ejercitar la esperanza, y también a prepararnos profundamente, para que la gracia del Jubileo fuera fructífera para cada persona y para toda la comunidad eclesial.

El año 2000 ha sido una ocasión de gracia y de venida del Señor. El Dios del ayer es el Dios del hoy y el Dios del mañana. El que vino, el que viene, el que vendrá. Cada día, no sólo en la Eucaristía, sino a lo largo de la jornada, en esos pequeños encuentros personales y acontecimientos, sucede una continuada venida de Dios a nuestra vida, si estamos despiertos y sabemos interpretar la historia.

«Mirad a nuestro Salvador que viene:
no temáis» (*entrada*)

«Señor, ilumina las tinieblas de nuestro espíritu
con la gracia de la venida de tu Hijo» (*oración*)

«Señor, enséñame tus caminos» (*salmo*)

«El Señor llega, salid a su encuentro» (*aleluya*)

MARTES

Sofonías 3,1-2.9-13; Mateo 21,28-32

1. Un siglo después de Isaías, y un poco antes de Jeremías, alza su voz el profeta Sofonías, recriminando al pueblo de Judá (el reino del Sur) y advirtiéndole que le pasará lo mismo que antes a Samaria (el reino del Norte): el castigo del destierro.

Israel se cree una ciudad rica, poderosa, autosuficiente, y no acepta la voz de Dios. Aunque oficialmente es el pueblo de Dios, de hecho se rebela contra él y se fía sólo de sí misma. Se ha vuelto indiferente, increyente. Ya no cuenta con Dios en sus planes.

El profeta les invita a convertirse, a cambiar el estilo de su vida, a abandonar las «soberbias bravatas», a volver a escuchar y alabar a Dios con labios puros, sin engaños: sin prometer una cosa y hacer otra, como va siendo su costumbre.

Anuncia también que serán los pobres los que acojan esta invitación, y que Dios tiene planes de construir un nuevo pueblo a partir del «resto de Israel», el «pueblo pobre y humilde», sin maldad ni embustes, que no pondrá su confianza en sus propias fuerzas sino que tendrá la valentía de ponerla en Dios.

Se repite la constante de la historia humana que cantará María en su Magnificat: Dios ensalza a los pobres y humildes, y derriba de sus seguridades a los que se creen ricos y poderosos.

2. En torno a la figura de Juan, el Precursor, y más tarde del mismo Mesías, Cristo Jesús, también hay alternativas de humildad y orgullo, de verdad y mentira.

Jesús, con su estilo directo y comprometedor, interpela a sus oyentes para que sean ellos los que decidan: ¿quién de los dos hijos hizo lo que tenía que hacer, el que dijo sí pero no fue, o el que dijo no, pero luego de hecho sí fue a trabajar?

Al Bautista le hicieron caso los pobres y humildes, la gente sencilla, los

pecadores, los que parecía que decían que no. Los otros, los doctos y los poderosos, los piadosos, parecía que decían que sí, pero no fue sincera su afirmativa.

Muchas veces en el evangelio Jesús critica a los «oficialmente buenos» y alaba a los que tienen peor fama, pero en el fondo son buenas personas y cumplen la voluntad de Dios. El fariseo de la parábola no bajó santificado, y el publicano, sí. Los viñadores primeros no merecían tener arrendada la viña, y les fue dada a otros que no eran del pueblo. Los leprosos judíos no volvieron a dar las gracias por la curación, mientras que sí lo hizo el tenido por pecador, el samaritano.

Aquí Jesús llega a afirmar, cosa que no gustaría nada a los sacerdotes y fariseos, que «los publicanos y prostitutas os llevan la delantera en el camino del Reino de Dios», porque sí creyeron al Bautista.

Jesús no nos está invitando a ser pecadores, o a decir que no. Sino a decir sí, pero siendo luego consecuentes con ese sí. Y esto, también en tiempos de Jesús, lo hace mejor el pueblo «pobre, sencillo y humilde» que se está reuniendo en torno a Jesús, siguiendo su invitación: «venid a mí, que soy sencillo y humilde de corazón».

3. a) Ahora puede pasar lo mismo, y es bueno que recojamos esta llamada a la autocrítica sincera.

Nosotros, ante la oferta de salvación por parte de Dios en este Adviento, ¿dónde quedamos retratados? ¿somos de los autosuficientes, que ponen su confianza en sí mismos, de los «buenos» que no necesitan la salvación? ¿o pertenecemos al pueblo pobre y humilde, el resto de Israel de Sofonías, el que acogió el mensaje del Bautista?

Tal vez estamos íntimamente orgullosos de que decimos que sí porque somos cristianos de siempre, y practicamos y rezamos y cantamos y llevamos medallas: cosas todas muy buenas. Pero debemos preguntarnos si llevamos a la práctica lo que rezamos y creemos. No sólo si prometemos, sino si cumplimos; no sólo si cuidamos la fachada, sino si la realidad interior y las obras corresponden a nuestras palabras.

También entre nosotros puede pasar que los buenos –los sacerdotes, los religiosos, los de misa diaria– seamos poco comprometidos a la hora de la verdad, y que otros no tan «buenos» tengan mejor corazón para ayudar a los demás y estén más disponibles a la hora del trabajo. Que sean menos sofisticados y complicados que nosotros, y que estén de hecho más abiertos a la salvación que Dios les ofrece en este Adviento, a pesar de que tal vez no tienen tantas ayudas de la gracia como nosotros. Esto es incómodo de oír, como lo fueron seguramente las palabras de Jesús para sus contemporáneos. Pero nos hace bien plantearnos a nosotros mismos estas preguntas y contestarlas con sinceridad.

b) En la misa de estos días, en las invocaciones del acto penitencial, manifestamos claramente nuestra actitud de humilde súplica a Dios desde nuestra existencia débil y pecadora: «tú que viniste al mundo para salvarnos», «tú que viniste a salvar lo que estaba perdido», «luz del mundo, que vienes a iluminar a los que viven en las tinieblas del pecado... Señor, ten piedad». Empezamos la misa con un acto de humildad y de confianza. Y no es por adorno literario, sino porque en verdad somos débiles y pecadores. Sólo el humilde pide perdón y salvación, como decía el salmo de hoy: «los pobres invocan al Señor y él les escucha».

El Adviento sólo lo toman en serio los pobres.

Los que lo tienen todo, no esperan ni piden nada.

Los que se creen santos y perfectos, no piden nunca perdón. Los que lo saben todo, ni preguntan ni necesitan aprender nada.

«Vendrá el Señor,
y aquel día brillará una gran luz» (*entrada*)

«Señor, por medio de tu Hijo
nos has transformado en nuevas criaturas» (*oración*)

«Si el afligido invoca al Señor,
él lo escucha y lo salva de sus angustias» (*salmo*)

«El Señor está cerca de los atribulados,
salva a los abatidos» (*salmo*)

MIÉRCOLES**Isaías 45,6-8.18.21-26; Lucas 7, 19-23**

1. El único que puede salvar es Dios. Él es el todopoderoso, el creador de la luz y las tinieblas, de la paz y de las tribulaciones. Sólo a él podemos clamar pidiendo salvación y justicia.

Los profetas intentaban recordar al pueblo –siempre olvidadizo y distraído– la existencia y la actuación de ese Dios trascendente, el único, el «todo Otro», lleno de poder y de misericordia a la vez, Señor del cosmos y de la historia.

De esta convicción brota la oración más propia del Adviento: «cielos, lloved vuestro rocío, ábrase la tierra y brote el Salvador». El único que puede concedernos eso es Dios: «yo, el Señor, lo he creado. ¿Quién anunció esto desde antiguo? ¿no fui yo, el Señor?». El salmo 84 es uno de los más propios del tiempo de Adviento: «la salvación está ya cerca de sus fieles». Sería bueno que lo rezáramos entero, reposadamente, por ejemplo después de la comunión, o en un momento de oración personal.

2. Este poder salvador de Dios se manifestaba ya en el A.T., pero sobre todo en Cristo Jesús.

El Bautista, que sigue siendo el personaje de esta semana, no sabemos si para cerciorarse él mismo, o para dar a sus discípulos la ocasión de convencerse de la venida del Mesías, les envía desde la cárcel con la pregunta crucial: «¿eres tú, o esperamos a otro?». El Bautista orienta a sus discípulos hacia Jesús. Luego ellos, como Andrés con su hermano Simón Pedro, irán comunicando a otros la buena noticia de la llegada del Mesías.

La respuesta de Jesús es muy concreta y está llena de sentido pedagógico. Son sus obras las que demuestran que en él se cumplen los signos mesiánicos que anunciaban los profetas y que hemos ido escuchando en las semanas anteriores: devuelve la vista a los ciegos, cura a muchos de sus achaques y malos espíritus, resucita a los muertos, y a los pobres les anuncia la Buena

Noticia. Ésa es la mejor prueba de que está actuando Dios: el consuelo, la curación, la paz, el anuncio de la Buena Noticia de la salvación.

3. a) En el mundo de hoy son muchos los que siguen en actitud de búsqueda, formulando, más o menos conscientemente, la misma pregunta: «¿eres tú o esperamos a otro?, ¿de dónde nos vendrá la felicidad, el pleno sentido de la vida? ¿de la Iglesia, de las ideologías, de las instituciones, de las religiones orientales, de las sectas, de los estimulantes? Porque no vemos que vayan reinando la justicia y la paz en este mundo».

Nuestra respuesta debería ser tan concreta como la de Jesús, y en la misma dirección. Sólo puede ser evangelizadora una comunidad cristiana que cura, que atiende, que infunde paz y esperanza, que libera, que se muestra llena de misericordia. La credibilidad de la Iglesia, y de cada uno de nosotros, se consigue sólo si hacemos el bien a nuestro alrededor. Como en el caso de Jesús, de quien se pudo decir que «pasó haciendo el bien».

b) Como el Bautista ayuda a reconocer a Jesús, ¿actuamos también nosotros de precursores a nuestro alrededor? No hace falta ser sacerdote u obispo para eso. Todo cristiano puede, en este Adviento, ante todo crecer él mismo en su fe, y luego transmitirla a los demás, evangelizar, conducir a Jesús. Pueden ser precursores de Jesús los padres para con los hijos, los amigos con los amigos, los catequistas con su grupo. Y a veces al revés: los hijos para los padres, los discípulos para con el maestro. Según quién ayude y acompañe a quién, desde su fe y su convicción. Todo el que está trabajando a su modo en el campo de la evangelización, está acercando la salvación a este mundo, está siendo profeta y precursor de Adviento para los demás. Para que no sigan esperando a otro, y se enteren que ya ha venido el Salvador enviado por Dios.

El programa mesiánico no se ha cumplido todavía. No reinan en la medida que prometían los profetas la justicia y la paz. El programa mesiánico sólo está inaugurado, sigue en marcha hasta el final. Y somos nosotros los que lo llevamos adelante. Cuanto más se manifieste la justicia y la esperanza en nuestro alrededor, tanto mejor estamos viviendo el Adviento y preparando la Navidad.

c) En la Eucaristía, antes de comulgar, rezamos todos juntos el Padrenuestro. Y en esta oración hay una invocación que ahora en Adviento podemos decir con más convicción interior: «venga a nosotros tu Reino». Con el compromiso de que no sólo pedimos que venga el Salvador, sino también que nosotros trabajaremos en la construcción, en nuestro mundo de hoy, de ese Reino que trae paz y salvación a todos.

«Ven, Señor, y no tardes» (*entrada*)

«Que la fiesta ya cercana del nacimiento de tu Hijo nos reconforte en esta vida» (*oración*)

«Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos» (*salmo*)

«Cielos, destilad el rocío,
ábrase la tierra y brote la salvación» (*aleluya*)

JUEVES

Isaías 54,1-10; Lucas 7,24-30

1. El poema que leemos hoy en Isaías está lleno de imágenes sorprendentes. Dios es el esposo siempre fiel. Israel, la esposa casquivana que ha sido infiel y ha tenido que vivir, en castigo, como esposa abandonada, estéril, llena de vergüenza. Ahora Dios la invita a volver a su amor.

Si vuelve, el suyo ya no será un futuro sin esperanza: ya no será estéril, tendrá muchos hijos, y se verá obligada a ensanchar la tienda para que quepan todos en ella. Ya no pasará vergüenza como si siguiera siendo soltera o estéril o viuda. «El que te hizo te tomará por esposa». «Como a mujer abandonada y abatida te vuelve a llamar el Señor». «Por un instante te abandoné, pero con gran cariño te reuniré, con misericordia eterna te quiero, dice el Señor». Es un lenguaje entrañable, que muestra los planes de salvación que Dios tiene para con su pueblo. Dios ofrece el perdón a Israel, le muestra su afecto, le invita a retornar a su vera.

Jesús en el evangelio se comparará a sí mismo con el novio. Su Reino será como el banquete de bodas del Novio, del Cordero, que es él mismo. El que estuvo en las bodas de Caná y convirtió el agua en el vino bueno de la alegría y del amor. El Esposo que se entregó en la cruz por su Esposa la Iglesia.

Es una imagen valiente y hermosa, que se aplica en el A.T. a la relación de Dios con su Pueblo, y en el N.T. a la de Cristo con su Iglesia.

Dios nos asegura su amor eterno: «aunque se retiren los montes y vacilen las colinas, no se retirará de ti mi misericordia ni mi alianza de paz vacilará, dice el Señor que te quiere». La iniciativa es de él. Él es el que ama primero.

2. De nuevo una alabanza del Bautista en labios de Jesús.

Juan no es una caña agitada por el viento. No se doblega ni ante las presiones ni ante los halagos. Ha mostrado su reciedumbre hasta el testimonio de la muerte.

No usa vestidos delicados ni lleva una vida de lujo. Da un ejemplo admirable de austeridad.

Éste sí que puede ser un auténtico profeta, un mensajero de Dios que prepara los caminos de Cristo, como había anunciado el profeta Malaquías, a quien cita Jesús.

Pero una vez más, Jesús tiene que quejarse de que a un profeta así le han escuchado la gente sencilla, los más pecadores, pero «los fariseos y los letrados, que no han aceptado su bautismo, frustraron el designio de Dios para con ellos».

3. a) En este Adviento se repite la invitación de Dios, ahora a su Iglesia, o sea, a cada uno de nosotros. La invitación a volver más decididamente a su amor, como esposa fiel, dispuesta a abandonar sus distracciones extramatrimoniales.

¿Quién puede decir que no necesita esta llamada? ¿a quién no le crece más, a lo largo del año, «el hombre viejo» que el nuevo? ¿quién puede asegurar que no ha habido desvíos y olvidos en su vida de fe y en su fidelidad a Dios?

b) La figura del Bautista también nos interpela: ahí tenemos, según Cristo, el modelo de un seguidor recio y fiel de los planes de Dios. Comparados con él, ¿podemos asegurar que somos personas de carácter, que no obran siguiendo la moda, lo fácil, lo que halaga, lo que hacen todos? ¿que somos sinceros para con Dios, fieles a su amor? Esta pregunta nos la podemos hacer los sacerdotes y los religiosos, y cada uno de los fieles cristianos. Porque nuestra relación de amor y fidelidad con Dios puede conocer en cada caso episodios de ida y de vuelta, de pasos adelante y pasos atrás. Y el Adviento, y la próxima Navidad, es una ocasión para revisar nuestra vida y volver al amor primero.

Para que no se pueda decir de nosotros lo que Jesús, con pena, tuvo que decir de los fariseos: que frustraron los planes que Dios tenía sobre ellos. Si no aceptamos la venida de Cristo a nuestras vidas, es un «fracaso de Dios»: su programa de salvación para este año no se cumplirá, por culpa nuestra.

c) Además, de Juan debemos aprender la lección de su honradez de profeta y precursor: no se buscó a sí mismo («él tiene que crecer, yo tengo que menguar»), no sintió ninguna clase de envidia ni celos por el éxito de Jesús entre sus discípulos. Nosotros ¿nos buscamos a nosotros, en nuestro trabajo apostólico? ¿nos alegramos del bien, sea quien sea quien lo hace? ¿o la paga que buscamos es el premio de las alabanzas humanas?

«Tú, Señor, estás cerca» (*entrada*)

«El que te hizo te tomará por esposa.
Por un instante te abandoné,
pero con gran cariño te reuniré» (*1ª lectura*)

«Escucha, Señor, y ten piedad de mí.
Señor, socórreme» (*salmo*)

«Preparad el camino del Señor,
allanad sus senderos» (*aleluya*)

VIERNES

Isaías 56,1-3.6-8; Juan 5,33-36

1. La página del profeta comienza por una invitación a vivir según Dios, porque se acerca, «porque mi salvación está para llegar y se va a revelar mi victoria». Dichoso aquél que prepara los caminos del Señor practicando la justicia y «guarda su mano de obrar el mal».

Pero hay otra idea que todavía se subraya más: para Dios no hay extranjeros. Nadie se tiene que sentir excluido de su plan salvador. Todos los hombres de buena voluntad, sean de la raza que sean, serán admitidos: «No diga el extranjero: el Señor me excluirá de su pueblo». Aunque no pertenezca a Israel, toda persona dispuesta a obrar bien se salvará. El monte Sión, la nueva Jerusalén, será centro universal de salvación. Para todos «mi casa es casa de oración». Porque Dios quiere reunir a los dispersos y formar con todos la nueva comunidad.

No es cuestión de raza, sino de conducta. Por eso el salmo 66 nos ha hecho cantar: «que todos los pueblos te alaben... conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación». Porque Dios está cerca y «la tierra ha dado su fruto». Dios ama a todos. Ama libremente. Hacia el final de la Navidad celebraremos explícitamente la manifestación del Salvador a los paganos, representados en los magos que vienen de Oriente.

2. También hoy es Juan Bautista el que nos anuncia que ya ha llegado este tiempo en que Dios se nos quería acercar definitivamente en el Mesías. Juan «ha dado testimonio a la verdad» y ha señalado claramente con su dedo al que viene a salvar a la humanidad, Jesús de Nazaret.

Juan no es la luz, pero sí «la lámpara que ardía y brillaba». No es la Palabra salvadora, pero sí la voz que la proclama en el desierto.

Aunque a Jesús le avala Dios mismo, con sus obras, pero también es válido el testimonio que ante el pueblo de Israel da de él el Bautista, profeta recio, testigo creíble, hombre íntegro. Jesús quiere que crean en él también por la palabra del Bautista.

3. a) Las lecturas se vuelven hoy y aquí preguntas interpelantes para nosotros.

Invitándonos a pensar, ante todo, si nosotros, a ejemplo de Juan, somos lámparas que dan luz, que iluminan a otros, punto de referencia creíble por el que se puedan orientar en su vida y descubrir a Cristo Jesús, el que quita el pecado del mundo. El Bautista es un admirable modelo de los que a lo largo de los siglos recibimos el encargo de ser testigos de Cristo en medio del mundo, con nuestras palabras y nuestras obras.

b) Pero con obras. El Bautista, y por tanto cada Adviento, pone en cuestión seguridades y estilos de vida. Denuncia. Despierta a los dormidos. Invita a que algo cambie en nuestras actitudes. Por ejemplo, la actitud universalista que la primera lectura nos proponía, y que Juan el Bautista practicaba, predicando a todos, pecadores o no, fariseos y publicanos, judíos o romanos, la cercanía del Salvador.

c) Para Dios no hay extranjeros. ¿Y para nosotros? Él no hace acepción de personas. ¿Y nosotros? Si Dios está preparando, de nuevo en esta Navidad, la manifestación de su amor para con todos los de buena voluntad, ¿es así de universalista también nuestra actitud ante las personas? Según el profeta, el Templo será casa de oración para todos, sin discriminación. ¿No hacemos ninguna clase de discriminación nosotros en nuestra vida, social o eclesial?

Si se viera que los cristianos «aceptamos a los extranjeros», a los de otra raza o de otros gustos, edad y cultura, o a los que la sociedad tiene marginados. Si fuéramos de veras lámparas de luz por nuestro testimonio de apertura y esperanza: entonces sería un Adviento auténtico para nosotros y para los demás.

d) La celebración de la Eucaristía es siempre abierta, y portanto, universalista. Vienen personas de edad y cultura distinta. Todos nos aceptamos, de modo especial con el gesto de la paz que se nos invita a hacer. No podemos ir a comulgar con Cristo si no estamos en actitud de comunión y acogida para con los demás.

El Adviento del Señor se prepara con un adviento de cercanía y mutua aceptación entre las personas. Que es la manera como las dos direcciones

tienen más sentido: nuestra aceptación de los demás queda motivada porque todos somos salvados y alimentados por el mismo Cristo, y nuestra aceptación de Cristo se concreta en la aceptación de su mejor sacramento, la persona del prójimo.

«El Señor viene a visitar a su pueblo con la paz» (*entrada*)

«Que tu gracia, Señor, nos disponga y nos acompañe siempre» (*oración*)

«El Señor tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros» (*salmo*)

«La tierra ha dado su fruto, nos bendice el Señor nuestro Dios» (*salmo*)

«El Señor Jesús transformará nuestra condición humilde según el modelo de su condición gloriosa» (*comunión*)

17 - 24 de diciembre

FERIAS MAYORES DE PREPARACIÓN DE LA NAVIDAD

La segunda parte del Adviento la constituyen los días del 17 al 24 de diciembre, las «ferias privilegiadas» que preparan próximamente la Navidad. Se puede llamar a estos días la «semana santa» de la fiesta de Navidad.

Tanto en la Misa como en la Liturgia de las Horas, durante estos días encontramos una serie de textos, llenos de riqueza bíblica y de lirismo poético, que nos acompañarán y nos prepararán para que podamos conmemorar de nuevo el hecho del nacimiento de Jesús.

El eje principal de estos días será la lectura del evangelio. Los dos evangelistas que nos hablan de la infancia de Jesús, Mateo y Lucas, narran los preparativos de su nacimiento. Sucesivamente van apareciendo los anuncios a María y a José, y en estructura paralela con el nacimiento de Jesús, el anuncio y el nacimiento del precursor, Juan Bautista.

Las primeras lecturas están pensadas esta vez como acompañamiento previo a las evangélicas, con las profecías y los episodios que mejor nos preparan para entender el misterio de Jesús el Mesías.

Estos días tienen un color entrañablemente mariano, que luego continuará a lo largo de la Navidad y de la Epifanía, porque María de Nazaret, la Madre del Mesías, estuvo a su lado en todos estos acontecimientos por voluntad

divina. Ella es el mejor símbolo de la Iglesia que celebra la venida de Cristo, y la mejor Maestra de la espera de Adviento, de la alegría acogedora de la Navidad y de la manifestación misionera de la Epifanía.

Llama la atención y a la vez parece particularmente feliz el hecho de que el domingo IV de Adviento, siendo domingo, día del Señor, conceda una centralidad tan clara a la Virgen María, en la espera de su inminente maternidad mesiánica.

Los prefacios de la segunda parte del Adviento

Así como en la primera parte del Adviento se proclamaban en la Eucaristía los prefacios I y III, apuntando a la venida última del Señor, en esta segunda parte, el Misal nos ofrece otros dos prefacios, que miran más en concreto a la fiesta de la Navidad.

Prefacio II: La doble expectación de Cristo

...por Cristo, Señor nuestro.
A quien todos los profetas anunciaron,
la Virgen esperó con inefable amor de Madre,
Juan lo proclamó ya próximo
y señaló después entre los hombres.
El mismo Señor nos concede ahora prepararnos con alegría
al misterio de su nacimiento,
para encontrarnos así, cuando llegue,
velando en oración y cantando su alabanza.

En nuestra preparación de la venida de Jesús se nos presentan aquí tres modelos, tres personajes ya clásicos que concretan nuestra espera y el estilo de nuestra acogida:

- los profetas, en especial Isaías, que anunciaron su venida; las lecturas de estos días nos invitan a la confianza y a la preparación de esta venida,
- la Virgen María «le esperó con inefable amor de Madre», y es por tanto el mejor modelo del Adviento,

- y por fin Juan Bautista, que «lo proclamó ya próximo y señaló después entre los hombres». A partir de la segunda semana la figura de Juan está orientando nuestra espera del Mesías.

Pero además, el prefacio da gracias porque «el mismo Señor nos concede ahora prepararnos con alegría al misterio de su nacimiento»: es mayor el interés suyo por salir a nuestro encuentro que el nuestro porque venga.

A la fiesta de la Navidad se la llama «misterio de tu nacimiento», porque es cada año la actualización sacramental de la venida salvadora del Hijo de Dios.

Y de nuevo la actitud de Adviento: «para encontrarnos así cuando llegue, velando en oración y cantando su alabanza»: la espera vigilante y la alabanza agradecida.

El Adviento sigue siendo escuela de esperanza, una virtud fundamental para la comunidad cristiana. Como dijo el liturgista Odo Casel, «la forma de ser cristiana es el Adviento».

Prefacio IV: María, nueva Eva

Te alabamos, te bendecemos y te glorificamos
por el misterio de la Virgen Madre.
Porque, si del antiguo adversario nos vino la ruina,
en el seno virginal de la hija de Sión ha germinado
aquel que nos nutre con el pan de los ángeles,
y ha brotado para todo el género humano
la salvación y la paz.
La gracia que Eva nos arrebató
nos ha sido devuelta en María.
En ella, madre de todos los hombres,
la maternidad, redimida del pecado y de la muerte,
se abre al don de una vida nueva.
Así, donde había crecido el pecado,
se ha desbordado tu misericordia
en Cristo, nuestro Salvador.

Por eso nosotros, mientras esperamos la venida de Cristo, unidos a los ángeles y a los santos cantamos el himno de tu gloria.

La alabanza a Dios se centra en la figura de María, la Madre del Mesías.

La antítesis entre Eva y María nos ayuda a entender mejor la gracia que Dios nos hace y nuestra respuesta en esta próxima Navidad:

- al principio fue la ruina, por culpa del «antiguo adversario», el demonio; ahora nace del seno de María, «la hija de Sión», el que nos salva y nos trae la paz, el que nos nutre con el pan de los ángeles;
- Eva nos arrebató la gracia, faltando al mandato de Dios, y María nos la devuelve, porque ha sabido responder con su «sí», en nombre de toda la humanidad, al don de Dios: «hágase en mí según tu palabra»;
- donde la maternidad empezó envuelta en pecado y muerte, ahora es redimida y se abre al don de una vida nueva;
- y si creció el pecado, ahora se ha desbordado la misericordia de Dios, que nos envía a su Hijo, nuestro Salvador.

Las antífonas «O»

Una característica muy antigua de estos días de preparación a la Navidad es la de las Antífonas «O», que se llaman así porque todas empiezan en latín con la exclamación «O», en castellano «Oh».

También se llaman «antífonas mayores».

Fueron compuestas hacia los siglos VII-VIII, y se puede decir que son un magnífico compendio de la cristología más antigua de la Iglesia, y a la vez, un resumen expresivo de los deseos de salvación de toda la humanidad, tanto del Israel del A.T. como de la Iglesia del N.T. Son breves oraciones dirigidas a Cristo Jesús, que condensan el espíritu del Adviento y la Navidad. La admiración de la Iglesia ante el misterio de un Dios hecho hombre: «Oh». La comprensión cada vez más profunda de su misterio. Y la súplica urgente: «ven».

Cada antífona empieza por una exclamación, «Oh», seguida de un título mesiánico tomado del A.T., pero entendido con la plenitud del N.T. Es una aclamación a Jesús el Mesías, reconociendo todo lo que representa para nosotros. Y termina siempre con una súplica: «ven» y no tardes más.

- O Sapientia = sabiduría, Palabra
- O Adonai = Señor poderoso
- O Radix = raíz, renuevo de Jesé (padre de David)
- O Clavis = llave de David, que abre y cierra
- O Oriens = oriente, sol, luz
- O Rex = rey de paz
- O Emmanuel = Dios-con-nosotros.

Leídas en sentido inverso las iniciales latinas de la primera palabra después de la «O», dan el acróstico «ero cras», que significa «seré mañana, vendré mañana», que es como la respuesta del Mesías a la súplica de sus fieles.

Se cantan -con la hermosa melodía gregoriana o en alguna de las versiones en las lenguas modernas- antes y después del Magnificat en las Vísperas de estos siete días, del 17 al 23 de diciembre, y también, un tanto resumidas, como versículo del aleluya antes del evangelio de la Misa.

17 de diciembre

Gn 49,1-2.8-10 Bendición de Jacob a Judá
Mt 1,1-17 Genealogía de Jesús

18 de diciembre

Jr 23,5-8 Promesa davídica
Mt 1,18-24 Anuncio a José, de la casa de David

19 de diciembre

Jc 13,2-7.24-25 Anuncio del nacimiento de Sansón
Lc 1,5-25 Anuncio a Zacarías en el templo

20 de diciembre

Is 7,10-14 Una virgen concebirá
Lc 1,26-38 Anuncio a María

21 de diciembre

Ct 2,8-14 Ya viene mi Amado saltando
 (So 3,14-18 El Señor está en medio de ti)
 Lc 1,39-45 María visita a Isabel

22 de diciembre

1S 1,24-28 Cántico de Ana
 Lc 1,46-56 Cántico de María, el Magnificat

23 de diciembre

Ml 3,1-4.23-24 Yo envío mi mensajero
 Lc 1,57-66 Nacimiento de Juan

24 de diciembre

2S 7,1-5-8.12.14.16 El reino eterno de David
 Lc 1,67-79 Cántico de Zacarías, el Benedictus

17 DE DICIEMBRE**Génesis 49,1-2.8-10; Mateo 1,1-17**

1. La escena del Génesis nos prepara para escuchar luego la genealogía de Jesús.

La salvación futura se perfila de un modo ya bastante concreto en este poema en boca del anciano Jacob que se despide de sus hijos. Es la familia de su hijo Judá la elegida por Dios para que de ella nazca el Mesías. Las imágenes del león y del cetro o bastón de mando, indican que Judá dominará sobre sus hermanos, su tribu sobre las demás.

El anuncio de Jacob se podía entender muy bien como cumplido en David, y luego en Salomón. Pero el pueblo de Israel lo interpretó muy pronto como referido al futuro Mesías. La línea mesiánica estaría ligada a la tribu de Judá. Y así, en efecto, aparecerá en Jesús de Nazaret, en quien se cumplen todas las profecías y esperanzas.

El salmo 71, el salmo del rey justo y su programa de gobierno, canta lo que será el estilo del rey mesiánico: la justicia, la paz, la atención preferente a los pobres y humildes. Y además, la universalidad: él será la bendición de todos los pueblos y lo proclamarán dichoso todas las razas de la tierra.

2. Mateo empieza su evangelio con la página que hoy leemos (y que volvemos a escuchar en la misa de la vigilia de Navidad, el 24 por la tarde): el árbol genealógico de Jesús, descrito con criterios distintos de los de Lucas, y ciertamente no según una estricta metodología histórica. Mateo organiza los antepasados de Jesús en tres grupos, capitaneados por Abrahán, David y Jeconías (éste, por ser el primero después del destierro).

Esta lista tiene una intención inmediata: demostrar que Jesús pertenecía a la casa de David. Es la historia del «adviento» de Jesús, de sus antepasados. Pero no se trata de una mera lista notarial. Esta página está llena de intención y nos ayuda a entender mejor el misterio del Dios-con-nosotros cuyo nacimiento nos disponemos a celebrar.

El Mesías esperado, el Hijo de Dios, la Palabra eterna del Padre, se ha encarnado plenamente en la historia humana, está arraigado en un pueblo concreto, el de Israel. No es como un extraterrestre o un ángel que llueve del cielo. Pertenece con pleno derecho, porque así lo ha querido, a la familia humana.

Los nombres de esta genealogía no son precisamente una letanía de santos. Hay personas famosas y otras totalmente desconocidas. Hombres y mujeres que tienen una vida recomendable, y otros que no son nada modélicos.

En el primer apartado de los patriarcas, la promesa mesiánica no arranca de Ismael, el hijo mayor de Abrahán, sino de Isaac. No del hijo mayor de Isaac, que era Esaú, sino del segundo, Jacob, que le arrancó con trampas su primogenitura. No del hijo preferido de Jacob, el justo José, sino de Judá, que había vendido a su hermano.

En el apartado de los reyes, a parte de David, que es una mezcla de santo y pecador, aparece una lista de reyes claramente en declive hasta el destierro. Aparte tal vez de Ezequías y Josías, los demás son idólatras, asesinos y

disolutos. Y después del destierro, apenas hay nadie que se distinga precisamente por sus valores humanos y religiosos. Hasta llegar a los dos últimos nombres, José y María.

Aparecen en este árbol genealógico también cinco mujeres. Las cuatro primeras no son como para que nadie pueda estar orgulloso de que aparezcan en su libro familiar. Rut es buena y religiosa, pero extranjera; Raab una prostituta, aunque de buen corazón; Tamar una tramposa que engaña a su suegro Judá para tener descendencia; Betsabé adúltera con David. La quinta sí: es María, la esposa de José, la madre de Jesús.

Entre los ascendientes de Jesús hay tantos pecadores como santos. De veras los pensamientos de Dios no son los nuestros (Is 55,8). Aparece bien claro que él cuenta con todos, que va construyendo la historia de la salvación a partir de estas personas. Jesús se ha hecho solidario de esta humanidad concreta, débil y pecadora, no de una ideal y angélica. Como luego se pondrá en fila entre los que reciben el bautismo de Juan en el Jordán: él es santo, pero no desdeña de mostrarse solidario de los pecadores. Trata con delicadeza a los pecadores y pecadoras. Ha entrado en nuestra familia, no en la de los ángeles. Será hijo del pueblo. No excluye a nadie de su Reino.

3. a) También la Navidad de este año la vamos a celebrar personas débiles y pecadoras. Dios nos quiere conceder su gracia a nosotros y a tantas otras personas que tal vez tampoco sean un modelo de santidad. A partir de nuestra situación, sea cual sea, nos quiere llenar de su vida y renovarnos como hijos suyos.

Es una lección para que también nosotros miremos a las personas con ojos nuevos, sin menospreciar a nadie. Nadie es incapaz de salvación. La comunidad eclesial nos puede parecer débil, y la sociedad corrompida, y algunas personas indeseables, y las más cercanas llenas de defectos. Pero Cristo Jesús viene precisamente para esta clase de personas. Viene a curar a los enfermos, no a felicitar a los sanos. A salvar a los pecadores, y no a canonizar a los buenos. Esto para nosotros debe ser motivo de confianza, y a la vez, cara a los demás, una invitación a la tolerancia y a una visión más optimista de las capacidades de toda persona ante la gracia salvadora de Dios.

b) La Iglesia de Cristo puede no gustarnos, pero no podemos escandalizarnos y rechazarla. Es una comunidad frágil, débil, pero encargada de transmitir y realizar el programa de vida de Cristo Jesús. Si antes de Cristo la lista era la que hemos leído, después de Cristo no es mucho mejor: Cristo eligió a Pedro y Pablo, Pablo eligió a Timoteo, Timoteo a... y nuestros padres nos transmitieron la fe a nosotros, que somos frágiles y pecadores, y nosotros la comunicaremos a otros. No es cuestión de mitificar la historia de la salvación ni antes ni después de Cristo. Todos somos pobres personas. Lo que sí tenemos que hacer es aceptarnos a nosotros mismos, y aceptar a los demás, a la Iglesia entera, y reconocer la obra de Dios en todos.

La Navidad la celebraremos mucho mejor si sabemos hacernos solidarios de las personas que Dios ama. La salvación es para todos, para las personas normales, no sólo para las santas y famosas, que hacen obras espectaculares o sorprenden a todos con sus milagros y genialidades. Dios eligió también a personas débiles y pecadoras. Jesús no renegó de su árbol genealógico porque en él encontrara personas indeseables.

/// «Alégrate, tierra, porque viene el Señor» (*entrada*)

/// «Que Cristo, tu Hijo, se digne transformarnos plenamente en hijos tuyos» (*oración*)

/// «Que en sus días florezca la justicia y la paz abunde eternamente» (*salmo*)

O Sapientia

«Oh Sabiduría, que brotaste de los labios del Altísimo,
abarcando del uno al otro confín
y ordenándolo todo con firmeza y suavidad:
ven y muéstranos el camino de la salvación»

Todos queremos un corazón lleno de sabiduría, como ya había pedido el joven Salomón al principio de su reinado. Tener sabiduría es ver la historia desde los ojos de Dios.

Pero la sabiduría verdadera es Cristo Jesús, el Verbo (Logos) eterno, la Palabra viviente de Dios, por el que fueron creadas todas las cosas, como nos enseña el prólogo del evangelio de Juan. Al que Pablo llama «sabiduría de Dios» (1 Co 1,24; 2,7). Él es quien nos ilumina y nos comunica su verdad, el Maestro auténtico al que pedimos que venga a enseñarnos el camino de la salvación.

18 DE DICIEMBRE

Jeremías 23,5-8; Mateo 1,18-24

1. Esta vez es Jeremías el que pronuncia una profecía llena de esperanza.

Dios tiene planes de salvación para su pueblo, a pesar de sus infidelidades. Le promete un rey nuevo, un vástago de la casa de David. En contraste con los dirigentes de la época, éste será un rey justo, prudente, que salvará y dará seguridad a Israel, y se llamará «el Señor, nuestra justicia».

Sigue en pie el amor de Dios a su pueblo. Le libró una vez de Egipto, en el primer éxodo, prototipo de todos los demás. Pero será igual de famosa la próxima intervención de Dios, cuando los libere del destierro de Babilonia y les haga volver a Jerusalén. Sigue en marcha la historia de la salvación: con debilidades continuas por parte del pueblo y con fidelidad admirable por parte de Dios.

De nuevo el salmo 71 canta al rey ejemplar, que gobierna con justicia, que escucha el clamor de los pobres y oprimidos y sale en su defensa.

Ningún rey del A.T. cumplió estas promesas. Por eso, tanto el pasaje de Jeremías como el salmo se orientaron claramente hacia la espera de los tiempos mesiánicos. Nosotros, los cristianos, los vemos cumplidos plenamente en Cristo Jesús.

2. El anuncio del ángel a José nos sitúa ya en la proximidad del tiempo mesiánico.

La interpretación que de esta escena hacen ahora los especialistas nos sitúa a José bajo una luz mucho más amable. No es que él dude de la honradez de María. Ya debe saber, aunque no lo entienda perfectamente, que está sucediendo en ella algo misterioso. Y precisamente esto es lo que le hace sentir dudas: ¿es bueno que él siga al lado de María? ¿es digno de intervenir en el misterio?

El ángel le asegura, ante todo, que el hijo que espera María es obra del Espíritu. Pero que él, José, no debe retirarse. Dios le necesita. Cuenta con él para una misión muy concreta: cumplir lo que se había anunciado, que el Mesías sería de la casa de David, como lo es José, «hijo de David» (evangelio), y poner al hijo el nombre de Jesús (Dios-salva), misión propia del padre.

«Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel». Admirable disponibilidad la de este joven israelita. Sin discursos ni posturas heroicas ni preguntas, obedece los planes de Dios, por sorprendentes que sean, conjugándolos con su profundo amor a María. Acepta esa paternidad tan especial, con la que colabora en los inicios de la salvación mesiánica, a la venida del Dios-con-nosotros. Deja el protagonismo a Dios: el Mesías no viene de nosotros. Viene de Dios: concebido por obra del Espíritu.

La alabanza que se hizo a María, «feliz tú porque has creído», se puede extender también a este joven obrero, el justo José.

3. a) ¿Acogemos así nosotros, en nuestras vidas, los planes de Dios?

La historia de la salvación sigue. También este año, Dios quiere llenar a su Iglesia y al mundo entero de la gracia de la Navidad, gracia siempre nueva.

Nos quiere salvar, en primer lugar, a cada uno de nosotros de nuestras pequeñas o grandes esclavitudes, de nuestros Egiptos o de nuestros destierros. Durante todo el Adviento nos ha estado llamando, invitándonos a una esperanza activa, urgiéndonos a que preparemos los caminos de su venida. Él nos acepta a nosotros. Nosotros tenemos que aceptarle a él y salirle al encuentro.

b) Y a la vez, como a los profetas del A.T., y ahora a José, nos encarga que seamos heraldos para los demás de esa misma Buena Noticia que nos llena de alegría a nosotros y que colaboremos en la historia de esa salvación cercana en torno nuestro. ¿A quién ayudaremos en estos días a sentir el amor de Dios y a celebrar desde la alegría la Navidad cristiana?

No somos nosotros los que salvaremos a nadie. También aquí es el Espíritu el que actúa. Nuestra «maternidad-paternidad» dejará el protagonismo a Dios, que es quien salva. Pero podemos colaborar, como José, desde nuestra humildad, a que todos conozcan el nombre de Jesús: Dios-salva.

«Concédenos, Señor,
a los que vivimos oprimidos por el pecado,
vernos definitivamente libres
por el renovado misterio del nacimiento de tu Hijo» (*oración*)

«Que en sus días florezca la justicia
y la paz abunde eternamente» (*salmo*)

«Le pondrán por nombre Emmanuel,
que significa: Dios-con-nosotros» (*comunión*)

O Adonai

«Oh Adonai, Pastor de la casa de Israel,
que te apareciste a Moisés en la zarza ardiente
y en el Sinaí le diste tu ley:
ven a libramos con el poder de tu brazo»

«Adonai» es otro nombre de Yahvé, que subraya su cualidad de Señor, Guía y Pastor de la casa de Israel.

En el A.T. en verdad Dios guió y salvó a su pueblo, con brazo poderoso, de la esclavitud de Egipto, sirviéndose de su siervo Moisés.

Ahora le pedimos que también nos salve a nosotros de tantas esclavitudes que nos pueden agobiar, enviándonos al nuevo Moisés, Cristo Jesús. A pesar de la humildad de Belén, nosotros, juntamente con todo el N.T., vemos en Jesús al Kyrios, al Señor que Dios ha enviado para salvarnos con brazo poderoso.

19 DE DICIEMBRE

Jueces 13,2-7.24-25; Lucas 1,5-25

1. A partir de hoy las dos lecturas de cada día presentan paralelismos y contrastes muy claros, según el estilo de «las vidas paralelas», para ayudarnos a entender los planes de Dios. Hoy, por ejemplo, escuchamos el anuncio del nacimiento de Sansón y el de Juan Bautista.

Sansón debió ser un forzudo campesino, que llegó a hacer cosas increíbles, seguramente exageradas por los relatos populares. Pero la página que hemos leído subraya que ha sido Dios quien le ha elegido como instrumento en su plan de salvación para Israel. Le hace nacer de padres estériles, cuya oración escucha, y da su fuerza a este joven que ha quedado consagrado por el voto del nazireato.

Dios, que se sirve muchas veces de las personas más débiles, esta vez busca la colaboración de un hombre conocido por su mucha fuerza para que libere al pueblo de la opresión de los filisteos. Pero cuando Sansón se cree protagonista, y utiliza la fuerza para sí mismo, Dios le retira su ayuda, y cae en manos de los enemigos.

En el salmo reconocemos humildemente que Dios es nuestra roca y nuestro refugio, el que nos libra de las dificultades, el que ya desde el seno de nuestra madre nos conoce y nos acompaña a lo largo de nuestra vida.

2. En el evangelio, Dios interviene preparando el nacimiento del precursor del Mesías.

También aquí los padres son estériles: así se ve siempre más claro que es Dios el protagonista de nuestra historia de salvación. El hijo de Zacarías e Isabel se llamará Juan, llenará de alegría a todos, también estará consagrado por el nazireato (no beberá vino, por ejemplo), estará lleno del Espíritu y convertirá a muchos israelitas al Señor. Será el precursor de Jesús. En el anuncio del ángel se describe muy bien esta misión: «irá delante del Señor, con el espíritu y poder de Elías, para convertir los corazones de los padres hacia los hijos, y a los desobedientes a la santidad de los justos, preparando para el Señor un pueblo bien dispuesto».

3. a) Es Dios quien salva, también hoy. No debemos fiarnos de nuestras propias fuerzas: ni de las físicas como las de Sansón ni de las intelectuales o espirituales, si creemos tenerlas. Cuando Sansón se independizó de Dios, perdió su fuerza. El Bautista nunca se creyó el Salvador, sino sólo la voz que le proclamaba cercano y presente.

Nuestra actitud en vísperas de la celebración navideña es la de una humilde confianza. Como Dios escuchó la oración de aquella buena mujer israelita y le concedió un hijo que fue decisivo para la liberación de Israel; como se fijó en aquel buen matrimonio de ancianos, Isabel y Zacarías, para hacerlos padres del profeta precursor de Jesús: así se fija en nosotros, escucha nuestra oración, nos llena de su alegría y además nos llama a ser colaboradores suyos en la gracia salvadora de esta Navidad para con los demás, siendo evangelizadores del Salvador y liberadores de los males de este mundo en que vivimos.

b) Cada uno colabora con las cualidades que tiene, pocas o muchas. No todos seremos héroes forzudos. No todos tendremos el cargo sacerdotal del incienso en el Templo de Jerusalén. Dios puede hacer brotar la salvación de un tronco seco o de un matrimonio estéril o de una persona sin cultura. Lo importante es que pongamos lo que podemos y sabemos al servicio de Dios, y así contribuyamos a que la Navidad sea un tiempo de gracia para nosotros y para nuestra familia, comunidad o parroquia.

Lo podemos hacer si ayudamos a que sucedan este año y entre nosotros las señales que el ángel describía: si hay más alegría en nuestro entorno, si preparamos los caminos al Señor, si hacemos que haya reconciliación entre padres e hijos, si colaboramos a que las personas sean más sensatas...

c) Antes de ir a comulgar, en cada misa, se nos invita a un gesto de reconciliación con los demás. Era también uno de los signos que según el ángel iban a preceder a la venida del Salvador: la reconciliación de padres e hijos. Hoy este gesto preparatorio de la comunión puede tener un sentido especial de preparación antes de la celebración de la Navidad.

«El que ha de venir vendrá y no tardará,
y ya no habrá temor en nuestra tierra
porque él es nuestro Salvador» (*entrada*)

«Tú, Dios mío, fuiste mi esperanza
y mi confianza desde mi juventud» (*salmo*)

«Nos visitará el sol que nace de lo alto
para guiar nuestros pasos por el camino de la paz» (*comunión*)

«Aviva en nosotros el deseo
de salir al encuentro de Cristo, ya cercano,
para que así podamos, con limpieza de espíritu,
celebrar el nacimiento de tu Hijo» (*poscomunión*)

O Radix Iesse

«Oh Renuevo del tronco de Jesé,
que te alzas como un signo para los pueblos,
ante quien los reyes enmudecen
y cuyo auxilio imploran las naciones:
ven a librarnos, no tardes más»

Jesé fue el padre de David. Por tanto «la raíz o el renuevo de Jesé» es la descendencia de la familia de David. El padre de Jesús, José, era de la familia de David, como se había anunciado que sería el Mesías.

Pablo ve en este anuncio la universalidad del reinado de Cristo: «Como dice Isaías (11,1.10), aparecerá el retoño de Jesé, el que se levanta para imperar sobre las naciones. En él pondrán los gentiles su esperanza» (Rm 15,12).

Nosotros también deseamos que venga a liberarnos de nuestros males.

20 DE DICIEMBRE

Isaías 7,10-14; Lucas 1,26-38

1. El rey Acaz, en el siglo VII antes de Cristo, no quiere pedir una señal. Tiene unos planes de alianzas militares que no le interesa confrontar con la voluntad de Dios. Pero el profeta le habla y le asegura que se van a cumplir los planes de Dios sobre la dinastía davídica: una muchacha dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Emmanuel, Dios-con-nosotros.

El hijo es probablemente Ezequías. Pero tal como lo leemos en el profeta Isaías, ya se refiere al Mesías futuro, el rey perfecto de los últimos tiempos. La versión griega ya tradujo «muchacha» por «virgen», para subrayar la intervención milagrosa divina.

2. En el evangelio de hoy, nosotros, guiados por Lucas, interpretamos el pasaje del profeta con gozosa convicción: la virgen es María de Nazaret, y su hijo el Mesías, Cristo Jesús.

Así se lo anuncia el ángel Gabriel, en este diálogo que puede considerarse como una de las escenas más densas y significativas del evangelio, la experiencia religiosa más trascendental en la historia de una persona y el símbolo del diálogo de Dios con la humanidad. Dios dice su «sí» salvador,

y la humanidad, representada en María, responde con su «sí» de acogida: «hágase en mí según tu palabra». Del encuentro de estos dos síes, brota, por obra del Espíritu, el Salvador Jesús, el verdadero Dios-con-nosotros. Entra en escena el nuevo Adán, cabeza de la nueva humanidad. Y a su lado aparece, con un «sí» en los labios, en contraste con la primera, la nueva Eva.

María, una humilde muchacha de Nazaret, es la elegida por Dios para ser la madre del Esperado. El ángel la llama «llena de gracia» o «agraciada», «bendita entre las mujeres», y le anuncia una maternidad que no viene de la sabiduría o de las fuerzas humanas, sino del Espíritu Santo, porque su Hijo será el Hijo de Dios.

Empieza a dibujarse así en las páginas del evangelio el mejor retrato de esta mujer, cuya actitud de disponibilidad para con Dios, «hágase en mí», no será sólo de este momento, sino de toda la vida, incluida su presencia dramática al pie de la Cruz.

María aparece ya desde ahora como la mejor maestra de vida cristiana. El más acabado modelo de todos los que a lo largo de los siglos habían dicho «sí» a Dios ya en el A.T., y sobre todo de los que han creído en Cristo Jesús y le han seguido en los dos mil años de cristianismo.

3. a) Nosotros estamos llamados a contestar también a Dios con nuestro «sí».

El «hágase en mí según tu palabra» de María se ha continuado a lo largo de los siglos en la comunidad de Jesús. Y así se ha ido encarnando continuamente la salvación de Dios en cada generación, con la presencia siempre viva del Mesías, ahora el Señor Resucitado, que nos comunica por su Espíritu la vida de Dios.

Cada uno de nosotros, hoy, escucha el mismo anuncio del ángel. Y es invitado a contestar que sí, que acogemos a Dios en nuestra vida, que vamos a celebrar la Navidad «según tu palabra», superando las visiones superficiales de nuestra sociedad para estos días.

b) Dios está dispuesto a que en cada uno de nosotros se encarne de nuevo su amor salvador. Quiere ser de veras, al menos por su parte, Dios-con-nosotros: la perspectiva que da más esperanza a nuestra existencia. Creer que

Dios es Dios-con-nosotros no sólo quiere decir que es nuestro Creador y protector, o que nos llena de dones y gracias, o que está cerca de nosotros. Significa que se nos da él mismo, que él mismo es la respuesta a todo lo que podamos desear, que nos ha dado a su Hijo y a su Espíritu, que nos está invitando a la comunión de vida con él y nos hace hijos suyos. Dios-con-nosotros significa que todo lo que ansiamos tener nosotros de felicidad y amor y vida, se queda corto con lo que Dios nos quiere comunicar.

Con tal que también respondamos con nuestra actitud de ser «nosotros-con-Dios». Eso nos llenará de alegría. Y cambiará el sentido de nuestra vida.

c) El momento en que más intensa es la presencia del Dios-con-nosotros es en la Eucaristía. Ya desde la reunión, porque el mismo Cristo nos aseguró: «donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo con ellos». Luego, en la comunión, si le acogemos con la misma humilde confianza que lo hizo María, nuestra Eucaristía será ciertamente fecunda en vida y en salvación.

«Todos los hombres verán la salvación de Dios» (*entrada*)

«Concédenos aceptar tus designios
con humildad de corazón» (*oración*)

«Y le pone por nombre Dios-con-nosotros» (*1ª lectura*)

«Éste es el grupo que busca al Señor,
que viene a tu presencia, Dios de Jacob» (*salmo*)

«He aquí la sierva del Señor,
hágase en mí según tu palabra» (*evangelio*)

O clavis David

«Oh Llave de David y Cetro de la casa de Israel,
que abres y nadie puede cerrar,
cierras y nadie puede abrir:
ven y libra a los cautivos
que viven en tinieblas y en sombra de muerte»

La llave sirve para cerrar y para abrir. El cetro es el símbolo del poder.

Lo que Isaías anunciaba para un administrador de la casa real (22,22), el N.T. lo entiende sobre todo de Cristo Jesús: el Cordero que es digno de abrir los sellos del libro de la historia (Ap 5, 1-9), y en general, «el que tiene la llave de David: si él abre, nadie puede cerrar; si él cierra, nadie puede abrir» (Ap 3,7).

Para nosotros, invocar a Jesús como Llave es pedirle que abra la puerta de nuestra cárcel y nos libere de todo cautiverio, de la oscuridad, de la muerte.

21 DE DICIEMBRE

Cantar de los cantares 2,8-14 (Sofonías 3,14-18); Lucas 1,39-45

1. Preparando la visita de María a su prima Isabel, escuchamos en la primera lectura un hermoso cántico de amor tomado del Cantar de los cantares.

La novia ve con gozo cómo su amado viene saltando por los montes a visitarla. El novio le canta un poema pidiendo a la joven que se haga ver: «levántate, amada mía, y ven, hazme oír tu voz». Todo alrededor es poesía y primavera en la naturaleza. Pero sobre todo es el amor de los dos jóvenes lo que llena la escena de encanto: el amor humano, elevado en la Biblia a símbolo y encarnación del amor de Dios a su pueblo.

Es hermoso que la lectura bíblica nos hable de amor, de enamoramiento, de primavera, poesía y gratitud: en medio de un mundo lleno de interés comercial y de cálculos medidos. Y que este amor juvenil sea precisamente el lenguaje con el que, en vísperas de la Navidad, se nos anuncia la buena noticia: Dios, el novio, se dispone a celebrar la fiesta una vez más, si la humanidad y la Iglesia, la novia, le acepta su amor.

(Sofonías –una lectura alternativa a la del Cantar– invita a una sincera alegría a «la hija de Sión», al pueblo de Israel: «grita de júbilo, alégrate». El motivo es claro: Dios está cerca: «el Señor tu Dios, en medio de ti, es un guerrero que salva». Dios sigue amando a su pueblo: «él se goza y se complace en ti, te ama y se alegra con júbilo como en día de fiesta».

Ya no tiene cabida el miedo ni han de sentir desfallecimiento las manos. El Señor ha perdonado las culpas, «ha cancelado tu condena», y nos renueva gozosamente su amor.

Si en tiempos del profeta podían decir eso, nosotros, después del acontecimiento de la venida de Cristo, lo podemos proclamar con mucho más motivo. Nos hará bien pensar que esta Navidad la desea Dios más que nosotros).

El salmo expresa bien los sentimientos de júbilo: «aclamad, justos, al Señor, cantadle un cántico nuevo». Parece escrito para que lo recemos en los últimos días del Adviento: «nosotros aguardamos al Señor, con él se alegra nuestro corazón, en su santo nombre confiamos». Son actitudes que nos preparan a una Navidad vivida desde dentro.

2. La visita de María a su prima Isabel está llena de resonancias bíblicas: como cuando se trasladó el Arca de la Alianza entre danzas y saltos de alegría a casa de Obededom, donde estuvo tres meses, llenando de bendiciones a sus moradores.

María, que acaba de recibir del ángel la trascendental noticia de su maternidad divina, corre presurosa, por la montaña, a casa de Isabel, a ofrecerle su ayuda en la espera de su hijo. Llena de Dios y a la vez servicial para con los demás. María es portadora en su seno del Salvador, ella misma Arca de la Alianza, y es por tanto evangelizadora: la Buena Noticia la comunica con su misma presencia y llena de alegría a Isabel y al hijo que salta de gozo en sus entrañas, el que será el precursor de Jesús, Juan Bautista.

Es significativo por demás el encuentro de Isabel y María, dos mujeres sencillas del pueblo, que han sido agraciadas por Dios con una inesperada maternidad y se muestran totalmente disponibles a su voluntad. Son un

hermoso símbolo del encuentro del Antiguo y del Nuevo Testamento, de los tiempos de la espera y de la plenitud de la venida.

Llena de alegría, Isabel canta a voz en grito –María lo hará mañana– las alabanzas de Dios y de su prima, en quien reconoce a «la madre de mi Señor». Con su alabanza, Isabel traza un buen retrato de su prima: «dichosa tú, que has creído».

3. a) Todas las lecturas rebosan de alegría.

Alegría que ante todo llena el corazón de Dios: «él se goza y se alegra con júbilo como en día de fiesta». Alegría de los novios al poder verse después de la separación del invierno. Alegría de las dos mujeres, María e Isabel, que experimentan la venida del Dios salvador.

¿Sabremos experimentar nosotros esta alegría que Dios nos quiere comunicar? Para ello debemos tener ojos de fe, y saber reconocer la presencia de Dios en las personas y los acontecimientos de la vida, como Isabel y María supieron reconocer la presencia del misterio en sus respectivas experiencias. Saber ver a Dios actuando en nuestra vida de cada día, en las personas que nos rodean. ¿Viviremos la Navidad con gozo interior, o sólo de palabras, cantos y regalos externos, «porque toca»?

Después de tantas invitaciones a cantar de júbilo, por parte de Sofonías, o por el ejemplo de los novios enamorados, o de Isabel y su hijo Juan, de María, la llena de la Buena Noticia, y sobre todo de Dios mismo, que, según Sofonías celebra jubilosamente su amor como en una gran fiesta, ¿nos conformaremos con una Navidad rutinaria, de trámite?

b) Pero a la vez deberíamos ser, en estos días, portadores de esa alegría a los demás. Como María en su visita, cada uno de nosotros debemos ser portadores de la Buena Noticia de Jesús, evangelizadores en este mundo.

Esto lo haremos con nuestras actitudes y obras, más que con nuestras palabras. ¿Sabemos, en nuestra vida, «visitar» a los demás? O sea, ¿estamos siempre dispuestos a salir al encuentro, a comunicarnos, a compartir la experiencia gozosa y la triste, a ofrecer nuestra ayuda? La visita es salida de sí mismo, cercanía, presencia a los otros. Para llevar nuestro interés y nuestro

amor, y transmitir así, en el fondo, la experiencia de Dios, en un mundo que no conoce demasiado la gratuidad del amor ni la cercanía de las «visitas».

Lo podemos hacer en el círculo de nuestra familia o de nuestros amigos y conocidos o compañeros de trabajo. Si sabemos «visitar», a imitación del Dios que «ha visitado y redimido a su pueblo», y de Cristo Jesús, el que había sido anunciado como «el sol que nos visitará, venido de lo alto», la Navidad será una experiencia gozosa.

c) La Eucaristía es uno de los momentos privilegiados en que los cristianos reconocemos con gozo la presencia salvadora de Cristo Jesús. Nuestra comunión de hoy sea aliento y motivo de alegría en nuestra preparación de la Navidad.

«Nosotros aguardamos al Señor,
con él se alegra nuestro corazón,
en su santo nombre confiamos» (*salmo*)

«Dios te salve, María, llena eres de gracia,
el Señor es contigo,
bendita tú eres entre todas las mujeres
y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús»
(*palabras de Isabel, convertidas en oración secular de la Iglesia*)

O Oriens

«Oh Oriente, Sol que naces de lo alto,
resplandor de la luz eterna, sol de justicia:
ven ahora a iluminar
a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte»

En el día más corto del año, el día en que el sol cósmico brilla menos horas, invocamos a Cristo, nuestro verdadero Sol, «el Sol que nace de lo alto», como dice Zacarías en el Benedictus.

Cristo es la luz que refleja para nosotros la luz de Dios: «Oh luz gozosa de

la santa gloria del Padre celeste», como decían las primeras generaciones en uno de los mejores himnos cristológicos que compusieron, y que todavía cantamos.

Simeón anunció que Jesús venía «para alumbrar a las naciones». Y el mismo Jesús dijo: «yo soy la Luz del mundo». Él es el que de veras puede venir a iluminar nuestras tinieblas en esta Navidad, como tantas veces nos ha anunciado el profeta Isaías.

22 DE DICIEMBRE

1Samuel 1,24-28; Lucas 1,46-56

1. Las lecturas de hoy nos proponen un paralelo entre el cántico de Ana y el de María. Las dos mujeres, la del Antiguo y la del Nuevo Testamento, reconocen la intervención de Dios en sus vidas y le dedican una alabanza poética y sentida.

Ana, la esposa de Elcaná, avergonzada por su esterilidad, había pedido insistentemente en su oración poder superar esta afrenta. Vuelve al Templo a dar gracias a Dios por haber sido escuchada, porque ahora es madre de Samuel, que será un personaje importante en la historia de Israel.

El emocionado cántico de Ana lo hemos dicho como salmo responsorial, y es fácil ver cómo las ideas son muy semejantes a las que la Virgen María cantará en su Magnificat: Dios ensalza a los pobres y los humildes, mientras que humilla a los soberbios.

2. También María, en casa de Isabel, después de escuchar las alabanzas de su prima, prorrumpe en un cántico de admiración, alegría y gratitud a Dios, el Magnificat, que la Iglesia ha seguido cantando generación tras generación hasta nuestros días.

María canta agradecida lo que Dios ha hecho en ella, y sobre todo lo que ha hecho y sigue haciendo por Israel, con el que ella se solidariza plenamente. Le alaba porque «dispersa a los soberbios, derriba del trono a los poderosos, enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos».

Esta oración que el evangelista Lucas pone tan acertadamente en labios de María, y que probablemente provenía de la reflexión teológica y orante de la primera comunidad, es un magnífico resumen de la actitud religiosa de Israel en la espera mesiánica, como hemos ido viendo a lo largo del Adviento, y es también la mejor expresión de la fe cristiana ante la historia de salvación que ha llegado a su plenitud con la llegada del Mesías, Salvador y liberador de la humanidad. Jesús, con su clara opción preferencial por los pobres y humildes, por los oprimidos y marginados, es el mejor desarrollo práctico de lo que dice el Magnificat.

Nada extraño que este cántico de María, valiente y lleno de actualidad, por el que manifiestan claramente su admiración Pablo VI en su «*Marialis Cultus*» (1974) y Juan Pablo II en su «*Redemptoris Mater*» (1987), se haya convertido en la oración de la Iglesia en camino a lo largo de los siglos, y que lo cantemos cada día en el rezo de Vísperas. La oración de María, la primera creyente de los tiempos mesiánicos, se convierte así en oración de la comunidad de Jesús, admirada por la actuación de Dios en el proceso de la historia.

3. Saber alabar a Dios, con alegría agradecida, es una de las principales actitudes cristianas. Ana y María nos enseñan a hacerlo desde las circunstancias concretas de sus vidas.

La comunidad cristiana está reaprendiendo ahora a ser una comunidad orante, y en concreto, a orar alabando a Dios, no sólo pidiendo. Muchos salmos de alabanza, y sobre todo la Plegaria Eucarística, la oración central de la Misa, junto con himnos como el Gloria, son expresión de nuestra alabanza ante Dios, imitando así la actitud de María.

María alabó a Dios ante la primera Navidad. Su canto es el mejor resumen

de la fe de Abrahán y de todos los justos del A.T., el evangelio condensado de la nueva Israel, la Iglesia de Jesús, y el canto de alegría de los humildes de todos los tiempos, de todos los que necesitan la liberación de sus varias opresiones.

La maestra de la espera del Adviento, y de la alegría de la Navidad, es también la maestra de nuestra oración agradecida a Dios, desde la humildad y la confianza. Para que vivamos la Navidad con la convicción de que Dios está presente y actúa en nuestra historia, por desapacible que nos parezca.

Algunos esperan la suerte de la lotería, como remedio a sus males. A los cristianos nos toca cada año la lotería: el Dios-con-nosotros. Si lo sabemos apreciar, crecerá la paz interior y la actitud de esperanza en nosotros. Y brotarán oraciones parecidas al Magnificat de María desde nuestras vidas. Ella será la solista, y nosotros el coro de la alabanza agradecida a Dios Salvador.

«Portones, alzad los dinteles:
va a entrar el Rey de la gloria» (*entrada*)

«Mi corazón se regocija por el Señor, mi salvador»
(*cántico de Ana*)

«Él levanta del polvo al desvalido
y alza de la basura al pobre,
para sentarlo con los príncipes
y que herede un trono de gloria» (*cántico de Ana*)

«Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador» (*cántico de María*)

«Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia» (*cántico de María*)

O rex gentium

«Oh Rey de las naciones y Deseado de los pueblos,
 piedra angular de la Iglesia,
 que haces de dos pueblos uno solo:
 ven y salva al hombre que formaste del barro de la tierra»

Cristo Jesús no sólo es Rey de los judíos, como pusieron en la inscripción de la cruz. Sino de todos los pueblos.

Su reinado, que es cósmico y humano a la vez, quiere traer paz y reconciliación. Él es la «piedra angular» de la Iglesia (Hch 4,11; 1P 2,4); una piedra angular que «hace de dos pueblos – Israel y los paganos– uno solo» (Ef 2, 14).

El mismo Dios que hizo al hombre del barro de la tierra, es el que ahora le salva por medio de su Hijo, que también ha querido compartir con nosotros la condición y la fragilidad humana, pero que viene a darnos la comunión de vida con Dios.

23 DE DICIEMBRE Malaquías 3,1-4.23-24; Lucas 1,57-66

1. El anuncio del profeta Malaquías, de que Dios enviará un mensajero, prepara en paralelo el relato evangélico del nacimiento de Juan.

El profeta, en el siglo V antes de Cristo, en un tiempo de restauración política, que él querría que fuera también religiosa, se queja de los abusos que hay en el pueblo y en sus autoridades. El culto del Templo es muy deficiente, por desidia de los sacerdotes. De parte de Dios anuncia reformas y sobre todo el envío de un mensajero que prepare el camino del mismo Señor. Su venida será gracia y juicio a la vez, será fuego de fundidor, que purifica quemando, para que la ofrenda del Templo sea dignamente presentada ante el Señor. ¿Quién podrá resistir el día de su venida?

Una de las características de la misión de este mensajero será que «convertirá el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres».

El salmo da mayor suavidad al tema y nos hace repetir con confianza, ante este día de la venida del Señor: «mirad y levantad vuestras cabezas: se acerca vuestra redención». Eso sí, con un compromiso de caminar por las sendas de Dios, con lealtad y rectitud, guardando la alianza con Dios.

2. Los judíos habían interpretado a este mensajero anunciado por Malaquías como el profeta Elías, que vendría al final de los tiempos. Pero Jesús lo identificó con Juan Bautista.

Hoy hemos escuchado el relato del nacimiento de Juan, el precursor, que se completará mañana con el cántico de su padre Zacarías (el Benedictus) y nos preparará así próximamente a celebrar el nacimiento de Jesús.

Dios ha decidido que ha llegado ya la plenitud de los tiempos y empieza a actuar. La voz corre por la comarca y todos se llenan de alegría. Tienen razón los vecinos: ¿qué será de este niño? Juan será grande. Durante bastantes días, en este Adviento, hemos ido leyendo pasajes en que se cantan las alabanzas de este personaje, decisivo en la preparación del Mesías: testigo de la luz, voz de heraldo que clama en el desierto y prepara los caminos del Señor, que crea grupos de discípulos que luego orientará hacia el Profeta definitivo, que predica la conversión y anuncia la inminencia del día del Señor.

El nombre, para los judíos, tiene mucha importancia. Juan significa «gracia de Dios», o «favor de Dios», o «misericordia de Dios». Nadie en la familia se había llamado así, y es que Dios sigue caminos siempre sorprendentes.

3. a) La figura de Juan nos invita también a nosotros a la conversión, a volvernos hacia ese Señor que viene a salvarnos, y a dejarnos salvar por él.

La voz de Juan, en este Adviento, nos invita a la vigilancia, a no vivir dormidos, aletargados, sino con la mirada puesta en el futuro de Dios, y el oído presto a escuchar la palabra de Dios. Haciendo nuestra la súplica que el

Apocalipsis pone en boca del Espíritu y la Esposa: «Ven, Señor Jesús». Cada Adviento es ponerse en marcha al encuentro del Dios que siempre viene.

También en nuestra vida, como en la sociedad y el Templo de Israel, hay cosas que tienen que cambiar, actitudes que habría que purificar y caminos que necesitan enderezarse. Si preparamos la Navidad, por ejemplo, celebrando el sacramento de la reconciliación, entonces podremos cantar y celebrar litúrgicamente el Nacimiento de Jesús según los deseos de Dios.

b) Ojalá que también este año, entre nosotros, en la inminencia de la Navidad, corra la voz de la Buena Noticia entre los conocidos y amigos, y todos se llenen de alegría interior.

Ojalá que también surjan entre nosotros y sean escuchadas las voces de profetas como Malaquías y el Bautista que clamen la llegada de la salvación y convoquen eficazmente a una Navidad auténticamente cristiana.

Ojalá que nosotros mismos seamos evangelizadores, anunciadores de Cristo para el mundo de hoy, ejerciendo la función profética que todos los cristianos tenemos por el bautismo, y de modo especial los religiosos y ministros ordenados.

c) Una de las señales de la cercanía de una Navidad según el corazón de Dios sería la que anunciaba Malaquías: la reconciliación entre los padres y los hijos, entre los hermanos, entre los vecinos, entre los miembros de la comunidad. Ésa es la mejor preparación para una fiesta que celebra que Dios se ha hecho Dios-con-nosotros, y por tanto, nos invita a ser nosotros-con-Dios, por una parte, y nosotros-con-nosotros, por otra, porque todos somos hermanos.

«Que tu Hijo,
que se encarnó en las entrañas de la Virgen María,
nos haga partícipes de la abundancia de su misericordia» (*oración*)

«Mirad y levantad vuestras cabezas:
se acerca vuestra redención» (*salmo*)

«Las sendas del Señor son misericordia y lealtad» (*salmo*)

O Emmanuel

«Oh Emmanuel, Rey y legislador nuestro,
esperanza de las naciones y salvador de los pueblos:
ven a salvarnos, Señor Dios nuestro»

Emmanuel, Dios-con-nosotros, el nombre que ya se anunciaba desde Isaías (7, 14). El que más expresivamente nos muestra el plan de cercanía y de presencia salvadora de Dios.

A la vez hay otros títulos mesiánicos: rey, legislador, esperanza, salvador, Señor, Dios nuestro. Por eso colma de confianza en este Adviento a todos los creyentes. Ante la inminente Navidad, se hace más urgente nuestra súplica: ven a salvarnos.

24 DE DICIEMBRE 2Samuel 7,1-5.8-12.14.16; Lucas 1,67-79

La promesa a David de una dinastía eterna, y el cántico del Benedictus en labios de Zacarías, nos preparan a celebrar esta noche el nacimiento del Mesías, Cristo Jesús.

1. El rey David, una vez consolidada la situación militar y política del pueblo, lleno de buena intención religiosa, quiere construir un Templo para el Arca de la Alianza, o sea, una casa para Dios, dando por finalizada la etapa de la inestabilidad y de las peregrinaciones.

Natán le anuncia de parte de Dios que no será él, David, quien regale una casa a Dios, sino Dios quien le asegure a David una casa y una descendencia duradera, que en primer término es su hijo Salomón, pero que se entendió siempre como un anuncio del rey mesiánico futuro. Dios, que le ha ayudado

hasta ahora en sus empresas, le seguirá ayudando a él y a sus sucesores. La palabra «casa» juega así con su doble sentido de edificio material y de dinastía familiar. Son los planes de Dios, y no los nuestros, los que van conduciendo la marcha de la historia.

El salmo nos hace cantar nuestro agradecimiento a la fidelidad de Dios: «cantaré eternamente las misericordias del Señor». Y recuerda expresamente: «sellé una alianza con mi elegido, jurando a David, mi siervo: te fundaré un linaje perpetuo. Le mantendré eternamente mi favor y mi alianza con él será estable».

2. Nosotros leemos estas expresiones con la convicción de que se han cumplido en Cristo a la perfección. Jesús es llamado muchas veces en el evangelio «hijo de David», o sea, que pertenece, incluso literalmente, a la casa de David, aunque política y socialmente muy venida a menos.

Anteayer el cántico del Magnificat, en boca de María, resumía la historia de salvación conducida por Dios. Hoy es el cántico del Benedictus, que probablemente era también de la comunidad, pero que Lucas pone en labios de Zacarías, el que nos ayuda a comprender el sentido que tiene la venida del Mesías. Los nombres de la familia del Precursor son todo un programa: Isabel significa «Dios juró», Zacarías, «Dios se ha acordado», y Juan, «Dios hace misericordia». En el Benedictus cantamos que todo lo anunciado por los profetas se ha cumplido «en la casa de David, su siervo», con la llegada de Jesús. Que Dios, acordándose de sus promesas y su alianza, «ha visitado y redimido a su pueblo», nos libera de nuestros enemigos y de todo temor, y que por su entrañable misericordia «nos visitará el sol que nace de lo alto».

En el nacimiento de Jesús es cuando definitivamente se ha mostrado la fidelidad y el amor de Dios.

3. a) Es un hermoso cántico que la comunidad eclesial ha hecho suyo desde hace dos mil años, y lo canta con más motivos aún que Zacarías.

Cada día se reza en la oración matutina de Laudes, y ciertamente con coherencia, recordando «el sol que nace de lo alto», que para nosotros es

Cristo Jesús, que quiere iluminar a todos los que caminamos en la tiniebla o en la penumbra, y comprometiéndonos a servirle «en santidad y justicia en su presencia todos nuestros días», y «guiar nuestros pasos en el camino de la paz» a lo largo de la jornada.

Pero hoy, víspera de la Navidad, tras la preparación de las cuatro semanas de Adviento, este himno nos llena particularmente de alegría, pregustando ya la celebración del nacimiento del Señor esta próxima noche.

b) Como David, tenemos que recordar que no somos nosotros los que le hacemos un favor o un homenaje a Dios celebrando la Navidad, sino que es él quien nos envuelve en su amor, quien nos visita y nos redime, haciéndonos objeto de sus promesas y su fidelidad. Es Dios quien en primer lugar piensa en nosotros, y no nosotros en él. Todo lo que se nos anunciaba a lo largo del Adviento se cumple sacramentalmente en la Navidad que está a punto de iniciarse.

c) Vale la pena que aprendamos de Zacarías a entonar cantos de alabanza a Dios, porque continuamente estamos recibiendo sus dones, y a vivir nuestros días, nuestros años, en su presencia, llenos de confianza y fidelidad también por nuestra parte.

En torno al año 2000, cuando celebramos el Jubileo de los dos mil años del nacimiento de Jesús, todavía se hace más entrañable cada año la fiesta de la Navidad. Y nos debe llenar cada vez más de alegría y de consciente optimismo. Hace dos mil años que el Hijo de Dios ha querido encarnarse en nuestra familia y en nuestra historia.

«Ya se cumple el tiempo
en el que Dios envió a su Hijo a la tierra» (*entrada*)

«Ven, Señor, y no tardes,
para que tu venida consuele y fortalezca
a los que esperan todo de tu amor» (*oración*)

«Cantaré eternamente las misericordias del Señor,
anunciaré su fidelidad por todas las edades» (*salmo*)

«Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
porque ha visitado y redimido a su pueblo» (*evangelio*)

«Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
nos visitará el sol que nace de lo alto» (*evangelio*)

NAVIDAD - EPIFANÍA

Después de la preparación del Adviento, celebramos el tiempo de la Navidad, desde la víspera, 24 de diciembre, hasta el domingo siguiente al 6 de enero, la fiesta del Bautismo del Señor.

Lo mejor del Adviento es la Navidad.

Desde el Adviento a la Epifanía y el Bautismo del Señor, hay un único movimiento: la celebración de la venida del Señor, que se prepara en la espera del Adviento, se celebra en su inauguración de Navidad y en sus primeras manifestaciones o epifanías, y se intenta siempre vivir en nuestra existencia cristiana, camino de la manifestación definitiva del final de los tiempos.

Navidad y Epifanía celebran el mismo misterio. La Navidad acentúa sobre todo el nacimiento: Dios se ha hecho hermano nuestro. La Epifanía pone más énfasis en la manifestación de su divinidad, sobre todo a los magos de Oriente, acontecimiento que la liturgia une al del Bautismo de Jesús en el Jordán y las bodas de Caná con su primer milagro.

El sacramento de la Navidad

Lo que celebramos los cristianos en estas dos o tres semanas del tiempo de Navidad es el misterio de Cristo que se nos comunica sacramentalmente en la celebración de cada fiesta.

El Concilio Vaticano II lo recordó magistralmente:

«La Iglesia, en el círculo del año, desarrolla todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectativa de la dichosa esperanza y venida del Señor.

Conmemorando así los misterios de la Redención, abre las riquezas del poder santificador y de los méritos de su Señor, de tal manera que, en cierto modo, *se hacen presentes en todo tiempo para que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse de la gracia de la salvación*» (*Sacrosanctum Concilium* 102).

Cuando afirmamos que la Navidad es un sacramento queremos significar que la gracia del Nacimiento del Hijo de Dios se nos hace presente y se nos comunica en la celebración de esta fiesta. No se trata sólo de un recuerdo pedagógico, aleccionador, del acontecimiento de Belén, entrañable por demás.

En estos días oímos muchas veces -en las oraciones, prefacios y antífonas de la celebración- la palabra *hoy*:

«hoy nos ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor»
 «has iluminado esta noche santa con el nacimiento de Cristo, la luz verdadera»
 «hoy una gran luz ha bajado a la tierra»
 «hoy resplandece ante el mundo el maravilloso intercambio que nos salva»
 «hoy nos ha descendido del cielo la paz verdadera»
 «hoy ha nacido Jesucristo, hoy ha aparecido el Salvador, hoy en la tierra cantan los ángeles, hoy saltan de alegría los justos»
 «hoy brillará una luz sobre nosotros, porque nos ha nacido el Señor».

Lo mismo sucede en la fiesta de la Epifanía, en la que también se recuerda el Bautismo de Jesús y las bodas de Caná:

«hoy has revelado en Cristo, para luz de los pueblos, el verdadero misterio de nuestra salvación»
 «hoy se ha manifestado al mundo»

«hoy la estrella condujo a los magos, hoy el agua se convirtió en vino, hoy Cristo fue bautizado»
 «hoy la Iglesia se ha unido a su celestial Esposo».

No es sólo un aniversario. Es actualización y nueva presencia del misterio salvador de un Dios que se ha hecho de nuestra familia. «Hoy» es una palabra breve pero cargada de sentido, que da a nuestra celebración un tono de misteriosa actualidad. De alguna manera nos hacemos contemporáneos del nacimiento de Cristo y de su manifestación. El Señor Resucitado ha roto las barreras del tiempo y actualiza la gracia de su Encarnación para nosotros.

Entre el ayer de Belén y el mañana de la parusía está el hoy de cada Navidad, el Dios-con-nosotros que nos quiere comunicar su vida, su luz, su alegría.

En concreto, la gracia de la Navidad aparece descrita repetidas veces como «nacer de Dios», ser sus hijos. Más aún, es la gracia de compartir con Jesús su divinidad, ya que él ha querido compartir nuestra humanidad:

- «que renazca tu pueblo, Señor, al conmemorar el nacimiento de tu Hijo»
- «a los que le recibieron les dio el poder de hacerse hijos de Dios»
- «haznos partícipes de la divinidad de tu Hijo que, al asumir la naturaleza humana, nos ha unido a la tuya de modo admirable»
- «concédenos compartir la vida divina de aquél que hoy se ha dignado compartir con el hombre la condición humana»
- «hoy nos ha nacido el Señor para comunicarnos la vida divina»
- «qué admirable intercambio: el creador del género humano nace de una virgen y, hecho hombre, nos da parte en su divinidad».

Los prefacios de la Navidad

Durante el tiempo de la Navidad y Epifanía, se proclaman unos prefacios que nos ayudan a centrar nuestra gratitud en el misterio de ese Dios que ha querido venir a nuestra historia.

*Prefacio I de Navidad**Cristo, luz del mundo*

...Porque, gracias al misterio de la Palabra **hecha carne**,
la luz de tu gloria brilló ante nuestros ojos
con nuevo resplandor,
para que, conociendo a Dios visiblemente,
él nos lleve al amor de lo invisible.

La Navidad es la fiesta de la luz, como lo es también la Epifanía. Por eso se centra la acción de gracias en esta luz verdadera que Dios nos ha enviado.

En las lecturas del Adviento, el profeta Isaías ya nos había anunciado al futuro Salvador como la luz que iba a iluminar a todos los pueblos. Ahora, en Cristo, agradecemos a Dios que nos haya dado la luz definitiva. En la noche de la Navidad le decimos a Dios: «has iluminado esta noche santa con el nacimiento de Cristo, la luz verdadera».

La luz de Dios ya estaba entre nosotros, por la creación. Pero ahora, «por el misterio de la Palabra hecha carne», esta luz brilla ante nuestros ojos «con nuevo resplandor». El Cristo de la Navidad es el mediador entre Dios y el hombre: nos ayuda a «conocer a Dios visiblemente», y así nos lleva «al amor de lo invisible». A Dios no le ha visto nadie, pero «quien me ve a mí ve al Padre» (Jn 14,9).

En la noche de Pascua, en la solemne Vigilia, volveremos a cantar a Cristo como luz, simbolizado por el cirio pascual. La Navidad y la Pascua celebran el único misterio de Cristo, Luz del mundo.

*Prefacio II de Navidad**La restauración del universo en la Encarnación*

...Porque en el misterio santo que hoy celebramos,
Cristo, el Señor, sin dejar la gloria del Padre,
se hace presente entre nosotros de un modo nuevo:
el que era invisible en su naturaleza
se hace visible al adoptar la nuestra;
el eterno, engendrado antes del tiempo,

comparte nuestra vida temporal
para asumir en sí todo lo creado,
para reconstruir lo que estaba caído
y restaurar de este modo el universo,
para llamar de nuevo al reino de los cielos
al hombre sumergido en el pecado...

Es densa la teología de esta oración. Está construida a base de binomios antitéticos, que ayudan a entender el misterio de la Encarnación:

- el que ya existía antes, como Dios, se nos hace presente como hombre,
- el que era invisible, ahora se nos hace visible y cercano,
- el que es eterno, ha querido entrar en nuestra historia.

La finalidad de esta Encarnación se dice que es:

- para asumir en sí todo lo creado,
- para reconstruir y restaurar lo caído,
- para llamar al pecador de nuevo al reino de los cielos.

Alabamos a Dios por la reconciliación y la paz, por la restauración cósmica y humana que ha realizado de modo admirable en la venida de Cristo en la Navidad y en la plenitud de su Pascua: «Él es el primogénito de toda la creación y reconcilia por él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos» (Col 1,15-20).

Una de las bendiciones del formulario solemne de la Navidad, desea: «el que por la encarnación de su Hijo reconcilió lo humano y lo divino, os conceda la paz a vosotros, amados de Dios».

*Prefacio III de Navidad**El intercambio realizado en la Encarnación del Verbo*

...Por él hoy resplandece ante el mundo
el maravilloso intercambio que nos salva;
pues al revestirse tu Hijo de nuestra frágil condición
no sólo confiere dignidad eterna a la naturaleza humana,
sino que por esta unión admirable
nos hace a nosotros eternos...

El intercambio que sucede en la Navidad -hoy, en esta Navidad- es en verdad admirable, y plenamente favorable a nosotros. Dios se hace hombre («el Verbo se hizo carne») y el hombre es hecho partícipe de la divinidad («a los que le recibieron les dio el ser hijos de Dios»).

Cristo Jesús asume nuestra debilidad, nuestra frágil condición, y así nos da una dignidad divina y eterna. Tenemos motivos para dar gracias a Dios por el misterio de esta Navidad.

Prefacio de la Epifanía del Señor

Cristo, luz de los pueblos

...Porque hoy has revelado en Cristo,
para luz de los pueblos,
el verdadero misterio de nuestra salvación;
pues al manifestarse Cristo en nuestra carne mortal
nos hiciste partícipes
de la gloria de su inmortalidad...

La Epifanía es manifestación universal de Cristo como luz. Los magos son los representantes de todos los pueblos de la tierra.

El misterio de nuestra salvación es éste: que ahora nosotros somos partícipes de la inmortalidad de Cristo, ya que él se ha hecho mortal como nosotros.

Las lecturas de la Navidad

La Palabra de Dios nos ayuda para que entendamos y vivamos el misterio de la Navidad.

Las lecturas de estas semanas quieren conducirnos a descubrir a Dios en ese niño nacido en Belén y manifestado progresivamente a los hombres. Y a la vez, que descubramos el valor del hombre, nuestro hermano, dado que Dios se ha querido hacer de nuestra familia. El admirable intercambio de la Navidad.

Los aspectos fundamentales de este misterio se leen en las fiestas y domingos: la Navidad, la Epifanía, el 1 de enero con la fiesta de Santa María, la Sagrada Familia, los domingos intermedios, el Bautismo de Jesús. Son los temas centrales como el Nacimiento, la luz, la manifestación a los magos, la circuncisión, el episodio del niño perdido y hallado en el Templo, las diversas reacciones de las personas (María y José, los pastores, los magos, las autoridades y sabios de Jerusalén).

Las lecturas de las ferias, que son las que aquí comentamos, son un complemento de las festivas, para que lleguemos a profundizar gradualmente en el don de ese Hijo de Dios que se ha hecho hermano nuestro, y sepamos asumir las consecuencias que este acontecimiento comporta para nuestras vidas.

La primera carta de Juan

Durante el tiempo de la Navidad, desde el 27 de diciembre hasta el 12 de enero (aunque los últimos días a veces se omitan, porque el domingo del Bautismo del Señor cae antes de esa fecha), leemos en lectura prácticamente continuada la primera carta de Juan.

Es un escrito de fines del siglo primero, una carta de reflexión teológica y espiritual, que denuncia las corrientes gnósticas que no han sabido ver en toda su profundidad el misterio de Jesús. Hay falsos doctores que se creen sabios, pero no han captado la seriedad del amor de Dios encarnado en Jesús, ni sus consecuencias vivenciales para nosotros: la comunión de vida con Dios y el amor a los hermanos.

Resulta particularmente feliz el que durante este tiempo de Navidad se nos proclame esta carta. De nuevo volveremos a leer toda la carta, en el Oficio de Lecturas, entre las semanas VI y VII del tiempo de Pascua. Jesús como luz y vida une así la Navidad con Pascua, el inicio y la culminación del único misterio de la redención de la humanidad.

Los evangelios de las ferias

En el tiempo de Navidad los evangelios tienen dos temas: la infancia de Jesús y el inicio de su ministerio. O sea, sus progresivas manifestaciones como Mesías.

En la octava de la Navidad, además de los evangelios que se refieren a san Esteban y san Juan, escuchamos relatos de la infancia de Jesús, la presentación en el Templo, con el testimonio de Simeón y de Ana, y la vuelta a Nazaret. Naturalmente, las escenas principales las leemos en las fiestas: Navidad, Sagrada Familia, Epifanía, Inocentes.

A continuación, y empezando por el día 31 de diciembre con su prólogo, se nos proclama antes de la Epifanía el primer capítulo del evangelio de Juan, con el testimonio del Bautista y la llamada de los primeros discípulos por parte de Jesús.

En las ferias después de la Epifanía, del 7 al 12 de enero, escuchamos las primeras manifestaciones del Mesías en el inicio de su ministerio: multiplicación de panes, calma de la tempestad, etc.

El tiempo mariano por excelencia

Si ya en el Adviento, sobre todo en sus últimos días, nuestra oración tenía muy presente a la Virgen María, durante el tiempo de la Navidad es todavía más intensa esta acentuación.

La que podemos llamar «Santa María de la esperanza», la maestra de la espera del Adviento, es sobre todo la Madre del Mesías, la que le dio a luz y lo manifestó al mundo en la persona de los pastores y de los magos: la Maestra, por tanto, de la Navidad y de la Epifanía, la que le acogió y la que mejor evangelizó al mundo mostrándole al Salvador.

Pablo VI, al igual que lo hacía con el tiempo del Adviento, también presenta en su *Marialis Cultus* este carácter mariano de la Navidad, señalando los días más importantes de este recuerdo:

«El tiempo de Navidad constituye una prolongada memoria de la maternidad divina, virginal y salvífica, de aquella que sin mengua de su virginidad dio a este mundo un Salvador»

Así, en la solemnidad de la Natividad del Señor, la Iglesia, al adorar al Salvador, venera a su gloriosa Madre

En la Epifanía del Señor, al celebrar la llamada universal a la salvación, contempla a la Virgen, sede de la Sabiduría y verdadera Madre del Rey, que ofrece a la adoración de los magos al Redentor de todas las naciones.

Y en la fiesta de la Sagrada Familia considera con veneración la santa vida que llevan en su casa de Nazaret Jesús, Hijo de Dios e Hijo del Hombre, María su Madre y José, el varón justo.

En la nueva ordenación del período de Navidad, creemos que la atención común se debe dirigir a la renovada solemnidad de Santa María Madre de Dios. Ésta, fijada el 1 de enero, según una antigua sugerencia de la liturgia romana, está destinada a celebrar la parte que tuvo María en el misterio de la salvación y a exaltar la singular dignidad de que goza la Madre Santa, por la que merecimos recibir al Autor de la vida...».

FERIAS DE LA OCTAVA DE NAVIDAD

En la octava de la Navidad, las ferias tienen dos bloques claramente diferenciados. Los tres primeros días hacemos memoria de unos santos: Esteban, Juan y los Inocentes. Los tres siguientes, del 29 al 31 de diciembre, sí que son ferias navideñas.

Pero los seis días tienen una cierta unidad, sobre todo por la primera lectura, la carta de san Juan, que empieza ya el día 27.

26 de diciembre

Hch 6,8-10; 7,54-60 El martirio de san Esteban

Mt 10,17-22 Daréis testimonio ante ellos y ante los gentiles

27 de diciembre

1Jn 1,1-4 Os anunciamos lo que hemos visto y oído

Jn 20, 2-8 Juan llegó primero al sepulcro

28 de diciembre

1Jn 1,5-2,2 La sangre de Jesús nos limpia

Mt 2,13-18 Herodes mandó matar a los niños de Belén

29 de diciembre

1Jn 2,3-11 Quien ama a su hermano permanece en la luz

Lc 2, 22-35 Mis ojos han visto a tu Salvador, luz de las naciones

30 de diciembre

1Jn 2,12-17 Si alguno ama al mundo, no está en él el amor del Padre

Lc 2, 36-40 Ana hablaba del Niño a todos

31 de diciembre

1Jn 2,18-21 Han aparecido muchos anticristos

Jn 1, 1-18 En el principio existía la Palabra

26 DE DICIEMBRE · Hechos 6,8-10;7,54-60; Mateo 10,17-22

Se acabó la poesía de la Navidad. Después de celebrar el nacimiento del Hijo de Dios como hermano nuestro, nos encontramos con el martirio del joven Esteban. Y es que ese Niño que ha nacido en Belén es el mismo que más tarde, por fidelidad a su misión, entregará su vida en la Cruz para salvar a la humanidad. Jesús será el primer mártir, testigo del amor de Dios. Esteban será luego el primero entre sus seguidores que le imite en el martirio.

1. Esteban es un diácono que la comunidad ha nombrado, junto con otros seis, para cuidar de los aspectos más organizativos y benéficos de su vida. Es de cultura griega. Habla muy bien, se enfrenta con los judíos y les denuncia por su infidelidad: no han sabido reconocer al Mesías que cumple todas las esperanzas del A.T., Jesús de Nazaret. El suyo es un discurso provocativo, que supone la ruptura entre el Israel que no ha querido aceptar a Jesús y el Israel que sí le reconoce como Mesías e Hijo de Dios. Sobre todo se escandalizan cuando Esteban afirma que ve a Jesús de pie a la derecha de Dios.

Esto es lo que le lleva a la muerte. Era muy incómodo su mensaje para los que acababan de deshacerse de Jesús. Le apedrearon hasta la muerte.

El joven Esteban es un buen imitador de Cristo Jesús. Es «diácono», o sea, servidor de la comunidad, como se definía a sí mismo Jesús: he venido a servir y a dar mi vida por todos. Es “mártir”, o sea, testigo, hasta la muerte: Jesús fue el primero que dio testimonio de la verdad hasta las últimas consecuencias. A Esteban le acusaron, como a Jesús, de blasfemia contra la ley y el Templo. Le ajusticiaron fuera de la ciudad, como a Jesús, y murió perdonando a sus verdugos, como Cristo en la Cruz.

Celebramos el martirio de Esteban. Pero para la Iglesia el día de la muerte de un santo es el «dies natalis», el día de su verdadero nacimiento. No andamos lejos de la fiesta de ayer. Ahora se trata del nacimiento de Esteban a su vida gloriosa, ya en comunión perfecta con Cristo Jesús.

2. Cristo anuncia a sus seguidores que les llevarán a los tribunales. Les perseguirán. Creerán que hacen un acto de culto a Dios eliminándolos. Pero no tienen que temer: el Espíritu es el que les inspirará lo que deben decir.

Esta página fue escrita cuando ya la comunidad tenía la amarga experiencia de las detenciones y los martirios, por ejemplo de Santiago. Pero la persecución la experimentaron todos: Pedro, los apóstoles, Pablo en sus varios viajes. Y el primero, Esteban.

También aquí la Navidad apunta a la Pascua, con su gran decisión de entrega y de cruz, para Cristo y para sus seguidores.

3. a) Las consecuencias de la Navidad son inesperadas. De la alegría de Belén y del Dios-con-nosotros pasamos a la seriedad del testimonio de vida por coherencia con la fe.

Navidad es algo más que la ternura del Niño entre pajas, acompañado por María y José y el canto de los ángeles. Creer en Jesús y seguirle comporta decisiones y tomas de postura: es signo de contradicción. Jesús lo había anunciado: sus seguidores serán perseguidos.

b) Esteban es el primero que ha dado testimonio hasta la muerte. A lo largo de la historia, cuántos cristianos han seguido a Cristo en medio de la persecución y las dificultades. Su respuesta ante las dificultades ha sido perseverar dando testimonio de Jesús y de su evangelio hasta la muerte. Que es el testimonio más creíble.

Hay martirios breves e intensos, como el de Esteban. Hay martirios largos: el testimonio y las dificultades de cada día, a lo largo de años. Tal vez éste es el nuestro. Y hoy se nos invita a no cansarnos de este amor y de esta fidelidad.

c) ¿Damos nosotros, en nuestra vida, un testimonio así de creíble para los que nos rodean? ¿o nos echamos atrás por cualquier esfuerzo que nos suponga la fe en Cristo? Cuando surgen estas dificultades en nuestro camino de seguimiento de Cristo, ¿hacemos nuestras las palabras de confianza del salmo: «A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu», que Esteban hizo propias: «Señor Jesús, recibe mi espíritu»?

d) ¿Sabemos hacer nuestras sus últimas palabras de perdón? El ejemplo de Esteban que, a imitación del mismo Cristo, muere perdonando, es una lección para nosotros. A nosotros no nos están apedreando físicamente. Pero al cabo de la vida tenemos mil ocasiones para perdonar a nuestros hermanos. Como hemos pedido en la oración del día: «concédenos la gracia de imitar a tu mártir san Esteban, que oró por los verdugos que le daban tormento, para que nosotros aprendamos a amar a nuestros enemigos».

«Imitando a san Esteban,
aprendamos a amar a nuestros enemigos» (*oración*)

«A tus manos, Señor,
encomiendo mi espíritu,
sé la roca de mi refugio» (*salmo*)

«El que persevere hasta el final, se salvará» (*evangelio*)

«Nos salvas por el nacimiento de tu Hijo
y nos llenas de júbilo por el triunfo de Esteban» (*poscomunión*)

27 DE DICIEMBRE

1Juan 1,1-4; Juan 20,2-8

Después de Esteban, el testimonio del apóstol Juan. Otro gran testigo que nos ayuda a profundizar en el misterio de la Navidad y a la vez relaciona estrechamente a ese Niño recién nacido con el Cristo que nos salva a través de su entrega pascual y su resurrección. Juan es el teólogo de la Pascua. Estuvo al pie de la cruz, con María, la Madre, y luego vio el sepulcro vacío.

Pero también es el teólogo de la Navidad. Nadie como él ha sabido condensar la teología del Nacimiento de Cristo: la Palabra, que era Dios, se ha hecho hombre.

1. Empieza hoy, precisamente en el día de su fiesta, y durará hasta el final del tiempo de la Navidad, la lectura continuada de la primera carta de Juan, que nos va a transmitir con lenguaje lleno de lucidez y exigencia el misterio del amor de Dios. Esta carta va a ser la voz que más oiremos a lo largo de estos días.

La introducción es solemne y densa, muy parecida al prólogo de su evangelio: «lo que hemos visto y oído, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos» es lo que anunciamos. Y no es sólo la experiencia de haber convivido con Jesús de Nazaret. Da testimonio de su preexistencia en el seno de Dios: «lo que existía desde el principio», «la Palabra de la Vida», «la vida eterna que estaba con el Padre y se nos manifestó».

La finalidad de toda la carta es clara. El amor de Dios se nos ha manifestado para que tengamos comunión de vida con él y la alegría sea plena: «para que estéis unidos con nosotros en esa unión que tenemos con el Padre y con su Hijo Jesucristo», y «que nuestra alegría sea completa».

¿Podemos pensar un mensaje mejor para interiorizar la Navidad?

No es de extrañar que el salmo nos invite insistentemente: «alegraos, justos, con el Señor. Amanece la luz para el justo y la alegría para los rectos de corazón». Para los que se saben amados y salvados por Dios todo es luz y fiesta.

2. El apóstol Juan, el que había sido testigo presencial de la muerte de Cristo, porque estaba al pie de la Cruz con María y las otras mujeres, es también testigo del sepulcro vacío.

En el grupo de los discípulos hubo un momento difícil de falta de fe. No entendían el anuncio de Jesús de «que él había de resucitar de entre los muertos». Finalmente, alertados por el testimonio de la Magdalena, corren Juan y Pedro. De Juan sí se dice que «vio y creyó».

Leer este pasaje en plena celebración navideña nos ayuda a entender todo el

misterio de Cristo. No se trata sólo de la entrañable escena del Niño que nace adorado por pastores y magos. Ese Niño es el que con su muerte pascual nos conseguirá la salvación y la vida. La Navidad, cuando se profundiza, nos lleva hasta la Pascua.

3. a) Juan, el evangelista, el anunciador de la Buena Noticia.

Él lo hizo con los importantes escritos que se le atribuyen: el evangelio, las tres cartas y el Apocalipsis. Gracias a su testimonio, miles y millones de personas a lo largo de dos mil años han entendido mejor el misterio del Dios hecho hombre, que luego se entregó en la Cruz para la salvación de la humanidad y, resucitado de entre los muertos, está presente en la vida de su Iglesia a lo largo de la historia.

b) ¿Somos nosotros evangelistas de esta buena noticia en nuestro mundo? ¿Somos apóstoles, o sea, enviados?

No hace falta ser obispos o sacerdotes, ni saber escribir libros como el Apocalipsis, para ser buenos testigos de Cristo. Precisamente en los primeros días fueron las mujeres, y en concreto la Magdalena, las verdaderas evangelistas: fueron apóstoles para con los apóstoles, porque fueron ellas las que creyeron en Jesús Resucitado y fueron a anunciarlo a los apóstoles.

c) Lo que sí hace falta para ser evangelizadores es ser antes evangelizados nosotros mismos. Estar convencidos de esa gran noticia del amor de Dios, que Juan nos va a ir repitiendo en su carta. La primera pregunta que nos debemos hacer hoy, al leer el inicio de la carta de Juan, es si de veras vivimos en comunión con ese Dios y estamos dispuestos a sacar todas las consecuencias que él nos pida.

En la bendición solemne de la Navidad, el sacerdote nos desea: «el que encomendó al ángel anunciar a los pastores la gran alegría del nacimiento del Salvador, os llene de gozo y os haga también a vosotros mensajeros del Evangelio».

Y en la de la fiesta de la Epifanía, igualmente: «a todos vosotros, fieles seguidores de Cristo, os haga testigos de la verdad ante los hermanos».

El testimonio de los ángeles, el de los magos, el de Esteban y hoy el del apóstol Juan: estímulos para que en esta Navidad también cada uno de nosotros sea un mensajero del amor de Dios.

Hoy más que nunca, las personas que nos rodean sólo entienden el lenguaje de un testimonio vital, no hecho de discursos, sino de obras.

d) Cada Eucaristía es experiencia de Navidad y de Pascua: de un Dios hecho hermano nuestro, que se nos da él mismo como alimento desde su existencia pascual.

Cada Eucaristía debería ser, por tanto, motor y estímulo de una jornada vivida en comunión con ese Cristo, para difundir su luz entre nuestros hermanos.

«Lo que hemos visto os lo anunciamos:
la vida eterna que estaba con el Padre
y se nos manifestó» (*1ª lectura*)

«Os escribimos esto
para que nuestra alegría sea completa» (*1ª lectura*)

«Amanece la luz para el justo,
la alegría para los rectos de corazón» (*salmo*)

«La Palabra se hizo hombre y acampó entre nosotros:
de su plenitud todos hemos recibido» (*comunión*)

28 DE DICIEMBRE**1Juan 1,5–2,2; Mateo 2,13-18**

De nuevo la Navidad se tiñe de rojo.

El camino del seguimiento de Jesús está lleno de dificultades. Al testimonio de Esteban y de Juan el apóstol, se añade hoy el de los niños inocentes de Belén. En el Oriente a esta fiesta la llaman «de los niños ejecutados».

1. Después del prólogo, que oímos ayer, la carta de Juan entra en el primer gran tema de su mensaje: Dios es luz, Jesucristo está en la luz, y nosotros debemos también caminar en la luz.

Caminar en la luz significa vivir en comunión con Dios, y por tanto, no pecar, no vivir en la oscuridad. Pero por desgracia todos tenemos la experiencia de nuestra debilidad, y nos sentimos –nos debemos sentir, según Juan– pecadores.

Sin angustias, porque «la sangre de su hijo Jesús nos limpia» y «si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: Jesucristo, el Justo». Pero con humildad. Nadie puede decir que no tiene pecado. Sería engañarse a sí mismo e ir contra la luz. El Jesús de quien habla Juan es el que ha venido en Navidad y a la vez el de la Cruz, el que con su sangre nos purifica de todo pecado, no sólo a nosotros, sino a todo el mundo.

La Navidad nos empieza a exigir.

2. Sea cual sea la exacta historicidad de la huida a Egipto y del episodio de los niños de Belén, muy creíble dada la envidia y maldad del rey Herodes, el pasaje de Mateo nos ayuda a entender toda la profundidad del nacimiento del Mesías. Es la oposición de las tinieblas contra la luz, de la maldad contra el bien. Se cumple lo que Juan dirá en su prólogo: «vino a su casa y los suyos no le recibieron».

Seguramente Mateo quiere establecer también un paralelo entre Moisés, liberado de la matanza de los niños judíos en Egipto, y Jesús, salvado de la

matanza de los niños por parte de Herodes. Los dos van a ser liberadores de los demás: del pueblo de Israel y de toda la humanidad. Pero antes son liberados ellos mismos.

Los niños de Belén, sin saberlo ellos, y sin ninguna culpa, son mártires. Dan testimonio «no de palabra sino con su muerte». Sin saberlo, se unen al destino trágico de Jesús, que también será mártir, como ahora ya empieza a ser desterrado y fugitivo, representante de tantos emigrantes y desterrados de su patria. El amor de Dios se ha manifestado en la Navidad. Pero el mal existe, y el desamor de los hombres ocasiona a lo largo de la historia escenas como ésta y peores.

De nuevo la Navidad se vincula con la Pascua. En el Nacimiento ya está incluida la entrega de la Cruz. Y en la Pascua sigue estando presente el misterio de la Encarnación: la carne que Jesús tuvo de la Virgen María es la que se entrega por la salvación del mundo.

3. a) La carta de Juan nos interpela: ¿caminamos en la luz? Recién estrenada la Navidad, ¿hemos abandonado la oscuridad en nuestra vida? A lo largo de estos días la carta de Juan nos irá invitando a una actitud decidida: hemos visto el amor de Dios, al enviarnos a su Hijo, pero esto va a pedir de nosotros una conducta coherente, hecha de alegría y a la vez de seriedad exigente con nosotros mismos. Porque el pecado no se puede conjugar con la luz.

La luz, en el lenguaje bíblico, es sinónimo de alegría, de vida, de verdad, de bondad, de pureza. Lo contrario de todo esto es la tiniebla, la oscuridad, o la penumbra en la que a veces vivimos. ¿Se puede decir que nuestra vida transcurre en la luz, o más bien en una penumbra intermedia que no nos deja servir fielmente a Dios ni vivir con alegría interior?

El día de la Epifanía el sacerdote, en la bendición solemne, pide para nosotros: «El Dios que os llamó de las tinieblas a su luz admirable derrame abundantemente sus bendiciones sobre vosotros», «y así lleguéis a encontraros con Cristo, luz de luz».

b) También nos interpela el evangelio. José y María empiezan a experimentar que los planes de Dios exigen una disponibilidad nada cómoda. La huida

y el destierro no son precisamente un adorno poético en la historia de la Navidad.

El sacrificio de estos niños inocentes y las lágrimas de sus madres se convierten en símbolo de tantas personas que han sido injustamente tratadas por la maldad humana y han sufrido y siguen sufriendo sin ninguna culpa.

Desde el acontecimiento de la Pascua de Cristo, todo dolor es participación en el suyo, y también en el destino salvador de su muerte, la muerte del Inocente por excelencia.

¿Aceptamos el esfuerzo y la contradicción en el seguimiento de Cristo? ¿sabemos apreciar la lección de reciedumbre que nos dan tantos cristianos que siguen fieles a Dios en medio de un mundo que no les ayuda nada?

También nosotros, como los niños de Belén, debemos dar testimonio de Dios con las obras y la vida, más que con palabras bonitas.

c) Nuestra celebración eucarística comienza normalmente con un acto penitencial: nos presentamos con humildad ante Dios y nos reconocemos débiles, pecadores, y le pedimos que nos purifique interiormente antes de escuchar su palabra y celebrar su sacramento. Y lo hacemos con confianza, porque vamos a participar de ese Cristo Jesús que es «el que quita el pecado del mundo».

«Concédenos testimoniar con nuestra vida la fe que confesamos de palabra» (*oración*)

«Si vivimos en la luz, lo mismo que Jesucristo está en la luz, entonces estamos unidos unos con otros» (*1ª lectura*)

«Si alguien peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo el Justo» (*1ª lectura*)

«Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra» (*salmo*)

29 DE DICIEMBRE

1Juan 2,3-11; Lucas 2,22-35

1. Una cosa es conocer y otra vivir en conformidad con lo conocido.

Juan nos dice dónde está la prueba de la verdadera fe: «en esto sabemos que le conocemos, en que guardamos sus mandamientos». Y no como los gnósticos de fines de primer siglo, contra los que escribe esta carta, que daban la prioridad absoluta al saber («gnosis», conocimiento), y con eso se sentían salvados, sin prestar gran atención a las consecuencias de la vida moral. No actuaban según ese conocimiento de Dios.

El que cree conocer a Dios y luego no vive según Dios es un mentiroso, la verdad no está en él. Mientras que «quien guarda su Palabra, ciertamente el amor de Dios ha llegado en él a su plenitud».

Más en concreto todavía, para Juan la demostración de que hemos dejado la oscuridad y entrado en la luz, es si amamos al hermano: «quien dice que está en la luz y aborrece al hermano, está aún en las tinieblas», «no sabe a dónde va» y seguramente tropezará, porque «las tinieblas han cegado sus ojos».

Es la consecuencia de haber conocido el misterio del amor de Dios en esta Navidad: también nosotros tenemos que imitar su gran mandamiento, que es el amor. La teoría es fácil. La práctica no lo es tanto: y las dos deben ir juntas.

2. La presentación de Jesús en el Templo, cuya primera parte leemos hoy, es una escena llena de sentido que nos ayuda a profundizar en el misterio de la Encarnación de Dios.

José y María cumplen la ley, con lo que eso significa de solidaridad del Mesías con su pueblo, y lo hacen con las ofrendas propias de las familias pobres.

Así, en el Templo sucede el encuentro del Mesías recién nacido con el anciano Simeón, representante de todas las generaciones de Israel que esperaban el consuelo y la salvación de Dios. En la tradición bizantina se llama precisamente «Encuentro» a esta fiesta.

Simeón, movido por el Espíritu, reconoce en el hijo de esta sencilla familia al enviado de Dios, y prorrumpe en el breve y entusiasta cántico del «Nunc dimittis»: «ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz», que nosotros decimos cada noche en la oración de Completas, al final de la jornada. En su boca es como el punto final del Antiguo Testamento. Describe en unos trazos muy densos al Mesías: «mis ojos han visto a tu Salvador», que es «luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel».

Cristo, gloria del pueblo de Israel y luz para los demás pueblos. Pero a la vez esa luz va a ser «crisis», juicio, signo de contradicción. Todos tendrán que tomar partido ante él, no podrán quedar indiferentes. Por eso Simeón anuncia a la joven madre María una misión difícil, porque tendrá que participar en el destino de su Hijo: «será como una bandera discutida... y a ti una espada te traspasará el alma».

La presencia de María en este momento, al inicio de la vida de Jesús, se corresponde con la escena final, con María al pie de la Cruz donde muere su Hijo. Presencia y cercanía de la madre a la misión salvadora de Cristo Jesús.

3. a) La carta de Juan nos ha señalado un termómetro para evaluar nuestra celebración de la Navidad: podremos decir que hemos entrado en la luz del Hijo de Dios que ha venido a nuestra historia si estamos progresando en el amor a los hermanos. «Quien ama a su hermano, permanece en la luz y no tropieza». Si no, todavía estamos en las tinieblas, y la Navidad habrá sido sólo unas hojas de calendario que pasan.

Es un razonamiento que no necesita muchas explicaciones. Navidad es luz y es amor, por parte de Dios, y debe serlo también por parte nuestra. Claro que la conclusión lógica hubiera sido: «también nosotros debemos amar a Dios». Pero en la lógica de Jesús, que interpreta magistralmente Juan, la conclusión es: «debemos amarnos los unos a los otros». Porque el amor de Dios es total entrega: «tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo para que todos tengan vida eterna». El mismo Jesús (Jn 13,34) relaciona las dos direcciones del amor: «yo os he amado: amaos unos a otros».

b) Se nos invita, por tanto, a que no haya distancia entre lo que decimos creer,

lo que celebramos en la Navidad, y lo que vivimos en nuestro trato diario con los demás. «Quien dice que permanece en él, debe vivir como vivió él»: el Jesús a quien estamos celebrando como nacido en nuestra familia, es el Jesús que nos ha enseñado a vivir, con su palabra y sobre todo con sus hechos. La Navidad nos está pidiendo seguimiento, no sólo celebración poética.

Habría bastante más luz en medio de las tinieblas de este mundo, si todos los cristianos escucháramos esta llamada y nos decidiéramos a celebrar la Navidad con más amor en nuestro pequeño o grande círculo de relaciones personales.

c) También el evangelio nos conduce a una Navidad más profunda. El anciano Simeón nos invita, con su ejemplo, a tener «buena vista», a descubrir, movidos por el Espíritu, la presencia de Dios en nuestra vida. Él la supo discernir en una familia muy sencilla que no llamaba la atención. Reconoció a Jesús y se llenó de alegría y lo anunció a todos los que escuchaban. En los mil pequeños detalles de cada día, y en las personas que pueden parecer más insignificantes, nos espera la voz de Dios, si sabemos escucharla.

Además, Simeón nos dice a nosotros, como se lo dijo a María y José, que el Mesías es signo de contradicción. Como diría más tarde el mismo Jesús, él no vino a traer paz, sino división y guerra: su mensaje fue en su tiempo y lo sigue siendo ahora, una palabra exigente, ante la que hay que tomar partido, y en una misma familia unos pueden aceptarle y otros no.

Nosotros somos de los que creemos en Cristo Jesús. De los que celebramos la Navidad como fiesta de gracia y de comunión de vida con él. Pero también debemos ser más claramente «hijos de la luz» y vivir «como él vivió», no sólo de palabra, sino de obras.

/// «Tanto amó Dios al mundo
que entregó a su Hijo único
para que todos tengan vida eterna» (entrada)

/// «Tú has disipado las tinieblas del mundo
con la venida de Cristo, la luz verdadera» (oración)

«Quien dice que permanece en él,
debe vivir como vivió él» (*1ª lectura*)

«Quien ama a su hermano
permanece en la luz y no tropieza» (*1ª lectura*)

«Mis ojos han visto a tu Salvador,
luz para alumbrar a las naciones» (*evangelio*)

«Por la entrañable misericordia de nuestro Dios
nos visitará el sol que nace de lo alto» (*comunión*)

30 DE DICIEMBRE

1Juan 2,12-17; Lucas 2,36-40

1. Las varias afirmaciones que en su carta hace Juan a los padres y a los hijos pueden ser sólo un recurso literario: lo que dice a unos lo puede decir tranquilamente a los otros. Y son unos consejos que nos vienen bien a todos los cristianos.

Una página así, leída estos días, puede recordarnos:

- que se nos han perdonado los pecados en nombre de Jesús,
- que conocemos al que es desde el principio, al Padre,
- que permanece en nosotros la Palabra de Dios
- y que hemos vencido al maligno.

Esto último -la victoria sobre el maligno- lo afirma dos veces de los jóvenes. Son los que, cuando son creyentes, mayor fortaleza y valentía necesitan y muestran en la lucha contra el mal.

A unos y otros dice Juan que no amen al mundo. El mundo es el maligno. Y no se puede servir a dos señores. El que ama al mundo no puede decir que ama a Dios.

Ya se ve claramente que Juan, cuando habla del mundo, no se refiere a la creación cósmica, sino que esta palabra tiene aquí un sentido peyorativo. Lo describe como «las pasiones del hombre terreno, la codicia de los ojos, la arrogancia del dinero». El mundo son, por tanto, las fuerzas del mal, en cuanto que se oponen a Jesús y su Reino. Es dar la prioridad, no a Dios, sino al materialismo, al sensualismo, a las ambiciones del propio yo.

2. La anciana Ana es otro testimonio entrañable en el ámbito de la Navidad.

Además de Esteban, Juan, los Inocentes, el anciano Simeón, los pastores, los magos, y sobre todo José y María, ahora es esta buena mujer, sencilla, de pueblo, que desde hace tantos años sirve en el Templo, y que ha sabido reconocer la presencia del Mesías y da gracias a Dios, y después habla del Niño a todos los que la quieren escuchar.

Ana no prorrumpen en cánticos tan acertados como los de Zacarías o Simeón. Ella habla del Niño y da gloria a Dios. Es «vidente» en el sentido de que tiene la vista de la fe, y ve las cosas desde los ojos de Dios. Es una mujer sencilla, viuda desde hace muchos años. Y nos da ejemplo de fidelidad y de amor.

En lo sencillo y lo cotidiano anda Dios. Como también sucedió en los años de la infancia y juventud de Jesús. El evangelio de hoy termina diciendo que su familia vuelve a Nazaret, y allí «el niño iba creciendo y robusteciéndose y se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios lo acompañaba». Los vecinos no notaban nada. Sólo José y María sabían del misterio. Pero Dios ya estaba entre nosotros y actuaba.

3. a) La carta de Juan nos pone ante el dilema: en nuestra vida, ¿seguimos los criterios de Dios, o nos hemos dejado contaminar por los del mundo? ¿de veras nos sentimos libres de esas «pasiones del hombre terreno, la codicia de los ojos y la arrogancia del dinero» o cosas equivalentes?

Sería bueno que, sin angustiarnos ni atormentarnos, pero con lucidez, recordáramos en este ambiente navideño que la vida es lucha, y que se nos pide -como ayer anunciaba Simeón- una continuada decisión: decir «sí» a Cristo y «no» a las fuerzas del maligno. Para que se pueda decir de nosotros

que «hemos vencido al maligno» con la ayuda de ese Cristo Jesús, que es el que en verdad le ha vencido.

El que dice «sí» a Jesús, no puede a la vez decir «sí» al maligno. Por eso, celebrar la Navidad es apartarse de los criterios del mundo y seguir las huellas de Jesús, reordenar la jerarquía de los valores en nuestra vida, hacer una clara opción por sus bienaventuranzas, y no por las más fáciles o las de moda, que pueden ser claramente hostiles al Evangelio de Jesús.

b) El evangelio nos propone además la lección de esta buena mujer, Ana. Una del grupo de los «pobres de Yahvé», que esperaban confiados la salvación de Dios y la alcanzaron a celebrar gozosamente. Representante de tantas personas que desde su vida de cada día sirven a Dios y siguen el camino de Jesús, y, sin demasiada cultura probablemente, saben discernir los signos de los tiempos y se dan cuenta más que los sabios de la presencia de Dios en sus vidas.

En el seno de una familia, cuánto bien pueden hacer los abuelos, los padres, los hermanos, comunicando actitudes de fe y fidelidad. Cuánto bien puede hacer en el círculo de los amigos un joven valiente que no esconde su fe y su honradez, sin caer en la esclavitud de los criterios del mundo contrarios a Cristo. Y sobre todo las religiosas y religiosos, con los tres votos de castidad, pobreza y obediencia, con los que optan por una vida de seguimiento de Cristo y luchan contra las apetencias de este mundo.

Siempre que en nuestra vida hacemos opción por Cristo y renunciamos a los contravalores de este mundo, estamos ayudando a los que nos rodean a sentirse también ellos llamados a una mayor fidelidad a su fe. No hace falta que les dediquemos discursos: nos lo verán en nuestro estilo de vida.

/// «Por este nuevo nacimiento de tu Hijo en nuestra carne líbranos del yugo con que nos domina el pecado» (*oración*)

/// «La Palabra de Dios permanece en vosotros y habéis vencido al maligno» (*1ª lectura*)

/// «Dios habló antiguamente a nuestros padres por los profetas, ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo» (*aleluya*)

/// «Ana, la profetisa, daba gracias a Dios y hablaba del Niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel» (*evangelio*)

31 DE DICIEMBRE

1Juan 2,18-21; Juan 1,1-18

1. Ante el momento final, «la última hora», Juan da una consigna a sus lectores: que permanezcan fieles a la verdad y no se dejen seducir por falsas doctrinas.

Aplicando la creencia judía de que al final de los tiempos vendrá el «anticristo», el «antiungido», Juan señala que ya está presente esta personificación de las fuerzas del mal: se trata de los falsos doctores, seductores, que han pertenecido a la comunidad, pero que «no han permanecido con nosotros». Mientras que los creyentes deben seguir siendo «ungidos», fieles al Ungido por excelencia, Jesús (las palabras Cristo y Mesías significan lo mismo: el Ungido).

Se trata de la antítesis entre la verdad y la mentira. Cristo es la verdad, la Palabra que Dios nos ha dirigido. Todo lo que no sea Cristo es mentira, embuste y anticristo.

2. Terminamos el año escuchando el prólogo de san Juan, el magnífico resumen de todo el misterio de Cristo y de nuestra fe.

La página que nos introduce a los grandes temas que luego va a desarrollar su evangelio.

La presentación teológica que Juan nos hace de Cristo nos lleva al mayor nivel de profundidad en nuestra celebración de la Navidad:

- estaba junto a Dios, era Dios desde toda la eternidad,
- era la Palabra viviente de Dios, la luz, la vida: y por él fueron hechas todas las cosas,
- un profeta, Juan Bautista, fue enviado por Dios como precursor y testigo de la luz, para preparar sus caminos,
- y al llegar la plenitud del tiempo, el Verbo, la Palabra que existía antes, se hizo hombre, se encarnó, y acampó entre nosotros, para iluminar con su luz a todos los hombres,
- pero los suyos no le recibieron, vino a su casa y no le reconocieron; siempre la contradicción que anunciara Simeón: el contraste entre la luz y las tinieblas,
- eso sí: los que creyeron en él, los que le acogieron, han recibido gracia sobre gracia, lo más grande que pueden pensar: el ser hijos de Dios, nacidos del mismo Dios.

Es la mejor teología de la Navidad, y a la vez el mejor estímulo para una vida cristiana llena de valores positivos.

3. a) Las dos lecturas nos han centrado en lo principal que estamos celebrando en la Navidad: el misterio de Cristo Jesús, el Dios encarnado.

Así podemos acabar bien el año y disponernos a empezar el siguiente, porque Cristo es el centro de la historia. Como dice la oración del día, «has establecido el principio y la plenitud de toda religión en el nacimiento de tu Hijo Jesucristo... porque sólo en él radica la salvación del mundo».

La carta de Juan Pablo II convocando al Jubileo del año 2000 empieza y termina con la misma cita de la carta a los Hebreos: «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre» (Hb 13,8).

Dios, por la encarnación de su Hijo, se ha introducido en la historia del hombre para redimirnos y comunicarnos su propia vida. Eso es lo que ha

dado sentido a toda la historia y al correr de los años, que ha quedado impregnado de la presencia de Cristo Jesús. Terminar el año y empezar otro en el ambiente de la Navidad, sobre todo en la cercanía del año 2000, nos invita a pensar en la marcha de nuestra vida, cómo estamos respondiendo al plan salvador de Dios. Para que no vayamos adelante meramente por el discurrir de los días, atropellados por el tiempo, sino dueños del tiempo, conscientes de la dirección de nuestro camino.

b) Es bueno que terminemos lúcidamente el año. «Es la última hora», decía la carta de san Juan, y nos invitaba a vigilar para que no se mezcle el error y la mentira en nuestra fe, a saber discernir entre el Cristo y los anticristos, entre el embuste y la verdad. En fechas como el fin de año necesitamos sabiduría para que nuestra historia personal y comunitaria no se desvíe de ese Cristo que, además de Niño nacido en Belén, se nos presenta como la Palabra y la Verdad y la Vida.

Nosotros, que hemos visto su gloria y hemos cantado nuestra fe en él en estas fiestas de Navidad, los que le hemos acogido en nuestra existencia, nos vemos obligados a que nuestro seguimiento sea más generoso y coherente.

Navidad es luz y gracia, pero también examen sobre nuestra vida en la luz. Cada uno hará bien en reflexionar en este último día del año si de veras se ha dejado poseer por la buena noticia del amor de Dios, si está dejándose iluminar por la luz que es Cristo, si permanece fiel a su verdad, si su camino es el bueno o tendría que rectificarlo para el próximo año, si se deja embaucar por falsos maestros. En este discernimiento nos tendríamos que ayudar los unos a los otros, para distinguir entre lo que es sano pluralismo y lo que es desviación, entre lo que obedece al Espíritu de Cristo o al espíritu del mal.

c) Junto a la vigilancia, las lecturas de hoy nos invitan a la alegría: ¿con qué mejor noticia podemos terminar el año que con la que nos da el evangelio de hoy: que los que creemos en Cristo Jesús somos hijos de Dios, nacidos del mismo Dios? Porque el Hijo de Dios se ha hecho hermano nuestro, nosotros somos hermanos de él y entre nosotros, y a la vez hijos del mismo Padre del cielo, llenos de la gracia de Jesús, iluminados con su luz y fortalecidos con su vida.

d) En la Eucaristía de hoy podemos dar gracias a Dios por todos los

beneficios que hemos recibido de él a lo largo del año, sobre todo por habernos hecho hijos en el Hijo y hermanos los unos de los otros.

Y a la vez deberemos pedirle perdón por nuestros fallos, en el acto penitencial de la misa, o con el sacramento de la reconciliación, porque seguramente en el camino recorrido habrá luces y sombras, éxitos y fracasos, porque nunca acabamos de acoger a Cristo plenamente en nuestra vida y más de una vez nos habrá resultado más fácil seguir los caminos de este mundo que los evangélicos que él nos enseña.

«Has establecido el principio y la plenitud de toda religión en el nacimiento de tu Hijo Jesucristo» (*oración*)

«Cantad al Señor, bendecid su nombre, proclamad día tras día su victoria, alégrese el cielo, goce la tierra» (*salmo*)

«La Palabra se hizo hombre y acampó entre nosotros» (*aleluya*)

«A los que recibieron la Palabra les dio poder de hacerse hijos de Dios» (*evangelio*)

«Dios mandó al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él» (*comunión*)

FERIAS ANTES DE LA EPIFANÍA

En la primera semana del año, los días 2 al 5 de enero, antes de la fiesta de la Epifanía, leemos como evangelio el capítulo primero de Juan (su prólogo ya se ha leído el 31 de diciembre). Es el capítulo del testimonio de Juan y los primeros pasos y llamadas de Jesús como Mesías.

Mientras tanto, seguimos leyendo la primera carta de Juan en lectura continuada.

2 de enero

1 Jn 2,22-28 Permanezca en vosotros lo que habéis oído desde el principio
Jn 1,19-28 En medio de vosotros hay uno que no conocéis

3 de enero

1Jn 2,29 – 3,6 Todo el que permanece en Dios, no peca
Jn 1,29-34 Éste es el Cordero de Dios

4 de enero

1Jn 3,7-10 El que ha nacido de Dios no comete pecado
Jn 1,35-42 Hemos encontrado al Mesías

5 de enero

1Jn 3,11-21 Hemos pasado de la muerte a la vida si amamos a los hermanos
Jn 1,43-51 Tú eres el Hijo de Dios

2 DE ENERO**1Juan 2,22-28; Juan 1,19-28**

1. Sigue el tema de los anticristos. Juan llama así a los que no creen en Jesús como el Mesías, el Ungido enviado por Dios, que ha asumido en verdad nuestra carne humana. Y si no creen en Cristo, tampoco creen en Dios Padre. Y al revés, el que confiesa su fe en Cristo, cree también en el Padre.

En su comunidad se ve que algunos, abandonando la doctrina que habían recibido desde el principio, habían ofuscado su fe en Cristo, tanto con herejías doctrinales como con una práctica descuidada en la vida. Juan quiere que sus lectores estén vigilantes y no se dejen seducir.

El verbo que más veces se repite es «permanecer». Un verbo que habla de fidelidad, de perseverancia, de mantenimiento de la verdadera fe, sin dejarse engañar. Permanecer en la doctrina es permanecer en comunión con Cristo y con Dios Padre, ungidos y movidos por su Espíritu, y ésta es la clave fundamental para que nuestra vida sea un éxito y no tengamos que avergonzarnos en su venida.

2. En el evangelio leemos el testimonio que Juan Bautista da de Jesús, siguiendo con la lectura del primer capítulo de Juan.

El Bautista, al que habíamos oído en el Adviento preparando los caminos del Señor, ahora lo señala ya presente en medio de Israel.

Con toda honradez da testimonio de que él, Juan, no es el Mesías: yo no soy. Yo soy la voz que grita. Al que viene detrás de mí yo no soy digno de desatarle la correa de la sandalia. La Palabra es Jesús: Juan sólo es la voz. La luz es Cristo: Juan sólo es el reflejo de esa luz.

Y anuncia a Cristo: «en medio de vosotros hay uno que no conocéis, que existía antes que yo».

3. a) En los primeros días de este nuevo año, los que estamos celebrando en

cristiano la Encarnación de Dios en nuestra historia, tenemos motivos para llenarnos de alegría y empezar el año en la confianza. El Dios-con-nosotros sigue siendo la base de nuestra fiesta, y permanecerle fieles la mejor consigna para el nuevo año.

Hemos aceptado a Cristo Jesús en nuestra historia, en nuestra existencia personal y comunitaria. No por eso sucederán milagros en nuestra vida, pero si Navidad continúa dentro de nosotros, y no sólo en los días del calendario, cambiará el color de todo el año.

El Señor saldrá a nuestro encuentro cada día, en la vida ordinaria, en los días felices y en los de tormenta, para darnos ánimos y sentido de vivir.

b) También nosotros experimentamos la presencia, en nosotros mismos y en el mundo que nos rodea, del mal y de lo que podemos llamar «anticristos», o sea, lo que no es Cristo, lo que no es su Evangelio, sino el antievangelio. Las bienaventuranzas de Jesús no coinciden para nada con las que nos ofrece el mundo. Haremos bien en mantener abiertos los ojos y saber discernir lo que es verdad y lo que es mentira.

Después de una semana de la Navidad, ¿«permanecemos» en la misma clave de fe y alegría, unidos al Padre y a Cristo, movidos por su Espíritu? ¿o ha sido una celebración fugaz y superficial?

Ojalá no nos dejemos engañar y Jesús sea el criterio de vida para todo el año que empieza.

c) Cara a los demás, podemos preguntarnos, siguiendo el ejemplo de Juan Bautista, si somos buenos testigos de Jesús. ¿Somos su voz, su luz reflejada? ¿o nos predicamos a nosotros mismos? ¿sabemos decir, humildemente, «yo no soy»?

Nuestra misión como cristianos -y más si somos religiosos o sacerdotes- es decir a este mundo: «en medio de vosotros está...». Y ayudarles a que lo conozcan.

Ojalá, además, nosotros mismos no seamos anticristos: que no enseñemos lo contrario de lo que nos enseña Cristo Jesús.

«Venid y adorad al Señor,
porque una gran luz ha descendido sobre la tierra» (*entrada*)

«Lo que habéis oído desde el principio
permanezca en vosotros» (*1ª lectura*)

«Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios» (*salmo*)

«Dios, en esta etapa final,
nos ha hablado por medio de su Hijo» (*aleluya*)

3 DE ENERO

1Juan 2,29–3,6; Juan 1,29-34

1. La carta de Juan, después de haber insistido en la fe en Cristo como garantía de comunión de vida divina, da un paso adelante y nos presenta la condición de hijos que tenemos los cristianos.

«Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios: pues lo somos». Es una afirmación gozosa, atrevida, clara y profunda a la vez. Nuestro carácter de hijos no es metáfora, es realidad. Misteriosamente renacidos del agua y del Espíritu, hemos sido incorporados a la familia de Dios.

Es el mejor resumen de la Navidad. El Hijo de Dios se ha hecho hermano nuestro, y por tanto todos hemos quedado constituidos hijos en el Hijo.

Y eso que «aún no se ha manifestado lo que seremos», porque cuando se nos manifieste Cristo, «seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es».

Ahora bien, el ser hijos nos exige no pecar. No hay nada más exigente que el amor. «Todo el que permanece en él, no peca». Pero Cristo ha venido para liberarnos de nuestro pecado, porque conocía nuestra debilidad: «él se manifestó para quitar los pecados».

2. En el evangelio continúa el testimonio del Bautista.

Hoy señala claramente a Jesús de Nazaret: «éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Éste es aquel de quien yo dije...».

Juan puede dar con certeza este testimonio porque lo ha sabido por el Espíritu: «yo no lo conocía, pero he contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma y se posó sobre él».

Acabamos de celebrar el nacimiento de Jesús, y ya se nos presenta como el profeta, el maestro, el que entregándose en la cruz, quita el pecado del mundo, y el que bautizará en el Espíritu, no en agua. Navidad, Pascua y Pentecostés: el único misterio de Cristo.

3. a) Llamarnos y ser hijos de Dios es la mejor gracia de la Navidad. Y es también la mejor noticia para empezar el año.

A lo mejor seremos personas débiles, con poca suerte, delicados de salud, sin grandes éxitos en la vida. Pero una cosa no nos la puede quitar nadie: Dios nos ama, nos conoce, nos ha hecho hijos suyos, y a pesar de nuestra debilidad y de nuestro pecado, nos sigue amando y nos destina a una eternidad de vida con él.

Todo esto no se nota exteriormente. Ni nosotros ni los demás notamos esta filiación como una situación espectacular o milagrosa. Como sus contemporáneos no reconocían en Jesús al Hijo de Dios. Pero eso son los misterios de Dios: de verdad somos hijos suyos, y aún estamos destinados a una plenitud de vida mayor que la que tenemos ahora. En medio de las tinieblas ha brillado una luz, ha entrado Dios y nos ha hecho de su familia: no puede ser que sigamos en la desesperanza o en la oscuridad.

Es una convicción que puede hacer que nos apreciemos más a nosotros mismos, de modo que nunca perdamos la confianza ni caigamos en el desánimo. Preguntemos hoy: ¿de veras nos sentimos hijos, oramos como hijos, actuamos como hijos? ¿qué prevalece en nuestra espiritualidad, el miedo, el interés o el amor? ¿nos dejamos inspirar por ese Espíritu de Dios que desde dentro nos hace decir: «Abbá, Padre»?

b) Pero las lecturas de hoy nos hacen mirar también a los demás con ojos nuevos: porque ellos también son hijos del mismo Dios, y por tanto hermanos nuestros. Como fruto de esta Navidad, ¿seremos mejores testigos de Cristo, como el Bautista? ¿nos preocuparemos más de los demás, anunciándoles al Cristo que quita el pecado del mundo y da sentido a nuestra vida?

c) Cuando nos preparamos a la comunión eucarística, el sacerdote nos invita a decir el Padrenuestro con confianza de hijos: «nos atrevemos a decir». Y a continuación a darnos la paz. Hijos y hermanos.

Y cuando ya nos invita a acercarnos para comulgar, nos repite cada vez la palabra que hoy hemos escuchado del Bautista: «éste es el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo».

Cada Eucaristía debería aumentar nuestro amor de hijos, nuestra confianza en el poder perdonador de Cristo, y a la vez nuestra actitud más fraterna con todas las personas que encontramos en nuestro camino.

«Cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es» (*1ª lectura*)

«Mirad qué amor nos ha tenido el Padre, para llamarnos hijos de Dios, pues lo somos» (*1ª lectura*)

«Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios» (*salmo*)

«A cuantos le recibieron, les da poder para ser hijos de Dios» (*aleluya*)

«Éste es el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo» (*evangelio*)

4 DE ENERO

1Juan 3,7-10; Juan 1,35-42

1. «El que ha nacido de Dios no comete pecado».

Si ayer nos alegrábamos de la gran afirmación de que somos hijos, hoy la carta de Juan insiste en las consecuencias de esta filiación: el que se sabe hijo de Dios no debe pecar.

Se contraponen los hijos de Dios y los hijos del diablo. Los que nacen de Dios y los que nacen del maligno. El criterio para distinguirlos está en su estilo de vida, en sus obras. «Quien comete el pecado es del diablo», porque el pecado es la marca del maligno, ya desde el principio. Mientras que «el que ha nacido de Dios no comete pecado, porque su germen permanece en él: no puede pecar porque ha nacido de Dios».

Es totalmente incompatible el pecado con la fe y la comunión con Jesús. ¿Cómo puede reinar en nosotros el pecado si hemos nacido de Dios y su semilla permanece en nosotros? Los nacidos de Dios han de obrar justamente, como él es justo, y como Jesús es el Justo, mientras que «el que no obra la justicia no es de Dios».

Añade también el amor al hermano, que será lo que desarrollará en las páginas siguientes de su carta.

2. El testimonio que Juan el Bautista ha dado de Jesús hace que algunos de sus discípulos pasen a seguir al Mesías. Que era lo que quería Juan: «que yo mengüe y que él crezca».

Seguimos leyendo la primera página del ministerio mesiánico de Jesús.

Andrés y el otro discípulo le siguen, le preguntan dónde vive, conviven con él ese día, y así serán luego testigos suyos y la Buena Noticia se irá difundiendo.

Andrés corre a decírselo a su hermano Simón: «hemos encontrado al Mesías», y propicia de este modo el primer encuentro de Simón con Jesús, que le mira fijamente y le anuncia ya que su verdadero nombre va a ser Cefas, Piedra, Pedro.

3. a) La Navidad -el Dios hecho hombre- nos ha traído la gran noticia de que somos hijos en el Hijo, y hermanos los unos de los otros.

Pero también nos recuerda que los hijos deben abandonar el estilo del mundo o del diablo, renunciar al pecado y vivir como vivió Jesús. Si en días anteriores las lecturas nos invitaban con una metáfora a vivir en la luz, ahora más directamente nos dicen que destierremos el pecado de nuestra vida. El pecado no hace falta que sean fallos enormes y escandalosos. También son pecado las pequeñas infidelidades en nuestra vida de cada día, nuestra pobre generosidad, la poca claridad en nuestro estilo de vida. Navidad nos invita a un mayor amor en nuestro seguimiento de Jesús.

b) Empezamos el año con un programa ambicioso.

No quiere decir que nunca más pecaremos, sino que nuestra actitud no puede ser de conformidad con el pecado. Que debemos rechazarlo y desear vivir como Cristo, en la luz y en la santidad de Dios. Por desgracia todos tenemos la experiencia del pecado en nosotros mismos, que siempre de alguna manera es negación de Dios, ruptura con el hermano y daño contra nuestra propia persona, porque nos debilita y oscurece.

Cuando en nuestras opciones prevalece el pecado, por dejadez propia o por tentación del ambiente que nos rodea, no estamos siendo hijos de Dios. Fallamos a su amor. La Plegaria Eucarística IV del Misal describe el pecado de nuestros primeros padres así: «cuando por desobediencia perdiste tu amistad...».

Y al contrario: cuando renunciamos a nuestros intereses e instintos para seguir a Cristo, entonces sí estamos actuando como hijos, y estamos celebrando bien la Navidad.

En la bendición solemne de la Navidad el presidente nos desea esta gracia: «el Dios de bondad infinita que dispuso las tinieblas del mundo con la encarnación de su Hijo... aleje de vosotros las tinieblas del pecado y alumbre vuestros corazones con la luz de la gracia».

c) Como los discípulos del Bautista en el evangelio, los cristianos somos llamados, a seguir a Cristo Jesús. Seguir es ver, experimentar, estar con,

convivir con Jesús, conocer su voz, imitar su género de vida, y dar así testimonio de él ante todos.

Ese «venid y veréis» ha debido ser para nosotros la experiencia de la Navidad, si la estamos celebrando bien. ¿Salimos de ella más convencidos de que vale la pena ser seguidores y apóstoles de Jesús? ¿tenemos dentro una buena noticia para comunicar? ¿la transmitiremos a otros, como Andrés a su hermano Pedro?

d) La Eucaristía la celebramos con una humilde conciencia de que somos pecadores. Al inicio de la misa decimos a veces la hermosa oración penitencial: «yo confieso... por mi culpa, por mi culpa». Reconocemos que somos débiles pero le pedimos a Dios su ayuda y su perdón.

En el Padrenuestro pedimos cada día: «mas líbranos del mal», que también puede significar «mas líbranos del maligno».

Y somos invitados a la comunión asegurándonos que el Señor que se ha querido hacer nuestro alimento es ese Jesús que vino para «quitar el pecado del mundo».

«Todo el que ha nacido de Dios
no comete pecado» (1ª lectura)

«El que no ama a su hermano
no es de Dios» (1ª lectura)

«Nos ha amanecido un día sagrado,
hoy una gran luz ha bajado a la tierra» (aleluya)

«Andrés le dijo a su hermano Simón:
hemos encontrado al Mesías» (evangelio)

5 DE ENERO**1Juan 3,11-21; Juan 1,43-51**

1. «Éste es el mensaje que habéis oído desde el principio: que nos amemos unos a otros».

Después de haber insistido ayer en que nuestra condición de hijos de Dios nos debe hacer huir del pecado, hoy la carta de Juan se centra en la actitud del amor fraterno, y por el mismo motivo: porque todos somos nacidos de Dios y por tanto hermanos los unos de los otros.

La iniciativa la ha tenido Dios. Hemos experimentado su amor a la humanidad enviándonos a su Hijo, y en la entrega del Hijo hasta la muerte en cruz por los demás. Ahora nos toca a nosotros orientar nuestra vida en una respuesta de amor. «En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestras vidas por los hermanos».

El que ama, vive. El que no ama, permanece en la muerte. «Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos». Según el evangelio de Mateo, el juicio final para el cristiano versará sobre si ha amado o no a su prójimo, sobre todo a los que estaban necesitados, hambrientos. Aquí Juan plantea el mismo interrogante: «si uno tiene de qué vivir y viendo a su hermano en necesidad le cierra sus entrañas, ¿cómo a va estar en él el amor de Dios?».

El argumento de Juan se hace todavía más dramático: «no seamos como Caín, que procedía del maligno y asesinó a su hermano». «El que odia a su hermano es un homicida».

2. Otros dos discípulos siguen a Jesús. Primero es Felipe, del mismo pueblo que Andrés y Pedro. Y Felipe se lo va a decir a su amigo Natanael. Se va extendiendo la buena noticia. Los familiares y los amigos se comunican la llamada.

Natanael es el representante de tantas buenas personas que sin embargo son víctimas de algún prejuicio: «¿de Nazaret puede salir algo bueno?» Pero tiene buenas disposiciones. Hace caso a Felipe, «ven y lo verás», y pronto se

deja ganar por Jesús, hasta llegar a la hermosa confesión de fe: «Maestro, tú eres el Hijo de Dios». Del aprecio hacia una persona que habla bien y hace milagros, llega hasta la revelación de Jesús como el Hijo del Hombre, acompañado, como en la escala de Jacob, de ángeles que suben y bajan del cielo abierto.

3. a) El amor al prójimo es el resumen de todas las enseñanzas de Jesús en el Evangelio. Es también, siguiendo la carta de Juan, el fruto coherente de nuestra celebración de Navidad.

Hubiera sido mucho más cómodo que la ley cristiana más característica fuera la oración, o la ofrenda de un sacrificio a Dios, en agradecimiento por el amor que nos ha mostrado. Pero el encargo de Jesús es el amor. Hubiera resultado mucho más tranquilizante que la Eucaristía terminara en el «podéis ir en paz». Pero tiene una continuidad, que abarca el resto del día o de la semana. Porque el mismo que nos ha dicho «este pan es mi Cuerpo, tomad y comed», nos ha dicho también: «lo que hicieris a uno de esos lo hacéis a mí... estuve enfermo y me visitasteis».

b) Ya que al atardecer de la vida nos examinarán del amor, vale la pena que nos adelantemos a este examen nosotros mismos, por ejemplo sacando conclusiones de esta Navidad y en el comienzo de un nuevo año: ¿amamos a los hermanos, hasta las últimas consecuencias, como Cristo, que dio su vida por los demás? ¿o al contrario, los odiamos, y así puede aplicársenos a nosotros la acusación de homicidio, como a Caín? Hay maneras y maneras de asesinar al hermano: también con nuestros juicios y condenas, con nuestras palabras y actitudes, con nuestros silencios y rencores.

Si no amamos, no sólo de palabra sino de obra, ha sido vana nuestra fe. Han sido falsas nuestras fiestas. No hemos acogido al Hijo enviado por Dios. No podemos decir que creemos en Jesús, ni que nos mantenemos en comunión de vida con Dios. Estamos en la oscuridad y en la muerte.

c) El episodio de Felipe y Natanael nos puede interpelar también a cada uno de nosotros. Felipe, como ayer Andrés a su hermano Simón, comunica a Natanael la noticia. No se desanima por la respuesta un tanto despectiva que

recibe, y juntos van a donde está Jesús. Felipe ha sido el colaborador de una vocación apostólica.

¿Aprovechamos nosotros la ocasión oportuna para transmitir nuestra fe, nuestra convicción, con palabras o con hechos, a tantas personas de buena voluntad que tal vez lo único que necesitan es una palabra de orientación o de ánimo o superar algún prejuicio?

d) Un momento de la Eucaristía que cada vez nos recuerda el mandamiento del amor fraterno es el gesto de la paz. Antes de ir juntos a recibir a Cristo, cada uno en unión con él, se nos invita a que nos demos la paz unos a otros, o sea, que hagamos un gesto simbólico con los más cercanos de que queremos progresar en fraternidad, que acudimos a la mesa común con ánimo de reconciliación. Es una lección diaria, que intenta corregir nuestro egoísmo, y nos hace entender la Eucaristía en toda la profundidad de su lección: recibimos al Cristo «entregado por», y por tanto debemos ir aprendiendo de él a ser nosotros también «entregados por» nuestros hermanos a lo largo de nuestra jornada y semana.

«Nosotros hemos pasado de la muerte a la vida:
lo sabemos porque amamos a los hermanos» (*1ª lectura*)

«En esto hemos conocido el amor:
en que él dio su vida por nosotros» (*1ª lectura*)

«El Señor es bueno,
su misericordia es eterna,
su fidelidad por todas las edades» (*salmo*)

«Maestro, tú eres el Hijo de Dios» (*evangelio*)

7 – 12 de enero

FERIAS ENTRE EPIFANÍA Y EL BAUTISMO

Durante las ferias que pueda haber desde la Epifanía del día 6 hasta el domingo siguiente, la fiesta del Bautismo del Señor (que puede caer desde el día 7 hasta el 13), la primera lectura seguirá siendo la de la carta de Juan, que da unidad a todo el Tiempo de Navidad.

Los evangelios serán una selección de pasajes de los cuatro evangelistas, en que leemos unas manifestaciones de Jesús Mesías, como la multiplicación de los panes y la calma de la tempestad, a modo de prolongación de la epifanía a los magos de Oriente y de preparación a la fiesta del Bautismo. El milagro de las bodas de Caná, tan propio de este tiempo, se ha guardado para el domingo segundo del Tiempo Ordinario.

7 de enero

1Jn 3,22-4,6 Examinad si los espíritus vienen de Dios

Mt 4,12-17.23-25 Está cerca el Reino de los cielos

8 de enero

1Jn 4,7-10 Dios es amor

Mc 6,34-44 Comieron todos y se saciaron

9 de enero

1Jn 4,11-18 Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros

Mc 6,45-52 Ánimo, soy yo, no tengáis miedo

10 de enero

1Jn 4,19-5,4 Quien ama a Dios, ama también a su hermano

Lc 4,14-22 Hoy se cumple esta Escritura

11 de enero

1Jn 5,5-13 El Espíritu, el agua y la sangre dan testimonio

Lc 5,12-16 En seguida le dejó la lepra

12 de enero

1Jn 5,14-21 Dios escucha nuestras peticiones

Jn 3,22-30 El amigo del esposo se alegra con la voz del esposo

7 DE ENERO**1Juan 3,22-4,6; Mateo 4,12-17.23-25**

1. En la página de hoy, Juan insiste en varias de las direcciones de su carta que ya hemos escuchado los últimos días.

Ante todo, la doble dirección del mandamiento de Dios: la fe y el amor, la recta doctrina y la práctica del amor fraterno. Creer en Cristo Jesús y amarnos los unos a los otros. Quien guarda esos mandamientos permanece en Dios y Dios en él. Y podrá orar confiadamente, porque será escuchado.

Aparece también el tema del discernimiento de espíritus y de la vigilancia contra los falsos profetas, los anticristos, que no aceptaban a Cristo venido

como hombre, encarnado seriamente en nuestra condición humana. El Espíritu Santo nos ayudará a saber distinguir los maestros buenos y los malos.

Finalmente insiste en nuestra lucha contra el mundo, en la tensión entre la verdad y el error, entre la luz y la tiniebla. Los cristianos estamos destinados a vencer al mundo en cuanto contrario a Cristo Jesús. Y como Dios es más fuerte que el anticristo, nuestra victoria está asegurada si nos apoyamos en él.

2. Jesús inicia su ministerio mesiánico en Cafarnaum. El que ha sido revelado a los magos con una intención universalista, en efecto empieza a actuar como Mesías en una población de Galilea muy cercana a los paganos.

Desde el principio de su predicación se empiezan a cumplir los anuncios proféticos que tantas veces oímos durante el Adviento: «el pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande». Jesús anuncia la cercanía del Reino de los cielos, los tiempos mesiánicos que Dios preparaba a su pueblo y a toda la humanidad.

El Niño de Belén, adorado por los magos de Oriente, ahora ya se manifiesta como el Mesías y el Maestro enviado por Dios. Enseña, proclama el Reino, cura a los enfermos, libera a los posesos. Y, de momento, el éxito le acompaña: una gran multitud cree en él y le sigue.

3. a) Algunos dan mayor importancia a la ortodoxia de la doctrina, por ejemplo, sobre la persona de Cristo. Otros, a la ortopraxis de la caridad fraterna. La carta de Juan nos ha dicho claramente que los dos mandamientos van unidos y son inseparables.

Por una parte, debemos discernir las muchas voces que escuchamos, guiados por el Espíritu de Dios, sabiéndonos defender de la seducción de otros espíritus, que pueden obedecer al egoísmo, la facilidad o el materialismo ambiente.

Por otra, debemos fortalecer en nuestra vida la actitud de caridad fraterna. Es

la lección que también nos da ese Jesús que empieza su vida misionera y andariega por los caminos de Palestina, totalmente dedicado a los demás. Sus destinatarios primeros y preferidos son los pobres, los marginados, los enfermos, los que sufren las mil dolencias que la vida nos depara.

b) Imitando el estilo de actuación de Cristo Jesús es como mejor permanecemos en la recta doctrina y como mejor cumplimos su mandamiento del amor a los hermanos. Ojalá al final de este año que ahora estamos empezando se pueda decir que lo hemos vivido «haciendo el bien», como se pudo resumir de Cristo Jesús: ayudando, curando heridas, liberando de angustias y miedos, anunciando la buena noticia del amor de Dios.

Se trata de ver a Dios en los demás, sobre todo en los pobres y los débiles, en los marginados de cerca y de lejos. Se trata de que este amor que aprendemos de Cristo lo traduzcamos en obras concretas de comprensión y ayuda. El Bautista daba como consigna de la preparación al tiempo mesiánico una muy concreta: el que tenga dos túnicas, que dé una. El amor no es decir palabras solemnes, sino imitar los mil detalles diarios de un Cristo entregado por los demás.

«Éste es su mandamiento:
que creamos en su Hijo Jesucristo
y que nos amemos unos a otros» (*1ª lectura*)

«El pueblo que habitaba en tinieblas
vio una gran luz» (*evangelio*)

«Comenzó Jesús a predicar diciendo:
convertíos,
porque está cerca el Reino de los cielos» (*evangelio*)

8 DE ENERO

1Juan 4,7-10; Marcos 6,34-44

1. Dios es amor.

Ésta es la afirmación más profunda y consoladora de la carta de Juan. Dios nos ha amado primero, y en esto se ha manifestado su amor: en que nos ha enviado a su Hijo como Salvador de todos.

Todo lo demás es consecuencia y respuesta. La que insistentemente nos repite la carta es: «amémonos unos a otros», porque todos somos hijos de ese Dios que ama, y por tanto hermanos los unos de los otros.

Se suceden de nuevo los verbos más típicos de Juan: nacer de Dios, conocer a Dios, vivir en el amor.

2. Una de las manifestaciones más amables y expresivas de la misión mesiánica de Jesús fue la multiplicación de los panes.

Se compadece de la gente: andan como ovejas sin pastor. Jesús está cerca de los que sufren, de los que buscan. No está alejado del pueblo, sino en medio de él. Como nuevo Moisés, da de comer a los suyos en el desierto. Su amor es concreto, comprensivo de la situación de cada uno. Da de comer y predica el Reino, alivia los sufrimientos anímicos y los corporales. Y a la vez evangeliza.

3. a) El programa que nos da la carta de Juan es sencillo de decir y difícil de cumplir: amémonos los unos a los otros, porque todos somos nacidos de Dios, y Dios es amor.

Una vez más, en estos días últimos de la Navidad y primeros del año, se nos pone delante, como en un espejo, el modelo del amor de Dios, para que lo imitemos. Nunca mejor que en la Navidad se nos puede recordar el amor de Dios que nos ha enviado a su Hijo. Y se nos avisa: «quien no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor».

¿Creemos de veras en el amor de Dios? ¿nos dejamos envolver por él, le dejamos que cambie nuestra existencia? ¿hemos aprendido la lección que él ha querido enseñarnos, el amor fraterno? Es inútil que creamos que ha sido una buena celebración de la Navidad, si no hemos progresado en nuestra actitud de cercanía y amabilidad con las demás personas. Lo que creemos y lo que hemos celebrado no se puede quedar en teoría: compromete nuestra manera de vivir.

b) Tenemos un espejo bien cercano: el de Cristo Jesús, tal como aparece ya en sus primeras intervenciones como misionero del Reino, y como seguirá a lo largo de todas las páginas del evangelio. Siempre atiende a los que sufren. Siempre tiene tiempo para los demás. Nunca pasa al lado de uno que sufre sin dedicarle su presencia y su ayuda. Hasta que al final entregue su vida por todos.

El amor es entrega: Dios que entrega a su Hijo, Cristo Jesús que se entrega a sí mismo en la cruz. ¿Cómo es nuestro amor a los hermanos? ¿somos capaces de entregarnos por los demás? ¿o termina nuestro amor apenas decrece el interés o empieza el sacrificio?

c) El pan multiplicado que nos ofrece cada día Cristo Jesús es su Cuerpo y su Sangre. Él ya sabía que nuestro camino no iba a ser fácil. Que el cansancio, el hambre y la sed iban a acosarnos a lo largo de nuestra vida. Y quiso ser él mismo nuestro alimento. El Señor Resucitado se identifica con ese pan y ese vino que aportamos al altar y así se convierte en Pan de Vida y Vino de salvación para nosotros. Nunca agradeceremos y aprovecharemos bastante la entrega eucarística de Jesús a los suyos.

«Amémonos unos a otros,
ya que el amor es de Dios» (1ª lectura)

«Dios es amor» (1ª lectura)

«En esto consiste el amor,
no en que nosotros hayamos amado a Dios,
sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo» (1ª lectura)

«Jesús proclamaba la Buena Noticia del Reino,
curando las enfermedades y dolencias del pueblo» (*aleluya*)

«A Jesús le dio lástima de ellos,
porque andaban como ovejas sin pastor» (*evangelio*)

9 DE ENERO

1Juan 4,11-18; Marcos 6,45-52

1. Juan, en su carta, no se cansa de repetirnos las mismas ideas. Por tanto, nosotros no deberíamos cansarnos de escucharlas y tratar de que impregnen nuestra vida.

Ante todo, en relación con Dios. Conocemos su amor, creemos en Jesús y así llegamos a la comunión de vida con él, que es la meta de toda la carta: «hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él», «quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios». El amor de Dios lo hemos conocido en que «nos envió a su Hijo como Salvador del mundo» y además en que «nos ha dado de su Espíritu».

El amor hace que en nuestra vida ya no exista el temor o la desconfianza. Si vivimos en el amor que nos comunica Dios, ya no tendremos miedo al día del juicio, ya que es nuestro Padre y hemos nacido de él, y actuaremos en nuestra vida como hijos, que no se mueven por miedo sino por amor.

Pero del amor de Dios sacamos una vez más la conclusión de nuestro amor fraterno: «si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud». «Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él».

Realmente, cada frase de la página tiene una densidad y un mensaje que puede cuestionar nuestras seguridades y llenar de sentido nuestra visión de la vida.

2. Después del milagro de los panes, Jesús ofrece otra manifestación de su misión calmando la tempestad.

Los discípulos van de sorpresa en sorpresa. No acaban de entender lo que pasó con los panes, y en seguida son testigos de cómo Jesús camina sobre las aguas, sube a su barca y domina las fuerzas cósmicas haciendo amainar el recio viento del lago.

3. a) La carta de Juan nos anima una vez más a vivir en el amor. Tanto en dirección a Dios como en dirección a nuestros hermanos.

Nadie creará que es excesiva la insistencia del apóstol, porque somos conscientes de que necesitamos que nos lo digan muchas veces: es lo que más nos cuesta en la vida.

Si asimiláramos ese amor, nuestra relación con Dios no estaría basada en el miedo o en el interés, sino en nuestra condición de hijos y en nuestra confianza en el Padre, en el Hijo que se ha entregado por nosotros, y en el Espíritu que nos ha sido derramado en nuestro corazón y que nos hace decir: Abbá, Padre.

Si asimiláramos un poco más ese amor, nuestra relación con el prójimo estaría impregnada de una actitud de comprensión, de entrega. No sólo cuando las personas son amables y simpáticas, sino también cuando lo son un poco menos. Porque el motivo de nuestro amor no son las ventajas o el gusto que encontramos al amar (eso sería amarnos a nosotros mismos en los demás), sino como respuesta al amor que a todos nos ha regalado gratuitamente Dios, y que se ha manifestado de modo entrañable en estas fiestas de Navidad.

b) En nuestra vida también pasamos a veces por el miedo que experimentaron aquella noche los discípulos, a pesar de ser pescadores avezados. A nuestra barca particular, y también a la barca de la Iglesia, le vienen a veces vientos fuertes en contra, y tenemos miedo de zozobrar. Como para aquellos apóstoles, la paz y la serenidad nos vendrán de que admitamos a Jesús junto a nosotros, en la barca. Y podremos oír que nos dice: «Ánimo, soy yo, no tengáis miedo».

La expresión «no tengáis miedo», que tantas veces aparece dirigida por Yahvé en el A.T. y por Jesús en el N.T. a los llamados a realizar alguna misión, se nos dirige hoy a todos. Es también una de las consignas que el papa Juan Pablo II ha ido repitiendo en las diversas partes del mundo a unas comunidades cristianas que están a veces asustadas por las dificultades del momento presente.

La invitación a permanecer en el amor, y la seguridad de que Cristo Jesús es el que vence a los vientos más contrarios, nos deben dar las claves para que nuestra vida a lo largo de todo el año esté más impregnada de confianza y alegría.

// «Dios es amor, y quien permanece en el amor
 permanece en Dios y Dios en él» (1ª lectura)
 // «No hay temor en el amor,
 sino que el amor perfecto expulsa el temor» (1ª lectura)
 // «El Señor me ha enviado a dar la Buena Noticia,
 a proclamar la liberación a los cautivos» (aleluya)
 // «Ánimo, soy yo, no tengáis miedo.
 Entró en la barca con ellos
 y amainó el viento» (evangelio)

10 DE ENERO

1Juan 4,19-5,4; Lucas 4,14-22

1. De nuevo Juan repite los temas que ha ido desarrollando, cada vez con matices nuevos, a lo largo de su carta, sobre el amor que Dios nos tiene y el amor que nosotros debemos tener a Dios y al hermano.

Los argumentos se suceden en cadena:

- Dios nos amó primero, por eso debemos amarle nosotros también,
- pero la segunda respuesta a ese amor de Dios es que amemos también al hermano. Aquí la antítesis es muy expresiva: «Si alguien dice que ama a Dios y aborrece a su hermano, es un mentiroso: pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve»,
- el que dice creer en Jesús debe también aprender y cumplir la doctrina que él nos enseñó: el doble mandamiento del amor, íntimamente unido, amar a Dios y amar al prójimo,
- el que sabe que es hijo, nacido de Dios, debe cumplir sus mandamientos: pero el mandamiento principal de Dios es el amor al hermano,
- cumplir estos mandamientos, y por tanto amar al hermano, no es una carga pesada: porque ya participamos en la victoria de Cristo contra el mal del mundo.

Hay veces que las lecturas bíblicas no necesitan mucha explicación, porque se entienden muy bien: lo que nos cuesta es llevarlas a la práctica.

2. Es una escena programática y llena de significado la que escuchamos hoy en el evangelio, con la primera homilía y su manifestación mesiánica a los de su pueblo, Nazaret.

Jesús, como buen judío, acudía cada sábado a la sinagoga. Ese día le encargaron que leyera la página del profeta. Lo hizo de pie; al terminar de leer, enrolló el códice y se lo devolvió al ayudante; y a continuación dijo la homilía, cosa que se permitía hacer a los laicos sólo si habían cumplido los treinta años y se trataba, no de la Ley, sino de los profetas.

El pasaje de Isaías es central: el futuro Mesías, lleno del Espíritu de Dios, es enviado a cumplir su misión para con los pobres, a dar libertad a los oprimidos y anunciar el año de gracia del Señor. Pero lo que Lucas quiere subrayar es el inicio de la homilía de Jesús: «hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír». Se presenta, por tanto, a los de su pueblo, como el Mesías esperado. Y en un principio consigue la admiración y el aplauso de sus oyentes.

Estamos en este tiempo de prolongación navideña, en que se suceden las diversas manifestaciones o epifanías de Jesús al inicio de su ministerio.

3. a) El examen de conciencia que Juan nos ha propuesto en su carta nos afecta a todos en la vida de cada día: sólo podremos afirmar que amamos a Dios si amamos al hermano, que está a nuestro lado. Si no, somos unos mentirosos.

Al terminar nuestra vivencia de la Navidad, se nos pregunta sobre la coherencia con lo que hemos celebrado. Lo fácil es cantar cantos al Niño nacido en Belén, y alabar a Dios por su amor. Quedar satisfechos porque «amamos a Dios». Lo difícil es sacar las consecuencias para nuestra vida: que en el trato con las personas que nos rodean seamos tan comprensivos y generosos como Dios lo ha sido con nosotros.

b) También la escena del evangelio nos invita a reflexionar sobre cuál es nuestra escucha de la Palabra y nuestra reacción ante ella.

La frase de Cristo Jesús es la mejor definición de lo que es la homilía en la celebración: «hoy se cumple esta Escritura». Las lecturas bíblicas no las hacemos para enterarnos de lo que sucedió hace dos mil años. Sino para captar lo que Dios nos está queriendo decir con ellas hoy y aquí a nosotros. En la celebración, y en nuestra historia de salvación actual, se cumplen las promesas y se actualizan los acontecimientos salvadores que leemos. La Navidad ha sido acontecimiento nuevo este año, y su gracia ha querido llenar de nuevo nuestra existencia. Es precisamente lo que la homilía debería ayudar a captar siempre.

Hoy se nos ha anunciado el programa mesiánico de Jesús, en el que destaca su preferencia por los pobres y los oprimidos. En la Plegaria Eucarística IV le damos gracias a Dios porque nos ha enviado como salvador a su Hijo Jesús, el cual «anunció la salvación a los pobres, la liberación a los oprimidos y a los afligidos el consuelo (la alegría, mejor)». Exactamente la cita que Jesús leyó en la sinagoga y que se aplicó a sí mismo.

Es el programa que él cumplió a lo largo de su vida, y el que se nos propone a nosotros si somos seguidores suyos.

«Amemos a Dios,
porque él nos amó primero» (*1ª lectura*)

«Quien no ama a su hermano, a quien ve,
no puede amar a Dios a quien no ve» (*1ª lectura*)

«Me ha enviado para dar libertad a los oprimidos
y anunciar el año de gracia del Señor» (*evangelio*)

11 DE ENERO

1Juan 5,5-13; Lucas 5, 12-16

1. El que cree en Jesús, vence al mundo y tiene la vida eterna. La carta va a terminar con las mismas ideas con las que empezó.

Jesús ha venido a este mundo ampliamente apoyado por los testimonios de Dios. Y si aceptamos el testimonio humano, más fuerza tiene el testimonio de Dios. El que cree en el Hijo, cree a Dios y tiene el testimonio de Dios.

El testimonio, para Juan, con su lenguaje simbólico, es triple: el Espíritu, el agua y la sangre. Este Jesús en quien creemos es el que fue bautizado por el Bautista en el agua del Jordán, con el Espíritu sobre él, y el que al final de su vida derramó su sangre en la cruz, y luego fue resucitado por ese mismo Espíritu. Agua y sangre que son certificadas siempre por el Espíritu, el maestro y el garante de toda fe verdadera. Por eso tenemos que creer el testimonio de Dios sobre Jesús de Nazaret.

Pero lo principal es lo que sucede a los que creen en el Enviado de Dios: vencen al mundo y tienen la vida eterna. «¿Quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?». «Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo». «Quien tiene al Hijo tiene la vida: quien no tiene al Hijo, no tiene la vida».

2. El evangelio nos presenta otra de las manifestaciones iniciales de Jesús: la curación del leproso.

Es admirable la disposición y la oración del enfermo: «Señor, si quieres puedes limpiarme». Y la respuesta concisa y efectiva de Jesús: «quiero, queda limpio».

Nada extraño que su fama creciera y que su actuación misionera de predicación y de curación de los que sufrían levantara entusiasmo por todas partes.

Él, conjugando esta entrega a los demás con la unión con su Padre, «solía retirarse a despoblado para orar».

3. a) Nosotros ciertamente estamos entre los que creen en Jesús como el Enviado y el Hijo de Dios. Por eso hemos celebrado la Navidad con alegría y fe cristiana.

Pero deberían ser más claras las consecuencias de esta fe. ¿Podemos decir que estamos venciendo al mundo? ¿vamos venciendo al mal que hay en nosotros y en el mundo? ¿participamos con éxito en la gran batalla entre el bien y el mal? El que en verdad ha vencido al mundo es Cristo Jesús (Jn 16,33). Nosotros, si somos seguidores suyos, deberíamos estar ya participando de la misma victoria. Del creer o no creer en Cristo depende algo fundamental: participar en su victoria y tener vida en nosotros.

Si creemos en Cristo, deberíamos sentir ya dentro de nosotros la vida que él nos comunica. Sobre todo cuando le recibimos como alimento de vida en la Eucaristía: «quien come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene la vida eterna».

b) La figura de Jesús, tal como aparece en el evangelio, es la de una persona que tiene buen corazón, que siempre está dispuesto a «extender la mano y tocar» al que sufre, para curarle y darle ánimos. Nosotros, los que creemos en él y le seguimos, ¿tenemos esa misma actitud de cercanía y apoyo para con los que sufren? ¿o somos duros en nuestros juicios, agresivos en nuestras palabras, indiferentes en nuestra ayuda? Ser solidarios y extender la mano hacia el que sufre es ya medio curarle. Es darle esperanza, como hacía siempre Jesús.

«Dios nos ha dado vida eterna
y esta vida está en su Hijo» (*1ª lectura*)

«Con ninguna nación obró así
ni les dio a conocer sus mandatos» (*salmo*)

«Jesús proclamaba la Buena Nueva del Reino
y sanaba toda enfermedad y toda dolencia del pueblo» (*aleluya*)

12 DE ENERO

1Juan 5,14-21; Juan 3,22-30

1. La carta de Juan termina, en el último día ferial del Tiempo de Navidad, con varias ideas más o menos repetidas de días anteriores.

Ante todo, la convicción de que «si pedimos al Hijo de Dios algo según su voluntad, nos escucha». Nuestra comunión de vida con Cristo Jesús nos llena de confianza ahora y ante el momento del juicio. Nuestra oración será escuchada.

Esta confianza se extiende también al caso del pecado. Todos somos pecadores, pero «el engendrado de Dios», o sea, Cristo Jesús, «nos guarda» y nos da fuerza en nuestra lucha contra el mal.

Juan distingue los pecados que son de muerte y los que no llevan a la muerte. No es fácil de entender su sentido. Pero del conjunto de su carta se puede deducir que, como quiera que la meta del cristiano es la comunión de vida con Dios, todo aquello que impida esta meta es pecado que lleva a la muerte.

Por tanto, el pecado que consista en no estar en comunión con Dios, o en no creer en Jesús, que es el que nos da la vida, es un pecado de muerte. La

apostasía, por ejemplo, que es el caso que seguramente preocupaba a Juan a fines del siglo I. Pero ya antes había dicho que el que odia a su hermano es un homicida, o sea que el odio es un pecado que lleva a la muerte, porque equivale a la apostasía, al no guardar el mandamiento fundamental del cristiano.

Por eso termina el pasaje y la carta con una advertencia sorprendente: «hijos míos, guardaos de los ídolos». La idolatría es adorar, no a Cristo Jesús, sino a otros dioses creados por nosotros y por el mundo. Si no creemos en Jesús, habremos de creer en los horóscopos o en las religiones orientales o en las sectas o en los varios mesías falsos que se pondrán en nuestro camino. Y sobre todo, elevaremos un altar a nuestro propio yo: el egoísmo es la idolatría más generalizada.

2. La última de las manifestaciones de Jesús que hemos ido leyendo estos días, es la que se nos presenta hoy, último día ferial de la Navidad: el testimonio del Bautista, una vez más.

Los discípulos del Bautista sienten celos porque Jesús también está bautizando. Pero Juan muestra la grandeza de su corazón y la coherencia con su postura de precursor. Vuelve a recordar: «yo no soy el Mesías», y se compara con el amigo del esposo, que acompaña a éste a la boda. Él no es el esposo, sino el compañero, que se alegra por la alegría del esposo. Juan dice claramente: «él tiene que crecer y yo tengo que menguar».

3. a) De nuevo, la carta de Juan nos sitúa ante la existencia del pecado en nosotros y en torno a nosotros.

Sobre todo, si el pecado es rechazo de Dios y de su Hijo Jesús, o bien actitud de odio para con el hermano.

En el mundo de hoy ha decrecido mucho la conciencia de pecado. Si antes algunos se quejaban -en parte con razón- de que a todo le llamábamos pecado, ahora es al revés: nada parece pecado, todo es indiferente.

Juan nos ha puesto en guardia ante la posibilidad de negar la luz, de vivir en el odio, de no creer en verdad en Cristo Jesús sino en los ídolos. Es bueno que

todos, ya desde pequeños, tengamos conciencia de que existe el mal, que somos débiles, que podemos fácilmente fallar al amor de Dios y al amor al prójimo, y que por tanto no estamos viviendo en plena vida, sino en la penumbra o en la debilidad y la muerte.

La Navidad, que ha sido experiencia del amor que Dios nos tiene, y convicción de que como nacidos de Dios somos sus hijos, hermanos de Cristo Jesús y hermanos los unos de los otros, debe dejarnos como consecuencia una actitud más positiva y una opción más clara por estos valores cristianos, empeñándonos más decididamente en la lucha contra el mal en nuestra vida. Mientras a la vez trabajamos y rezamos para que los demás también venzan al mal en sus vidas.

b) El último pensamiento es para la modélica actitud de Juan. Él sabe que no es la Palabra, sino la voz que le hace eco. No se busca a sí mismo. Es testigo de Otro, le prepara el camino y dirige hacia él a sus discípulos.

¿Nos predicamos a nosotros mismos, en nuestro testimonio cristiano?
¿queremos triunfar nosotros, o que triunfe el Reino, el amor de Dios?

Terminada la Navidad, con la fiesta del Bautismo del Señor, no puede seguir como antes nuestra vida. Tiene que notarse más esperanza en nuestra vida. Más alegría. Más confianza en Dios. Más amor al hermano.

«En esto está la confianza que tenemos en el Hijo de Dios:
en que si le pedimos algo según su voluntad,
nos escucha» (*1ª lectura*)

«El que ha nacido de Dios no peca» (*1ª lectura*)

«El Señor ama a su pueblo
y adorna con la victoria a los humildes» (*salmo*)

«El amigo del esposo
se alegra con la voz del esposo» (*evangelio*)

«Él tiene que crecer y yo tengo que menguar» (*evangelio*)

Volúmenes de la serie **Enséñame tus caminos**

- 1- Adviento y Navidad, día tras día (Dossiers CPL, 67)
- 2- Cuaresma, día tras día (Dossiers CPL, 73)
- 3- El tiempo pascual, día tras día (Dossiers CPL, 68)
- 4- Tiempo ordinario: semanas 1-9 (Dossiers CPL, 72)
- 5- Tiempo ordinario: semanas 10-21 (Dossiers CPL, 75)
- 6- Tiempo ordinario: semanas 22-34 (Dossiers CPL, 76)
- 7- Los santos con lecturas propias (Dossiers CPL, 80)